MAR DEL SUR



FRANCISCO GARCIA CALDERON, *La nueva generación intelectual del Perú* * ESTUARDO NUÑEZ, *Herman Melville en el Perú* * CARLOS ZUZUNAGA, *Don Ricardo Palma y Jorge Guillermo Leguía* * CARLOS ZAVALETA, *Ideas de William Faulkner* * JUAN LINO CASTILLO, *Los impuestos a la renta en el Perú* * POEMAS *de Martín Azor.*

FLOR DE LEER: *Tres sonetos al Inca Garcilaso.* * TESTIMONIOS: *Santiago Távara en el Real Colegio de San Fernando* * NOTAS *de Luis Loayza.*

CRONICA * *LIBROS*

MAYO
JUNIO 1953

27

VOLUMEN IX
LIMA - PERU

Mar del Sur

REVISTA PERUANA DE CULTURA

PUBLICACION BIMESTRAL

Director Fundador:
AURELIO MIRÓ QUESADA SOSA

Consejo Directivo:
JORGE BASADRE, HONORIO DELGADO, AURELIO MIRÓ QUESADA SOSA, HECTOR VELARDE

Consejo de Redacción:
JORGE EUGENIO CASTAÑEDA, CARLOS CUETO FERNANDINI, FELIX DE-NEGRI LUNA, CARLOS DERTEANO URRUTIA, PAUL LINDER, GUILLERMO LOHMANN VILLENA, ALEJANDRO MIRÓ QUESADA GARLAND, FRANCISCO MIRÓ QUESADA C., JORGE C. MUELLE, ESTUARDO NUÑEZ, ALFREDO SAAVEDRA, MANUEL SOLARI SWAYNE, AUGUSTO TAMAYO VARGAS, ALBERTO TAURO, JOSE TOLA PASQUEL, RICARDO VALENCIA.

Secretario General:
LUIS JAIME CISNEROS

Gerente:
PABLO L. VILLANUEVA

PRECIOS:

Número suelto, S/. 6.00 - Suscripción anual, S/. 30.00
En el extranjero; suscripción anual, 3 dólares.

SECRETARIA DE REDACCION Y GERENCIA:

LAMPA 277 APARTADO 1593 TELEF. 72-390

LIMA PERU

Cillóniz-Olazábal-Urquiaga S. A.

INGENIEROS CONTRATISTAS

◆

EDIFICIO CAMARA DE COMERCIO

Av. Abancay Nº 291 - 4to. piso

Teléfono Nº 72533

L I M A

UNA MARCA NACIONAL DE PRESTIGIO:

Pisco Vargas

PARA PALADARES EXQUISITOS

GILDEMEISTER & Co. S. A.

IMPORTADORES — EXPORTADORES

LIMA - PERU

Edificio Gildemeister - Aldabas 235

Teléfono 70100 - 70108 - 70109

REPRESENTANTES DE:

EMPRESA AGRICOLA CHICAMA LTDA.
Hacienda "Casa Grande" Trujillo

NEGOCIACION AZUCARERA LAREDO LTDA.
Hacienda "Laredo" Trujillo

NEGOCIACION AGRICOLA JEQUETEPEQUE LTDA.
Hacienda "Limoncarro" Pacasmayo

AGENTES DE LAS COMPAÑIAS DE VAPORES:

COMPAÑIA DE MUELLES DE LA POBLACION VERGARA, Valparaíso
COMPAÑIA NAVIERA HAVERBECK & SKALWEIT S. A., Valdivia
LATIN AMERICAN LINE, San Francisco.

CITECO

Compañía Importadora 'Técnico Comercial S. A.

Edif. Co. Seg. "Rímac" — Calle Núñez, 5º piso

Tel. 74200 - 72110 — Casilla 2469

◆

Representantes
en el Perú
de la

FERROSTAAL A. G., Essen

(ALEMANIA OCCIDENTAL)

Enrique Ferreyros y Cia. S. A.

Sociedad Mercantil Internacional S. A.

IMPORTADORES

Lubricantes - Maquinarias - Mercaderías en General

EXPORTADORES

Algodón - Azúcar - Productos Nacionales

◇

A. Miró Quesada Nº 266 - Teléfono Nº 71-6-80

Lima

CONSTRUCTORA
"LOS ANDES" S. A.

INGENIEROS CONTRATISTAS

◎

JIRON AREQUIPA 250 TELEFONO 31098

Lima Light & Power Co.
Empresas Eléctricas Asociadas

CONEXIONES ELECTRICAS

Rogamos a los Señores Industriales, Contratistas y propietarios que antes de iniciar la construcción de edificios, locales industriales o agrupamientos de más de cuatro casas y que requieran suministro de energía eléctrica o ampliación de los suministros existentes, se sirvan dirigirse por escrito a nuestro Departamento de Clientela informando sobre los detalles de la carga eléctrica requerida, con el fin de estudiar oportunamente la más adecuada forma de proporcionarles el servicio.

Toda gestión hecha con la debida anticipación puede reducir costos y evitar demoras en los trabajos de conexión, especialmente en los casos en que se trate de servicios eléctricos que exijan la construcción de especiales Subestaciones de transformación.

Lima, Agosto de 1953.

LA GERENCIA.

Mar del Sur

REVISTA PERUANA DE CULTURA

DIRECTOR FUNDADOR: AURELIO MIRÓ QUESADA S.

Año V — Mayo - Junio 1953 — Nº 27

La nueva generación intelectual del Perú

por FRANCISCO GARCIA CALDERON REY

Ha fallecido en Lima, a los setenta años de una vida fecunda, Francisco García Calderón Rey, uno de los representantes más ilustres de la ilustre generación que apareció en nuestra vida intelectual a comienzos del siglo. Dotados casi todos de precoz madurez, con un agudo y sutil sentido crítico, una vasta y humanista inquietud por los nobles cultivos del espíritu, la generación que se ha dado en llamar "del 900" trajo a nuestra vida intelectual, como aportes que no pueden discutirse, una auténtica seriedad en los estudios, una exigente renovación de sistemas y métodos, un seguro dominio de la forma y una profunda preocupación por los problemas nacionales. Dentro de los miembros de ese equipo, en esencia homogéneo, uno de los nombres más insignes fue el de Francisco García Calderón.

La obra de Francisco García Calderón, que sorprendió desde sus comienzos por su segura templanza y su excelencia, obtuvo una pronta consagración en el país y fuera de él. Estudios como "El Perú contemporáneo" y "Las democracias latinas de América", tienen un innegable valor de permanencia, por su calidad intrínseca y sus claros análisis, que no amenguan los naturales cambios y transformaciones de la vida. Sus artículos periodísticos, aparecidos en los más prestigiosos diarios de la América Española y en brillantes tribunas europeas y recogidos en libros diversos, eran siempre buscados por la solidez de la información, la serena mesura del criterio y la elegancia de un estilo sin amaneramiento y sin retórica.

Como primer homenaje a su memoria, "MAR DEL SUR" reproduce en seguida el esclarecedor artículo que, sobre sí mismo y sobre su generación, escribió Francisco García Calderón para "El Mercurio" de Santiago de Chile, y que trascribió "El Comercio" de Lima en su edición del 31 de agosto de 1905; o sea, cuando el autor sólo contaba 22 años de edad.

He escuchado de labios de don Valentín Letelier, polígrafo chileno, respetado en Europa y América, una observación profunda sobre nuestro continente. Hay entre estos países de cepa hispana un aislamiento intelectual que los va alejando rápidamente de la primitiva unidad. Los vínculos geográficos y étnicos no se traducen por aproximaciones intelectuales. Y como sólo la in-

teligencia une, mientras la pasión y el prejuicio separan y disuelven, a medida que nos ignoramos en el mundo de las ideas, nos alejamos en el orden de las realidades. Hay que luchar enérgicamente contra esta indiferencia reciproca; y, por eso, he querido consagrar algunas páginas a la nueva generación intelectual de mi patria.

Al hacerlo, agradezco de manera digna el saludo de este diario que me llamó huésped hermano, contribuyendo a esta fraternidad intelectual. Y siento placer al escribir en este periódico, impulsado por un millonario a lo Carneggie, que ha comprendido la función moral y social de la riqueza. Es ya vieja la frase de que el periodismo es el cuarto poder del estado; y en estos países de incipiente cultura popular, la hoja diaria forma opinión, crea moldes intelectuales, imprime rumbos a la sociedad, a la política. Sobre la muchedumbre, su efecto psicológico es invencible: tiene el poder de las sugestiones únicas, la majestad de la letra impresa. De aquí nace la grave responsabilidad del periodismo americano. Alberdi decía que el saber leer y escribir había introducido prematuramente al pueblo en la vida política. Y el periódico es justamente la lectura popular, es la instrucción de los que no tienen instrucción. "El Mercurio" revela cierta templanza política, cierto equilibrio en las luchas sociales, cierta visión tranquila en la misma querella económica que lo convierten, ante el criterio americano, en agente de cultura y de paz. Nadie ha de temer que se haga intérprete de pasiones o de intereses disociadores.

Hablar de una generación es vincular a un grupo de hombres por ideales, por esfuerzos. Cuando en esa generación no ha madurado aún el fruto de la vida, es más difícil establecer lazos ideales y propósitos colectivos. En Francia, la escuela normal lanzó a la vida generaciones como la de Taine, como la de Lavisse, como la de Fouillée que, sin previa coordinación intelectual, manteniendo la originalidad del individuo, impusieron al mundo un muevo ideal, hecho de simpatía, de ciencia y de esperanza. Nosotros los de la nueva generación comprendida entre dos límites: 18 y 22 años, presentamos, como nota común, como tendencia espontánea, un optimismo, sereno y confiado; o para decirlo con neologismo inglés, un *meriolismo* fecundo. Hay dos extremos filosóficos que generalmente dominan en la juventud: el pesimismo prematuro, la negación soberbia de lo mejor, la tristeza budista ante el dolor y la muerte; y por otro lado, el optimismo excesivo que cree dominar el mundo sin esfuerzo e imponer el bien con platonismos. Nuestra generación, educada por lecciones severas, ha abandonado los exclusivismos: su filosofía busca lo mejor dentro de las condiciones ambientes, sin condenar la raza y el medio, sin querer traducir su ideal en realidades inmediatamente.

Un pensador dijo de la vida, que es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura. Si en nosotros se cumple tal sentencia, impondremos un ideal reflexivo y sereno sin utopías ni empirismos. Por eso, creo interesante el estudio de esta generación a la que tengo el orgullo de pertenecer. Estudiar a la juventud es conocer el porvenir.

No se crea por esto que, en la solidaridad de las generaciones, nosotros olvidamos a los grandes hombres que nos precedieron en la vida. Hablar

de ellos es sólo llevar un nuevo laurel a frentes abrumadas por la gloria. Tenemos, como reliquia histórica, al último de los bohemios, a Ricardo Palma, el patriarca de las letras nacionales, cuyo nombre he escuchado en labios de damas distinguidísimas de esta sociedad, admiradoras de aquel delicioso hurgador de las conciencias femeninas coloniales. Hay otra generación que unió siempre el culto vigilante de la ley, a la lucha política y que defendió continuamente el imperio de la justicia en América. Hoy está en el ocaso: a ella pertenece mi padre, anciano y grande en su soledad, envuelto en el misterio de la eternidad que lo llama. De todos ellos podría decir cada uno de nosotros, como Stacio de Virgilio:

"Longé sequor et vestigia semper adoro".

Hay otra generación anterior a la nuestra en la cual se levantan figuras eminentes. Sólo citaré a dos de ellos, conocidos en América y España. Chocano, nuestro épico, cantor de un continente y de una raza; y Clemente Palma, un Poe de estirpe latina que envuelve en redes de oro sus visiones macabras. Ambos son espíritus modernos, abiertos a los cuatro vientos del espíritu cantados por Víctor Hugo.

No creo que se pueda explicar el esfuerzo de un grupo intelectual sin ligarlo con transformaciones de medio o combinaciones de sangre. Cuando una alma nueva se esboza en una generación, hay algo que la prepara en la vida. Una literatura joven, robusta, es un signo de esperanza. Cierto es que, en épocas de decadencia moral y de disolución política, en la Roma moribunda, en las brillantes repúblicas italianas, un arte refinado y culto, un pensar generoso y vibrante, surgieron como vegetación maravillosa é insólita. Pero ese arte, que siempre tuvo algo de imitativo y de enfermizo, sólo hizo más grande el divorcio entre el espíritu de la multitud y el alma de aquellos ingenios selectos, estimulados por la protección de los Mecenas o de los príncipes. En la literatura joven de América, aún cuando se deleita en morbosos decadentismos, se nota savia de vida nueva y energía abundante: en su esfuerzo para imitar vejeces exóticas hace pensar en el joven que envidiara la anquilosis senil. La literatura peruana no es excepción a este carácter común; y puedo decir que ella traduce, en su juventud, la renovación nacional.

Hay algunos factores sociológicos de esta trasformación que quiero definir. En primer término, el paso del régimen militar al régimen civil. Esta transformación tiene en América el carácter de una nueva constitución republicana. Los guerreros que se repartieron la herencia gloriosa de Bolívar, tuvieron sucesores menos desinteresados o más audaces: los creadores de la independencia impusieron al Gobierno un carácter militar. Con esta forma siempre autocrática y excesiva no pueden combinarse grandes progresos individuales ni caracteres estables en la vida común. La ley general la ha demostrado Spencer, señalando en este régimen el imperio del "status", o sea la disciplina inflexible, la imposición gubernativa, la rigidez y la intolerancia. En América, donde el régimen militar no ha creado grandes aristocracias ni vinculaciones con la Iglesia, sus carácteres han sido más modestos. Ha

engendrado generalmente un socialismo de Estado, o sea la tendencia a hacer del Gobierno el factor único en la vida nacional. Y ha creado esa terrible burocracia que ahoga las energías juveniles y resta estímulos a la iniciativa y al esfuerzo viril. En el Perú, como en las Repúblicas hermanas, el régimen militar se ha unido a una idea sociológica: la revolución como medio de reforma nacional. No creo que todo se debiera en las revoluciones a la ambición de los caudillos y a las necesidades de las burocracias excluídas: pudo haber, y hubo, en determinados tiempos, un propósito generoso, la reforma, la innovación radical. Este es el error latino: creer que las revoluciones pueden reemplazar a las evoluciones, que las transformaciones legales modifican el alma de la raza, confundir una nueva constitución política con un nuevo estado social, tomar las reformas por realidades y los cambios políticos por modificaciones psicológicas. La clausura del período anárquico, la muerte del militarismo, han producido una consecuencia vigorosa: el industrialismo. Cuando esta forma social impera, no sólo se generan resultados de bienestar colectivo, naturales optimismos que son nuevas fuerzas para el porvenir, sino que la individualidad crece y se afirma, la independencia económica prepara la independencia intelectual y, en una vida más plástica, la colectividad se hace más solidaria por los contratos, por las conveniencias recíprocas, por la fe que producen el éxito y la paz. Este es el respecto del Perú actual: hoy emplea sus fuerzas para la paz como ayer las despifarró en la anarquía: adquiere nuevos elementos, y sabe conservarlos. El industrialismo crea un concepto material de la vida y tiende a divorciar los elementos intelectuales de los factores económicos. En el Perú, ya se ha levantado una voz serena y magistral para señalar el peligro y recordar los títulos del criterio moral y el valor de los ideales a la nueva juventud. Creo que el industrialismo no se nutrirá jamás a expensas de otros intereses. Un fenómeno reciente, la aparición resuelta de los intelectuales en la vida política del Perú, en el Gobierno y en las Cámaras, tiende a evitar excesos y usurpaciones de uno u otro ideal.

Se ha discutido en Europa el valor de esta intervención política de los elementos intelectuales que ya se anhela en Chile combatiendo las leyes de incompatibilidades.

En Francia, "La Revue" preparó una "enquete" sobre este grave problema. Gabriel Tarde hizo entonces una afirmación notable, que, en momentos de crisis, al fundarse un nuevo régimen, o al imprimirse rumbos distintos a las democracias, los intelectuales debían intervenir enérgicamente en la lucha política, como sucedió con "Taffaire". En América, esta intervención tiene que ser continua é inmediata por dos razones. Primero, porque aquí no existe una clase de sabios, porque la división del trabajo no ha llegado a crear espíritus que puedan consagrarse al culto exclusivo de la ciencia pura. Segundo, porque tampoco existe clase de políticos. En Francia, los Bourgeois, los Combes, se distinguen de los Durckheim y de los Séailbes; pero tienen grandes ideas generales y cultura sociológica. En nuestros países, sólo los intelectuales (que no deben ser confundidos con los retóricos), pueden dirijir la política. Antiguamente, se explicaba la desconfianza por la ciencia

en los políticos, por el empirismo de éstos y por el romanticismo de los hombres de ciencia. Hoy la política es científica: hay, como demuestra Donnat, una política esperimental. ¿Qué son las reglas de Stuart Mill sobre lógica de las ciencias sociales, sobre previsión y etología sino armas para el político? ¿Qué es la sociología, sino una política en el sentido aristotélico o sea ideas generales sobre la sociedad, nacidas de la observación para volver a la vida en forma de leyes, de educación y de ideales? En instrucción, en finanzas en diplomacia, en ciencia administrativa (que ha tenido y tiene en Chile tan notables maestros como Lastarria y Letelier) no se explica la existencia de políticos empíricos o de hombres de buena voluntad. La ciencia es una experiencia condensada y no hay político sin experiencia.

Todos estos factores se han reflejado en la vida intelectual del Perú. La paz ha traído el despertar de las energías nacionales, ha dado eficacia a muchas fuerzas mentales. El industrialismo ha creado corrientes de trabajo que, en el orden intelectual, se traducen por la combinación de esfuerzos y por la emulación en la lucha. Como el hombre es un sistema de energías, el empleo de algunas pone en vibración el conjunto: así se explica que de la pugna material surjan perspectivas de esfuerzo desinteresado e ideal. Al mismo tiempo, la inteligencia ha sido en el Perú, como lo es en toda la raza latina, el primer factor, superior a la voluntad, al sentimiento. Este prestigio va creciendo con los resultados, con la tradición intelectual, con la invasión de corrientes modernas en el viejo solar. Y así, de manera fatal, un régimen de paz y de trabajo ha preparado el camino de Damasco a estos nuevos peregrinos intelectuales.

A las corrientes materiales en la vida, han correspondido direcciones positivas en el pensamiento. El positivismo entró en el Perú, a través del derecho penal: Ferri trajo a Spencer y Lombroso reveló a Darwin. Después las tendencias se depuraron y vinieron las ideas de equilibrio intelectual, las filosofías abiertas y simpáticas de Fenillée, de Guyau, de Tarde. Y vino toda novedad fecunda y dominó Nietszche. En pocos años la ciencia moderna ha subyugado a los espíritu secretos. El positivismo produjo algunas veces una nueva retórica; pero nos libró generalmente de fraseologías declamatorias, de ensayos escolásticos y de viejos ergotismos. Bastaría comparar la oratoria de Casós, el tribuno romántico, con la oratoria de Cornejo, el sociólogo, para notar hasta qué extremo ha modificado el positivismo científico los antiguos cuadros intelectuales.

A la vez, la tendencia generosa de la raza encontró pábulo en otras lecturas, en Tolstoi, en el mismo "Clarín", a quien consagró un brillante ensayo Raymundo Morales, joven de la nueva generación: en Rodó, el admirable autor de "Ariel" a quien mucho leen en el Perú. Si toda revolución es, según la expresión de un sociólogo, Richard, un cambio de autoridades, las nuevas tenían sabor moderno y carácter simpático. Hoy esa juventud lee a Hoffding y a Ferri, a Guyau y a Unamuno, a Cumplowiez y a Wundt, a Tolstoi y a Ibsen; reuniendo así, en el acervo de las influencias intelectuales, voces de todos los grandes pueblos y persiguiendo un cosmopolitismo potente. Agregad

a tantas direcciones una corriente franca de imitación norte-americana. que podrá ser excesiva, pero que nos dará ejemplos de salud intelectual, de religiosidad serena, de sentido de la vida, como control a todos los estímulos del decadentismo; y tendréis el aspecto intelectual del Perú. En todas estas colonias dominó siempre la intolerancia: tenemos una herencia viciosa de inquisidores. Las nuevas influencias han traído para nuestra generación, lecciones de tolerancia. Puede la excesiva libertad intelectual llevar a lo que se ha llamado en Francia el "renanismo", ironía amable y refinada que juega perpetuamente con los graves problemas de la vida; pero, aun en tales extremos, todo espíritu prefiere la manera libre de Anatole France, a las paradojas elocuentes de Luis Veuillot.

Y como todo esfuerzo colectivo necesita de un maestro, de un inspirador, nuestra generación ha recibido el influjo directo en unos, vago y de reflejo en otros, del doctor Alejandro Deustua, educador y hombre de ciencia, especie de Lavisse, de la educación peruana. En el método, en la dirección ideal, en la juventud del espíritu, recuerda a los maestros franceses; los recuerda también en la curiosidad, en la vibración intensa ante la filosofía y el arte. A él le debemos algunos nuestras direcciones; otros una lección o un consejo; y sólo en el porvenir podrá medirse íntegramente la extensión de su influencia, que es, como la de los antiguos, simiente que se agita y crece en las almas.

No quiero citar aquí muchos nombres. Sería largo enumerar a los secretarios que, en tesis jurídicas y en conferencias, han entrado de lleno en el camino nuevo. Otros triunfan en la revista y el libro, algunos se han impuesto desde su primera aparición.

Recordaré, entre otros muchos, a José de la Riva Agüero, Oscar Miró-Quesada, José Gálvez, Leonidas Yerovi y Luis Fernán Cisneros.

En todos ellos hay una nota de entusiasmo y de fe que imprime a este movimiento intelectual, los caracteres de una novedad preñada de esperanzas.

No tengo yo aquí la representación de esta juventud, y confieso que nunca me hubiera sido conferida. Pero creo sinceramente que toda ella me acompaña en el saludo que envío a la juventud intelectual de Chile; y en la afirmación generosa de que busquemos la solidaridad mental, base de otras solidaridades.

Hay siempre en la comunicación de las ideas, en las simpatías de los cerebros, en la comprensión de los sendos ideales, un sentimiento de tolerancia, de sinceridad y un gérmen de unión robusta. Los espíritu que se elevan sobre el prejuicio y el instinto, esos dos peligrosos atavismos, encuentran, en regiones serenas, visiones que subliman la vida. Y aun cuando una generación estuviera dominada por intereses materiales, aun cuando el espíritu práctico fuera el verbo nacional, no hay que olvidar que, según la observación de un gran sociólogo, Durckheim, la solidaridad "mecánica" de la simple convivencia, funda la solidaridad "orgánica" de los intereses y prepara la solidaridad ética, ideal de las almas. El interés puede combinarse fácilmente con estímulos superiores.

Pero no creo que sea en Chile universal el criterio económico; no creo que la juventud arranque de sus hombros, con despiadado tajo, las alas que la llevan a regiones de serenidad y luz. La observación diaria dice que hay aquí corrientes de idealidad, poesía y ensueño. Si no bastaran a probarlo la admirable autora de "Hacia el Oriente" y la obra múltiple del autor de "Lo trasplantado", dos bellos ejemplos que solicitan mi bello recuerdo, habría que pensar en el idealismo sereno y profundo de don Marcial Martínez, político de corte moderno. Hay un libro reciente, publicado en Chile, en que se señala como nota de la psicología chilena el germanismo, en sus grandes virtudes de seriedad, de reposo, de tenacidad y de esfuerzo. Entre los tipos étnicos modernos, el germano es uno de los más dignos de ser contemplados como modelo para la vida: ha producido eflorescencias intelectuales, triunfos en la industria, ha exaltado, con igual imperio, las dos formas extremas de la convivencia, el individualismo con Kant y Humboldt, el socialismo con Marx y Lasalle; ha sabido elevarse de la realidad al ideal, en viaje perpetuo con todos sus filósofos y sus artistas. Pero ese tipo presenta una psicología compleja y rara que un gran observador ha condensado en esta palabra: la "bicefalia". Son cerebros que tienen dos caras: una para la realidad, la otra para el ideal. Esto enseña la variedad de su obra. Sin la perspectiva ideal no se explicarían ni el Fausto, ni la mística de Novalis y de Scheleiermacher, ni los mismos discursos viriles de Fichte: la acción en la gran Germania vive de esos ideales y Fichte vale ante ese pueblo tanto como Bismarck.

La instrucción chilena, tan análoga a la germana, tiene que afirmar en la juventud el interés por la especulación y por el estudio, sin fines estrictamente inmediatos; dando así a la psicología de este pueblo la nota que algunos se empeñan en arrebatarle. En todo espíritu joven canta una alondra, que saluda siempre, como en la tragedia de Shakespeare, a la aurora de los amores y de las esperanzas. Unámonos, pues, todos los jóvenes de la América española en el amor de un mismo ideal, hecho de justicia, de sinceridad y de paz. Que si alguien llama ilusión a este propósito generoso, podemos recordarle los versos del poeta:

Illusión féconde, illusión sacrée
Mére des grands espoirs et des efforts sans fin

Y este poeta era Guyau, el filósofo de los jóvenes, el que trasformó todo el pensamiento metafísico con el concepto de la "sociedad", de la solidaridad, el hombre simpático y amante, muerto a los 33 años, en edad simbólica, y enterrado en el campo, entre laureles, bajo el sol amoroso del mediodia, como un febo en una tumba griega.

Herman Melville en el Perú

por ESTUARDO NUÑEZ

El ciclo vital de Melville (1819-1891) coincide con el desarrollo del comercio marítimo norteamericano y el desenvolvimiento de las vías de comunicación intercontinentales que persiguen favorecer el intercambio de productos de gran riqueza: las grasas de ballena, el guano del Perú, el oro de California. El Océano Pacífico concentra en el siglo XIX ese intenso comercio internacional, cuya vastedad atrae a marinos audaces, a traficantes de toda índole, a hombres sin escrúpulos y sin miedo y también a viajeros imaginativos sugestionados por la aventura y lo desconocido de la leyenda que dora siempre la cruda realidad de la vida en apartadas regiones. El propio Melville dijo ya en *Moby Dick*: "Las pesquerías de ballena proporcionan hoy día un asilo para muchos jóvenes románticos —que llevan el *Fedón* en la cabeza—, melancólicos y distraídos, disgustados con los penosos cuidados terrestres y que buscan un alivio en el alquitrán y la esperma" (XXXV).

La expansión en el dominio terrestre corre pareja con la expansión espiritual y el escenario del escritor de entonces empieza a buscar un escenario de vasta proporción. Melville es la primera expresión de un espíritu semejante en la América del Norte. Un historiador literario de nuestros días ha señalado cómo Melville y su obra "abarcaba todos los continentes y mares de la tierra. Se dilataba hasta adquirir las dimensiones del Globo y del universo terrestre. Se hacía metafísico y cósmico. Y con la expansión del escenario iba unida la correspondiente expansión del pensamiento y de la imaginación del arte americano" (1).

De tal suerte, a Melville lo anima un verdadero sentimiento "fáustico" que lo impulsa a dominar y señorear en un escenario grandioso, superando las fronteras materiales que separan su país del resto del mundo; y que paralelamente, significa asimismo, que derriba las otras fronteras inmateriales que separan lo finito de lo infinito, lo natural y lo sobrenatural. En su obra campea toda la amplitud de su ambición por dominar la realidad y toda la sed de poderío que lo induce al dominio de lo sobrehumano. Hay un párrafo revelador de toda esta inquietud "occidental", que emerge de una raíz goetheana: "Oh, humano!, admírala y emula a la ballena! Vive tú también en este mundo como si no pertenecieras a él. Conserva tu calor en medio del hielo. Sé frío en el ecuador, haz que tu sangre fluya en los polos. Al igual que la cúpula de San Pedro, o la gran ballena, retén siempre, ¡oh, hombre!, tu genuina temperatura en todas las estaciones. Pero ¡cuán fácil es y cuán inútil, el predicar estas bellas cosas! ¡Cuán pocos monumentos poseen cúpulas como la de San Pedro y cuán pocas criaturas la vastedad de la ballena!" (cap. LXVIII) (2).

(1).—Morton Dauwen ZABEL, *Historia de la literatura norteamericana*, Buenos Aires, Ed. Losada S. A., 1950.

(2).—Herman MELVILLE, *Moby Dick* (*La Ballena Blanca*), traducción directa del inglés por Guillermo Guerrero Estrella, Hugo E. Ricart y Alejandro Rosa, Buenos Aires, Emecé Editores S. A., Colección "El Navío,", 1944.

De allí que ninguna realidad, ninguna idea, ninguna posibilidad espiritual, ninguna limitación pudo recortar su inspiración, siempre vuelta a todo lo abierto del cielo y de la tierra, a todas las perspectivas ilimitadas del intelecto y de la naturaleza.

Melville, viajero ejemplar

Nacido en Nueva York, al lado del mar, sus experiencias vitales están desde muy joven vinculadas a la navegación. Pudo él decir, como su personaje Ismael, "un barco ballenero fué mi Facultad de Yale y mi Harvard". Todavía adolescente, embarca Melville en un viaje a Gran Bretaña como simple tripulante. Pero otras rutas más atrayentes y riesgosas le esperan todavía los años venideros. Ese primer viaje a Europa (1837) le proporciona los elementos vivenciales para revelar sus dotes de genial escritor. Poco tiempo después de su regreso, empieza a escribir páginas breves y finalmente de esa primera experiencia del Atlántico surge su primera novela que le da nombre ilustre y categoría literaria: *Redburn.*

La segunda experiencia viajera es más significativa y trascendente. Entre 1841 y 1844, realiza abordo del ballenero "Acushnet" y otros barcos un largo periplo marítimo por el Pacífico y los llamados entonces "mares del Sur". Bordea la costa oriental de América, supera el cabo de Hornos, visita las costas de Chile y el Perú, las islas Galápagos y culmina con una estada prolongada en las Marquesas, Tahiti, Japón y Hawai. Al regreso recala de nuevo en la costa peruana, chilena y mexicana para retornar con breves escalas en Buenos Aires y Pará a la costa oriental de los Estados Unidos. A este nuevo período de creación, pertenecen sus novelas *White-Jacket, Typee* (cuya acción se desarrolla en las Marquesas), *Omoo* (con escenario en Tahiti) y *Mardi* (que se desenvuelve en varias islas de la Oceanía). Finalmente, todo el Pacífico constituye el campo de acción de su más notable y conocida obra de ficción: *Moby-Dick* (*La ballena blanca*) novela-tragedia que resume su concepción del mundo y en que expresa, en un tenso ambiente saturado de mar, el mensaje de su alma atormentada.

Todavía espera a Melville una tercera experiencia de viaje, ya un poco entrados sus años de madurez. En 1860, con su hermano Thomas, a bordo del clíper "Meteor" navega nuevamente alrededor de la América del Sur, con recaladas en Chile y Perú y siguiendo hasta San Francisco de California, en 4 meses y medio de travesía. Urgido por situaciones personales, perdido el sosiego o la aptitud física para largos viajes, regresa en octubre de 1860 a Panamá y cruzando el istmo, pudo arribar a Nueva York poco después.

La vivencia del Pacífico y de la América Latina

Pero el segundo de los mencionados viajes, es acaso el definitivo en su vida y en su obra. Su "vivencia" del mar Pacífico es profunda, perdurable, trascendental y decisiva tanto en el estilo de su vida y de su obra co-

mo en la desolación y el tormento de su espíritu. El sentimiento cósmico y el sentido "fáustico" ya apuntado, se enriquece y se afina en las vigilias prolongadas del marino, transido de emoción frente a las costas desoladas de Chile y Perú, frente a la extraña configuración de la naturaleza en las Galápagos o en los arrecifes de la Oceanía. En casi 4 años de ausencia, Melville adquirió el cabal conocimiento de esas lejanas ínsulas de ensueño y de misterio o de esas costas prendidas a la leyenda de antiguos navegantes. Asimila la experiencia viva y perdurable de modalidades de vida completamente nuevas y surge para él como una revelación palpitante la realidad de la América Latina.

Podrían apuntarse algunos datos más cerca de este viaje. La primera parte de la travesía de Melville trascurre en el ballenero "Acushnet" (que no es otro que el "Pequod" de *Moby-Dick*) y desde él posa su primera mirada a las infructuosas costas chilenas o al gris y desértico litoral peruano (3). Exigencias de las faenas de la pesca lo detienen por muchas semanas en las Galápagos y luego en las Marquesas. En Tahiti abandona el ballenero, sin mucha insistencia en los motivos. Acaso lo urge el sosiego que la creación requiere o lo induce el impulso de liberarse de rutinarias tareas de simple tripulante de ballenero, avisado como el que más para penetrar en toda la trama dramática de las circunstancias que rodean esa extraordinaria madeja de pasiones y de hábitos, de genialidades y de inhumana conducta que constituyen la vida abordo de un buque ballenero, a mediados del siglo pasado.

Algunos días lo retiene el paisaje tahitiano y el sentido nuevo y fresco del vivir natural que advierte, antecediendo 30 años al pintor Gauguin, allí avecindado por la voluntad de evadirse de la civilización. Pero su sentido del arte se afirma no en la evasión de un mundo y en el trocar la miseria burguesa por el paisaje y el hombre en sus formas naturales e incontaminadas, sino en satisfacer la demanda de contenido universal y anímico que una cultura joven como la norteamericana ansía. Su destino no es acogerse a ninguna forma cultural sino conducir la experiencia de ella a su tierra natal, allí donde espera elaborar la obra que con plenitud recoja por vez primera en la literatura patria la experiencia universalista y cósmica. Melville, por eso, se contrata de nuevo en otro ballenero, el "Charles & Henry" —que tantas veces, por esos años, ha lucido su grácil casco en playas del Perú—, con el cual prosigue a las islas del Japón y de Hawai. Los mismos u otros sentimientos lo inducen otra vez a desvincularse de su contrato y abandonar el barco. Catorce semanas espera, de buen grado, una posibilidad de regreso y

(3).—He tratado de confrontar estos datos contenidos en diversas biografías y obras sobre la producción de Melville, con las relaciones de llegada y salida de barcos contenidas diariamente en "El Comercio" de Lima, entre 1841 y 1843. Un ballenero de nombre "Acushnet" no aparece en dichas relaciones. Pero es frecuente encontrar en ellas que la ortografía de los nombres extranjeros es muy caprichosa o defectuosa. Se consigna una denominación de aproximada similitud: el ballenero también norteamericano "Asuansky", al mando del capitán Pease, que en sucesivas entradas y salidas de puerto, a partir de febrero de 1841, sufre a su vez las siguientes transformaciones en la ortografía de su apelativo: "Acoashouks" y "Asuashauhs". Podrían estas ser, sin mucho forzar la imaginación, corrupciones ortográficas de "Acushnet".

la solución llega al final, conforme a lo previsto: el enrolamiento en barco de guerra de su patria.

En agosto de 1843, Melville se alista como tripulante común en la fragata de guerra "United States" (rebautizada como "Neversink" en su novela *White-Jacket*), que integraba el escuadrón norteamericano del Pacífico. El regreso, sin embargo, no será directo ni pronto. Abordo del "United States", Melville hace escala no siempre cortas en diversas islas: las Sandwich, las Marquesas, Tahiti y, enfilando a América del Sur, desembarca en la de Juan Fernández (Más-Afuera) arribando a Valparaíso en noviembre de 1843.

Durante los once meses restantes, hasta su arribo a Boston (octubre de 1844), Melville vive plenamente en la América Latina, afirmando sus ligeras impresiones anteriores, de 1841-42 como tripulante del ballenero "Acushnet". Ahora puede observar más plácidamente, en constantes escalas o esperas de aprovisionamiento, las costumbres locales y los panoramas de estas regiones. En Callao y Lima, permanece desde diciembre de 1843 hasta marzo de 1844 y luego muchos días del mes de junio de ese año. En esos 6 meses últimos, sale y vuelve al Callao después de visitar México y Chile, principales puntos extremos de actividad del escuadrón del Pacífico, cuyo centro de aprovisionamiento y comando se encuentra siempre en el Callao (4).

No se ha insistido lo suficiente en la estada de Melville en la América Latina y en la incitación creadora que ella constituye dentro de su obra. La crítica no ha sabido hasta tiempos recientes sopesar esas circunstancias generatrices de su obra de novelista, y sólo los historiadores como Scudder y como Anderson han esclarecido ya, hace poco, ese aspecto de su biografía revelador de infinitos matices y significativo en grado sumo. Christopher Morley en su ágil itinerario viajero *Hasta la vista,* apunta apenas que Melville fué un fugaz visitante de la capital del virreynato del Perú (5). Tal afirmación resulta a todas luces inexacta si la confrontamos con los datos anteriores, pues no sólo hubo constante contacto con la tierra y con las gentes de estas regiones, en oportunidades diversas y en lapso más o menos prolongado, sino que sin duda, Melville adquirió en estas tierras un modo nuevo de mirar el mundo y una considerable erudición en cosas pasadas a través de libros insospechados. En sus novelas *White-Jacket* y *Typee,* que se publicó primitivamente con el título *Narrative of a four month's residence among the natives of a valley of the Marquesas Islands,* se puede advertir su familiaridad con los relatos de viaje de Mendaña, y los del capitán Porter, el famoso comandante de la fragata "Essex" y el comandante Stewart, que enarbolaba su insignia en el "Vincennes" que antecedió al "United States" en el comando del escuadrón del Pacífico. Unos y otros, los balleneros y los barcos de guerra, toman el Callao como su principal punto de aprovisiona-

(4).—Ver *Journal of a cruise to the Pacific Ocean, 1842-44, in the fragate "United States"*, with notes on Herman Melville, edited by Charles Roberts Anderson, with 11 water colors from the Journal of William H. Meyers, Durham N. C., Duke University Press, 1937.

(5).—Christopher MORLEY, *Hasta la vista,* Gorden City, N. Y., Donbleday, Doran & Co., 1935.

MUSEO NAVAL DEL PERU Biblioteca Julio J. Elías Murguía

miento y enlace, además de otros puertos de la costa del Perú y Chile, bien para la travesía de cruce del Pacífico, bien para la extenuante navegación de regreso de la Oceanía, bien para su actividad dentro de la misma zona costanera entre Chile y México. En otras obras de Melville se menciona también la narración del primer navegante norteamericano que recorrió la costa sudamericana, desde fines del siglo XVIII, el capitán Amasa Delano, e igualmente, en forma indirecta y velada, el relato y las ilustraciones del ágil y artista marino William Meyers.

El Pacífico era el centro de la gran pesquería de la ballena, principalmente frente a la costa peruana. Un gran círculo de acción marítima se abría en los estrechos de Magallanes, continuaba su arco por Valparaíso, Arica, el Callao, Paita, sesgaba hacia las islas Galápagos, viraba a las costas de México y el golfo de California, continuaba a Hawai, y bajaba en curva pronunciada hacia las Marquesas y otras islas de la Oceanía para cerrar sobre las costas de Chile nuevamente a través de las islas de Pascua y Juan Fernández. Confluían a él mercantes y pesqueros, a veces algún explorador desinteresado, y con mucha frecuencia los barcos de guerra del llamado 'escuadrón del Pacífico", con estación de enlace y aprovisionamiento en el Callao. Un triple interés parece haber inspirado el mantenimiento de una flota de guerra de los Estados Unidos en aguas tan extensas del Pacífico: en primer lugar la protección del comercio internacional, a veces amenazado por la inestabilidad política de las nuevas repúblicas latinoamericanas, constantemente sujetas a cambios y trastornos que afectaban inversiones y personas extranjeras; en segundo lugar, la protección de los barcos pesqueros a veces hostigados por países o empresas rivales y, en tercer término, la no disimulada necesidad de consolidar el dominio sobre la costa occidental de los Estados Unidos en el Pacífico, tan importante desde la revelación de la riqueza del oro en California, actitud política que fué desembozada con la ocupación temporal de Monterrey (1843) y la posterior invasión del litoral mexicano, a raíz del estallido de la guerra con México (1847).

Por esos años, "el escuadrón del Pacífico" estuvo compuesto por una fragata de nuevo tipo, la "United States", las corbetas "St. Louis", "Yorktown", "Cyane", "Dale", la goleta "Shark" y el barco auxiliar "Relief", cuyas recaladas al Callao son constantes. Es interesante esta apuntación, pues antes y después de 1840, esos barcos traen a su bordo oficiales y tripulantes numerosos, que desembarcan curiosamente en las costas del Perú y algunos de ellos, los más dotados de sensibilidad y aficiones literarias o periodísticas, escriben notables impresiones de viajeros fugaces y reiterantes. Sin duda, algunos de esos relatos de viaje se han perdido pero otros afortunadamente se han publicado y han quedado para la posteridad, en la forma de simples itinerarios, de relaciones de experiencias, de cuadros de costumbres o de elaboraciones literarias. Son marinos de guerra y autores de libros sugestivos David Porter (que estuvo en estas costas de América del Sur entre 1812 y 1814), Nataniel Ames (en 1827), Charles Samuel Stewart (en 1829), W. Ruschenberger (en 1831 a 1834), Charles Wilkes y John Jenkins (en 1839),

un marino anónimo: G. W. W. en 1841-43 ,el marino pintor Meyers (en 1842), S. R. Franklin (entre 1845 y 1856?). W. Lewis Herndon y Lardner Gibbon (en 1851-53).

Silueta del Perú

Moby Dick o La Ballena blanca es sin duda una de las obras de Melville más conocidas; su centro de acción, el océano Pacífico, es un escenario vasto que muestra panoramas dispares desde la costa latino-americana hasta las islas polinésicas, el mar del Japón, y las costas del Asia. Tal escenario grandioso, magno, terrible, armoniza con el tema de la narración misteriosa, enigmática, tremendamente simbólica. He aquí un libro que nunca dejará de tener la enorme sugestión que determina una simbología multifacética y trágica. Cada nuevo lector podrá encontrar siempre una interpretación personal y subjetiva, distinta de las múltiples anteriores. *Moby Dick* excede las posibilidades de la prosa y, un tanto semejante al *Ulisses* de Joyce, pertenece a una concepción criptográfica poco común en la literatura universal, y aunque tiene la apariencia y la faz prosística, confunde su estructura literaria con el poema, surtidor de sugerencias y de símbolos. *Moby Dick* es el más vivo ejemplo de la relatividad y el absurdo de la tradicional clasificación de los géneros literarios. Fragmentos de todos los géneros clasificados y clasificables entran en su composición y pasando por lo lírico, épico, y dramático, se inserta en la obra una verdadera historia natural y moral de la ballena, la presencia de ella en la sucesión de los siglos, su fisiognómica, su psicología, el proceso y desenvolvimiento de su técnica de cacería, todo cuanto puede la intuición y la aptitud creadora descubrir en un cetáceo sorprendente.

Múltiples referencias peruanas contiene esta obra, aunque no sean estas tierras o costas del Perú el lugar de su desenvolvimiento. Son referencias de erudición, de ingenio, de oportunidad, utilizadas como recursos de estilo. Lo son geográficas como cuando compara los matices de las mejillas de un personaje con "las laderas occidentales de los Andes, que exhiben en un solo conjunto, zona tras zona, todos los climas opuestos" (cap. V). Lo son pretendidamente historiográficas como cuando hace posible que los balleneros hubieran promovido "la liberación de Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España", rompiendo la clausura colonial (cap. XXIV); lo son de diversa estirpe y calidad, como cuando se refiere a las pipas que guardan el agua de los balleneros "procedente de los ríos del Perú" o cuando deslumbra el oro reluciente y misterioso de los "doblones del Perú" o cuando el contramaestre del "Pequod" dialoga con el "cholo Cabaco", personificación de algún compañero peruano de barco que sin duda tuvo Melville.

Teoría de Lima

No cabe duda que Lima dejó en el alma de Melville un recuerdo sugestionante y poético. En *Moby Dick* (cap. XLII) se halla este párrafo que

Anderson (6) cree derivado de su residencia en la capital (desde el 8 de diciembre de 1843 al 3 de enero de 1844) y de la impresión que le produjo una acuarela panorámica de la capital de su compañero Meyers (7): "¿No es el recuerdo de sus terremotos demoledores de catedrales, ni el embate de sus frenéticos mares; ni la infecundidad de sus cielos sin lágrimas, pues que nunca producen lluvias, ni el espectáculo de sus vastos espacios donde se alzan botareles inclinados, yacentes piedras sillares y cruces terciadas (como en un astillero de tumbadas flotas ancladas), ni sus avenidas suburbanas con paredones que se apoyan los unos contra los otros como revueltos mazos de naipes, lo que hace que Lima, la sin lágrimas, sea la más extraña y triste ciudad que usted pueda ver? Ello se debe a que Lima ha tomado el velo blanco, y existe el más alto horror en esta blancura que define su tribulación. Vieja como Pizarro, esta blancura mantiene siempre nuevas sus ruinas, no admite el jovial verdor de su decaimiento; extiende sobre sus rotos terraplenes el rígido palor de una aplopejía que fija sus propias distorsiones".

Pero Melville no se detiene en una apreciación puramente paisajista y entra ya a elaborar una teoría o hipótesis sobre la psicología de Lima como ciudad. Entre el grupo de los circunstantes de la "Taberna dorada" (sin duda, la hospedería que se llamó "La Bola de Oro"), la mayor parte de ellos, marinos españoles o peruanos, el protagonista Ismael de *Moby Dick*, que sabe saborear auténtica "chicha" peruana, sostiene una larga plática y alguien del grupo le replica:

"Me es imposible resistir el deseo de expresarle, señor marinero, en nombre de todos nosotros, limeños, que no se nos ha escapado su sentimiento de delicadeza al sustituir, en su bien poco halagüeña premisa anterior, la lejana Venecia por esta ciudad en que vivimos. ¡Oh, no haga usted reverencias ni se sorprenda! Es fuerza que conozca el dicho familiarizado ya, a lo largo de estas costas, de *Lima la pervertida* que, por cierto, viene a confirmar su aseveración: más iglesias abiertas día y noche que salas de juego, y sin embargo . . . *Lima la pervertida* . . . Tanto vale por Venecia, la del bendito evangelista San Marcos. ¡Santo Domingo la purgue! Yo también la he visitado . . . ¡Pero venga esa copa! Gracias. Ya está servida. Despáchese ahora" (cap. LIV).

Más adelante se agrega por otro personaje: "No hace falta viajar . . . Todo el mundo es Lima . . .", como para dejar la verdad puesta en su sitio.

No hay duda que Melville quiso recoger una versión común entre las gentes de mar acerca de Lima y su puerto el Callao, tan próximo a ella entonces y más aún ahora, hasta el punto de que en la geografía de Melville una y otra ciudades se confunden y resultan un mismo centro de población. Debo recoger, porque hace al caso, unos versos atribuidos a Robert Louis Stevenson, que anduvo por estas costas del Pacífico poco después de Melville, como tripulante de una goleta guanera, tomados alguna vez por mí de labios

(6).—Ch. R. ANDERSON, en *Journal of a cruise* . . ., citado.
(7).—William H. MEYERS, en el apéndice a *Journal of a cruise*, citado.

de un viejo lobo de mar, y que pintan un Callao emporio de vicio y corrupción:

A place where theeves and murderers dwell
A place what is worse than a christian hell
And known as Callao.

La versión marinera no deja dudas acerca de la peyorativa opinión que merece todo puerto de forzosa recalada, a los que las mismas tripulaciones francas hacen lugares proclives al exceso alcohólico o a la expansión sexual, después de meses de penosa y austera travesía. Tales prestigios nada edificantes lo comparten siempre los grandes puertos del mundo, y sin duda el Callao, por no decir Lima, tuvo tanto o más que Valparaíso, en toda la costa del Pacífico, primacía como centro de aprovisionamiento y respiro a mediados del siglo XIX, para los balleneros, para los cargueros de guano, los mercantes a la China y la India y los barcos de guerra de toda nacionalidad que vigilaban intereses y rutas ultramarinas.

En la imaginación de Melville, Lima llega a constituir un motivo literario, una nota de personalidad, una metáfora vital, como cuando quiere representar la enormidad y lo abrumador de la cola de un cachalote que se desploma sobre el arponero exhausto pero anheloso, "como uno torre de Lima".

Melville y sus relatos latino-americanos

Pero sus impresiones específicas acerca del Perú y de Lima están contenidas en dos relatos breves de Melville de escasa difusión. *The Encantadas* (las islas Galápagos) (8) constituye una sucesión de cuadros y escenas sin trama única dentro del marco extraordinario de la naturaleza de estos parajes alejados de la civilización, mundo estéril y desolado, en donde el espíritu parece succionado por la tierra. Tripulante del "Acushnet", Melville permanece en dicha isla desde el 30 de octubre de 1841 hasta entrado el año siguiente. En ese lapso frecuenta los puertos peruanos de Paita y Tumbes, que servían de lugares de aprovisionamiento para los numerosos balleneros que actuaban en los alrededores. A los cazadores de cetáceos se han agregado más tarde, en esa misma zona marítima, los pescadores de atún, los "tuna-clípers" de nuestros días. Melville hace referencia al "sandy Payta", al "peruvian Pisco", a las "cholas" y "cholos" del litoral peruano, elementos todos, humanos o inanimados, que eran auxiliares preciosos en los trabajos de pesca y preparación de los productos extraídos del mar.

El otro relato de inspiración latino-americana y peruana es *Benito Cereno*, la historia de un desdichado capitán de barco español cuyo cargamento de esclavos se amotina contra él y lo secuestra por largos meses de incer-

(8).—*The complete stories of Herman Melville*, edited by Jay Leyda, New York, Random House, 1949.

tidumbre y desesperación. Este relato apareció en libros dos años después de *The Encantadas,* en 1859.

Benito Cereno y el capitán Amasa Delano

La narración de *Benito Cereno* se basó casi fielmente en un hecho verídico relatado por el capitán Amasa Delano en su obra *Narrative of voyages and travels,* publicada en 1817 (9). Delano había estado en Chile y Perú desde fines del siglo XVIII, por breves términos, y finalmente en lapso más largo, en 1805, durante su segunda vuelta alrededor del mundo, y fué protagonista del suceso que él cuenta llanamente como un acontecer de travesía, y que Melville, medio siglo después, recoge y re-elabora literariamente, comunicando vigor y arte a hechos desnudos y agregando energía poética y dramática a la verdad histórica.

Se supone que algún tiempo antes de componer *Mardi* y *The Encantadas,* Melville obtuvo un ejemplar del libro de Delano. Buscaba seguramente otros elementos para sus escenas de las Galápagos y halló en el capítulo XVIII algo de sugestionante interés humano. Melville respetó la línea principal de la trama y hasta el nombre de los protagonistas. Pero alteró con sentido estético, con romántica insinuación, los nombres de los barcos: el "Tryal" del capitán Cereno resultó llamándose "San Dominick"; y el "Perseverance" del capitán Delano se convirtió en "Bachelor's Delight".

Delineó además, con imaginativa y morosa delectación, el aparejo del navío español y resaltó su línea de antiguo barco de la real Armada, en su porte clásico, alimentado con las reminiscencias de su prosapia pretérita.

La historia de Benito Cereno se desenvuelve en un clima acentuado de misterio y de enigma. El capitán Delano había anclado su barco en una rada de la isla de Santa María, ubicada en la parte meridional de la costa de Chile. Advierte en hora temprana y fresca de la mañana, la aproximación de un velero que navega en condiciones anormales con riesgo de varar sobre las rocas acaso por la avería y escasez del velamen o por la inexperiencia de la tripulación, compuesta en su mayor parte de negros. Delano ordena arriar una ballenera provista de víveres y agua y personalmente decide intervenir en el auxilio del "San Dominick", cuyo casco aparece descuidado y cubierto de algas y crustáceos. Se le acoge en ese barco con indiferencia por los pocos marineros blancos y se dirige al encuentro de un personaje que por su porte y distinción deduce sea el capitán del barco: don Benito Cereno. La entrevista se prolonga a las restantes horas del día, mientras Cereno es atendido solícitamente por un negro, de magro físico pero de viva inteligencia, a quien llama Babo. Cereno parece seriamente enfermo y sufre constantes accesos de violenta tos.

---

(9).—Amasa DELANO, *Narrative of voyages and travels in the Northern and Southern Hemispheres; comprising three voyages round the World; together with a voyage of survey and discovery in the Pacific Ocean and Oriental Islands,* Boston, Printed by E. G. House, for the author, 1817.

La ficción de Cereno

Mientras los capitanes departían, las corrientes llevaban al "San Dominick" mar afuera. Advertida esa circunstancia, el capitán Delano, decidido a acondicionar el barco sometido a su protección, dispuso colocar las velas que había hecho traer de su buque, de modo que la primera brisa nocturna lo llevara cerca del "Bachelor's Delight". Entre tanto, Cereno relataba convencionalmente una falsa historia de su tragedia y de la sucedido abordo de su nave. Habría salido 6 meses antes de Buenos Aires con 300 esclavos negros, varios oficiales y buen número de tripulantes, además de unos pocos pasajeros, entre los que se contaban el dueño del cargamento de esclavos, don Alejandro Aranda y el joven Joaquín, marqués de Aramboalaza, y todos con destino al Callao. Las penalidades comenzarían al pasar el cabo de Hornos, en donde habríanse desencadenado tempestades. Se presentaría luego el azote de la fiebre y la sed, que diezma a la tripulación y extermina por lo menos a la mitad de los esclavos, y a todos los oficiales y pasajeros. Cereno habría podido sobrevivir sólo por la ayuda del fiel y buen Babo.

En el trascurso de la memorable jornada, y después de compartir un frugal almuerzo, Delano se formulaba diversas conjeturas alrededor de cierta actitud expectante de los marineros y el sospechoso proceder de los negros y sobre todo, por la extraña personalidad de don Benito Cereno. Al caer la tarde, comenzó a soplar el viento y en pocos minutos estuvieron los barcos lado a lado. Luego de una cordial despedida, Delano descendió y se acomodó en su chalupa. De pronto, se produjo cierto alboroto y revuelo en el barco, y Cereno saltó sobre el bote. Siguiéndole, el negro servidor suyo, saltó igualmente al bote con un cuchillo entre los dientes, y simultáneamente tres marineros se arrojaban al agua, en pos de Cereno. En pocos momentos, los ocupantes del bote redujeron a los perseguidores procediendo enérgicamente y el bote, conduciendo salvos a los capitanes, se alejó del barco español.

El enigma despejado y la verdadera historia

Llegado a su nave, Amasa Delano, con una expresión de alivio, pidió a Cereno, que acababa de recobrar el conocimiento, le aclarara el enigma. Entre tanto, el "San Dominick", cuyo cable de amarre se había roto, navegaba al garete. Era visible un blanco esqueleto —lúgubre recuerdo del cadáver de don Alejandro Aranda— ahora suspendido del mascarón de proa, mientras los negros gritaban y bailaban sobre cubierta y al tiempo que los marineros trepaban a lo más alto de los mástiles, como escapando de una persecución de los primeros. El capitán Delano envió varios botes al mando de su segundo oficial para recuperar el barco español, con instrucciones de utilizar la fuerza si era necesario. La resistencia de los negros obligó a disparar sus armas de fuego a los marinos norteamericanos. Reducidos a la impotencia los esclavos, fueron considerados prisioneros y conducidos inmediatamente a Concepción para instruir su proceso, y logrado este cometido, trasladados al Callao y Lima para ejecutar la sentencia.

La verdadera historia del viaje de Cereno, más tarde expuesta en la prueba para el juicio de los amotinados y asesinos, y antes relatada a Delano, fué la siguiente: El capitán español y su barco habían salido de Valparaíso con destino al Callao, conduciendo unos 160 esclavos. Viajaban así mismo don Alejandro Aranda, propietario de los mismos, varios pasajeros distinguidos, oficiales y tripulantes. Los esclavos se amotinaron en alta mar, mataron a los pasajeros, entre ellos a Aranda, Francisco Masa, rico mendocino, el marqués de Aramboalaza, varios españoles empleados y servidores de Aranda, y otros más. Respetaron sólo a los tripulantes. Encabezó a los amotinados un negro de gran personalidad que era Babo, secundado por otro de bárbaro aspecto, a quién después se segregó. El desenfreno se hizo tangible en bailes y ceremonias paganas. Don Benito fué dejado en aparente libertad con la condición de que condujera a la nave a un puerto del Senegal. Pero la falta de agua impuso que la nave tuviera que recorrer la costa del Perú desde Pisco y Nasca y parte del litoral chileno hasta encontrar en una caleta deshabitada al barco de Delano. Babo había vigilado a Cereno constantemente y sobre todo en el curso de su conversación con Delano, imponiéndole que relatara la falsa historia. Pero al producirse la despedida, y debido a una súbita decisión, Benito Cereno saltó al bote en busca de protección, mientras Babo lo hacía con intención de ultimarlo.

Cereno y Delano en Lima

El final es dramático y verídico. Cereno restableció un tanto su salud corporal en la travesía de Concepción al Callao, agradeciendo constantemente el servicio que Delano le había prestado. Pero su mente estaba definitivamente perdida, a causa de la prolongada angustia, el terror a los negros, las torturas y amenazas continuadas a lo largo de tantos meses. Al llegar a Lima, Cereno sufrió una recaída, requiriendo los servicios médicos y los auxilios religiosos. Muy deprimido, vivió sus últimos días en un convento de Lima y apenas si sobrevivió lo preciso para saber juzgados y castigados a sus secuestradores por la Audiencia de Lima, que falló a base de los sumarios practicados por las autoridades de Concepción. Delano desarrolló en Lima, intensa actividad cerca del Virrey para esclarecer los hechos y justificar sus actos, frente a ciertas desleales declaraciones de Cereno.

Resulta interesante comparar el texto del propio Delano y el de Melville, a los cuales separa la distancia que media entre el relato directo y escueto de las incidencias reales, sin pretensión artística alguna, y la narración decorada y exquisita del artista, que provoca conscientemente las sensaciones de encantamiento, de irrealidad y de misterioso embrujo. Melville puso al servicio de esa empresa su poder de creación y su capacidad expresiva, logrando comunicar vibración y vitalidad a un rutinario diario de navegación. Este diario fué tan árido "que a pesar —dice Stone— de haber Melville citado a Delano, no fué identificado el último como protagonista y autor, sino

setenta años después (10) y a Melville le fué adjudicada íntegramente la paternidad de Benito Cereno" (11).

Simbología latente

Se ha querido ver en esta obra, como en todas las de Melville, un profundo simbolismo en los hechos expuestos y respecto de los grandes problemas morales y metafísicos. Dice Pierre Leyris: "Cualesquiera que sean las fuentes distintas en que se alimenta la culpabilidad de Melville y, por consiguiente, la de su personaje, don Benito desfallece en los falaces brazos del pérfido servidor que le atormenta sin descanso y jadea bajo el abrazo cruel del Pecado, que su mala conciencia exterioriza, se debate al contacto indecible de la Muerte, siempre presente, que le observa sin cesar. Que Babo sea más probablemente el Mal, o más bien la Muerte, que esta muerte sea tal vez la del alma, tal vez la del cuerpo, esto es imposible decidirlo de una vez por todas, pues el juego movible del lenguaje figurado, reviste a cada personaje y aún a cada objeto, de numerosos aspectos, de numerosas significaciones demasiado sutiles y demasiado diversas, para ser fijadas en su fluctuación. Tan pronto es don Benito simplemente el capitán de un barco de esclavos en revuelta, tan pronto aparece como un monje, como un "dominico" (reminiscencia del nombre del barco puesto por Melville), en meditación en su celda, atormentado por un enjambre de negros demonios y pasando por pruebas puramente espirituales: el esqueleto amarrado a la proa adquiere entonces el valor de un gigantesco *Memento mori.* En verdad, no hay un solo elemento del relato, un solo incidente, un solo detalle de la descripción del navío, que no sea susceptible de una interpretación doble o triple, y no hay un solo objeto que no parezca pertenecer a la vez a dos mundos. Pero aquí entra en juego el espíritu del lector: no hay duda de que cada cual (lector) camina a través de este texto por la vía que le es peculiar y propia: tan innumerables son las avenidas que se ofrecen a su elección" (12).

Podría agregarse a las apreciaciones de Leyris, alguna otra acotación tomada de *Moby Dick* y referida a *Benito Cereno.* Recuérdese que el ballenero trágico, el "Pequod" encontró en su fantástico peregrinaje oceánico en busca de la ballena blanca a dos barcos de la misma bandera y aparejo ballenero: el "Delight", símbolo de la desgracia y del augurio nefasto y, antes, el "Bachelor", el barco feliz y de la esperanza. Uniendo ambos nombres —la dicha y la desdicha en "Bachelor's Delight"— Melville encuentra el apelativo simbólico para el barco del capitán Amasa Delano en *Benito Cereno.* Alternativa de dicha e infortunio aplicable a los dos capitanes protaganistas: Delano el triunfador de los mares; Cereno, el derrotado.

---

(10).—Geoffrey STONE, *Melville.*—Shee & Ward, New York, 1949, 336 págs.

(11).—Se refiere STONE indudablemente al trabajo publicado por H. H. SCUDDER: "Melville's *Benito Cereno* and Capt. Delano's Voyages", en PMLA, Modern Language Asso. Publs., XLIII, 1928, el primero que esclareció la verdadera fuente de Melville, o sea las memorias de navegación de Delano.

(12).—Pierre Leyris, "Reflexiones sobre Benito Cereno", en H. Melville, *Benito Cereno,* Santiago de Chile, Emp. Ed. Ziz-Zag S. A., 1944).

La excelencia literaria de *Benito Cereno* es innegable. Con todo, la crítica de su época no dejó de señalar a Melville algún defecto en esta narración. George William Curtis, crítico notable del "Putnam's Monthly", dijó en 1855, juzgando el manuscrito de *Benito Cereno:* "El cuento de Melville es bueno. Pero es de lamentar que no lo haya tratado como un relato continuo y conexo, en vez de interpolar dentro de él o al final, documentos monótonos y aburridos. Ellos debieron formar parte integrante del contenido sustancial de la narración. Además es un poco extenso (llega a las cien páginas comunes) pero es muy sugestionante y bien logrado" (13).

Melville y Lima

En los primeros párrafos de *Benito Cereno* hay una referencia que confirma el conocimiento íntimo que tuvo Melville de Lima y sus habitantes. Compara el sol indiscreto con el ojo de una "tapada" limeña, y a su manto con las nubes interceptantes y dice: "Muy parecido al sol que interceptado por las mismas bajas y viajeras nubes, no dejaba de semejar el ojo siniestro de una intrigante limeña, atisbando a través de la plaza, por entre la abertura característica de su oscura *saya-y-manto*" (14).

Según el relato, don Joaquín, el marqués de Aramboalaza, traía oculta una joya que resultó destinada al relicario de Nuestra Señora de la Merced en Lima, ofrenda votiva, cuidadosamente preparada y guardada que debía manifestar su gratitud para el caso de haber llegado sano y salvo en su viaje de España al Perú.

Al final de la narración, Melville fija el escenario convencional en la plaza de Armas de Lima y dice: "Meses después, tirado por la horca de la cola de una mula, el negro Babo encontró su silencio final. El cuerpo fué quemado, pero muchos días, la cabeza se expuso en lo alto de una pica en la Plaza, provocando, desvergonzada, la atención de los blancos. Y al otro lado de la plaza, en la iglesia de San Bartolomé reposaban en sus bóvedas los recobrados restos de Aranda. Pasando el puente sobre el Rímac, tres meses después de ser absuelto por la corte, Benito Cereno habia rendido su alma al creador, recluído en el Convento de Monte Agonía" (15).

Benito Cereno, mito de la Europa actual

En un sugestivo ensayo (15a) acaba de formularse una nueva interpretación acerca de Benito Cereno y su concepción melvilliana, iluminando

(13).—George William CURTI, citado por Jay Leyda, en la introducción a *The complete Stories...*, ya citado.

(14).—*The complete stories...* contiene el texto completo de *Benito Cereno* así como de *The Encantadas.*—Hay traducción castellana de *Benito Cereno,* en edición de Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1944. (Empresa Editora Zig-Zag, 1944. Trad. de José María Souviron, más prólogo del mismo. Epílogo por Pierre Leyris).

(15).—*The complete Stories...*, cit.

(15a).—Enrique TIERNO GALVAN "Benito Cereno o el mito de Europa", en "Cuadernos Hispanoamericanos", Nº 36, Madrid, diciembre de 1952.

con aquella figura el sentido de la situación europea actual. "Melville tomó —dice Enrique Tierno Galván— un sencillo relato de aventuras, claro y trivial (el del capitán Delano), y lo trasmutó en una narración genial, a la que no me decido a llamar sencillamente novela porque su valor es más subido; la narración de Melville es un auténtico mito. El único que yo sepa, que permite interpretar rectamente la situación actual de Europa".

Europa se afirma, como Cereno, en una serie de falsas realidades o en una realidad tan aparencial como todos aquellos tripulantes del barco de Cereno, que ante Delano, se afanan por un designio trágico en simular una situación de normalidad, en esconder destrozos de obra muerta, en ocultar la ausencia de autoridad, de jerarquía, de orden y de buenas intenciones. "Cereno significa en el mito la consciencia de la *élite*, que ve y sufre. El desgraciado capitán no entra espontáneamente en la farsa. Le obligan los otros... y sabe que el barco no va a ninguna parte y que el intento de gobernarlo es inútil... De aquí su continuo oscilar entre la rebelión, la dejadez y el miedo... La razón aconseja huir... Pero ¿los escogidos —conciencia de Europa— pueden saltar del barco, decirle adiós y bogar sin más? ¿No sería preferible rebelarse?... Don Benito lo piensa a veces; sin embargo, es inútil, pues ya no es capaz de lo heroico ni siquiera de lo trágico. Sustituye la rebelión por una fatigada dignidad... Fuerzas indestructibles atan a don Benito a la nave y a su harapienta tripulación... El pasado y cierta insobornable conciencia de la responsabilidad lo agobian... El negro Babo significa en el mito esta insobornable consciencia. Sigue al capitán como la sombra al cuerpo; le aconseja lo que debe hacer y aun se lo impone. "Atiende a quien eres, le dice, y a la atadura con que te has atado a nosotros". Don Benito vacila y reparte su congoja entre la razón, que piensa en huir siguiendo al norteamericano (Delano), y el negro Babo, solícito y tenaz como la propia Historia. Si don Benito vacila, otro que no fuere castellano de estirpe —sigue diciendo Tierno Galván— habría saltado por la borda, procurando romper el asedio de la situación; pero de todos los europeos, los españoles son los que están más próximos a los estratos básicos de la Historia de Europa. Aun tienen, en cierto modo, un alma medieval, propicia a lo irracional y lo absoluto. Son la conciencia de Europa en la medida en que han vivido separados y anacrónicos respecto de ella... Igualmente, tiene perfecto sentido que el sitio de la situación sea un viejo galeón español con el casco cubierto con adherencias de siglos. En efecto, la nave española no ha tenido jamás su casco en carena. Sin embargo, las demás nacionas de Europa han sufrido antes o después una limpieza a fondo (la revolución inglesa, Lutero en Alemania, la revolución cultural italiana, etc.). El único pueblo europeo (España) que no ha tenido revolución se simboliza en el mito de Melville en el viejo casco de un galeón de la carrera de Indias, cubierto casi por la mugre. ¿Qué mejor que un galeón español para contraponer al alegre optimismo del hombre nuevo, Mr. Delano?"

Nuestro comentarista define aún más el mito y después de Babo, que simboliza la consciencia histórica, el barco que simboliza la tradición y el pa-

sado y el propio Delano que simboliza la fuerza de lo nuevo y la renovación del vivir, encuentra otro elemento simbólico en el negro gigantesco cubierto de cadenas: el terror. El terror que domina finalmente y se enseñorea en el alma de Cereno para partir no a la vida nueva que le ofrece Delano, sino a la tristeza indecible, a la locura irremediable y a la muerte en el Convento hospitalario de la Ciudad de los Reyes.

He aquí otro aspecto antes no descubierto de la creación de Melville. La resonancia de la obra de arte trasciende siempre su vigencia contemporánea y se proyecta en el futuro sobre las situaciones menos sospechadas y más alejadas de su intención primigenia. Cereno, mero apunte de bitácora en el olvidado libro de Delano, asciende al rango de personaje de novela en Melville y se convierte en el mito o símbolo de un continente en angustia.

Los viajeros que crean y los viajeros que incitan

Los viajeros cumplen un doble papel frente a la creación artística. Cuando existe en ellos la llama creadora edifican con empeño y con singular prestancia la obra de arte literaria y en muchos casos, la obra de arte pictórica. Fueron escritores de calidad entre los viajeros norteamericanos, Charles S. Stewart, William S. Ruschemberger, Charles Wilkes, W. Lewis Herndon, James Orton. No faltaron los artistas dibujantes que alternan sus logros con otros méritos; he allí el caso de Meyers, de Carleton y del propio Squier. Cuando no, cuando son ajenos al menester literario, cuando como en el caso de Amasa Delano es el rudo lobo de mar que en su retiro escribe el relato escueto de sus travesías, constituyen sin embargo el estímulo, el acicate para la obra de otros creadores. Delano inspira a Melville. Recientes historiadores norteamericanos (16) han demostrado hace poco cómo el libro de viajes por el Perú y Brasil que escribieron W. Lewis Herndon y Lardner Gibbon incitó al adolescente Mark Twain a proyectar un viaje a la América del Sur, al Perú y al Brasil de la leyenda y de los grandes ríos, y que ese impulso espiritual lo indujo, en pos de un objetivo final, a navegar por el Mississipi hasta Nueva Orleans, en donde no encontró el barco soñado para realizar la empresa proyectada; pero en cambio, tuvo la experiencia del gran río Mississipi, con la cual nutrió sus primeras grandes y definitivas novelas.

Delano, un buen vecino

Amasa Delano, narrador escueto, hombre de realidades y no de libros, forjado en la experiencia del mar, resulta el inspirador de parte de la

(16).—William Lewis HERNDON, *Exploration of the valley of the Amazon.*— Edited and with an introduction by Hamilton BASSO. Ilustred with maps and reproductions of contemporary prints. Mc Graw-Hill Book Company, Inc., New York, London, Toronto, 1952. El prólogo de BASSO contiene interesantes apreciaciones críticas acerca del interés que despertó en los espíritus rectores del pensamiento norteamericano el libro de HERNDON y de su compañero de aventuras Lardner GIBSON.

obra de Melville. Es el autor del primer documento que registra experiencias latino-americanas en un marino norteamericano. Bordea las costas del Pacífico cuando todavía no ha llegado el momento de la causa emancipadora en las colonias de España. Pero ya desde esa lejana época —comienzos del siglo XIX— empieza a comprender las realidades distintas que operan en los países de la América del Sur. Alterna con Virreyes y oidores, con funcionarios de toda especie y con criollos inquietos. Pasea en Lima y se ocupa con el Virrey Avilés de problemas candentes, de incidencias de mar. Ayuda y coopera en perseguir a delincuentes y a restablecer la justicia liberando a inocentes. Se gana la estimación de las autoridades y afirma, en medio de todo, un señorío y una ponderación exquisitas. Delano deja bien puesto el nombre del país de la marina a que pertenece, y es significativo que sea el "pionero" en establecer vinculaciones interamericanas y un lejano e ignorado abanderado de la causa de la comprensión entre los pueblos del norte y del sur de la América. No es coincidencia fortuita que aquel Delano sea antecesor y antepasado de un gran estadista norteamericano de nuestros días, Franklin Delano Roosevelt, adalid y apóstol del intercambio espiritual entre las Américas y de la causa de la "buen vecindad".

Amasa Delano (1763-1823) nació en Duxbury, Massachussets y murió en Boston. Alistado en la marina de guerra desde los 14 años, participó en la guerra contra los ingleses. Perteneciente a una antigua familia de constructores de barcos, lo atrajo el mar desde niño y en el "Massachussets" realiza largas travesías y periplos sugestionantes. Durante varios años recorrió el Asia y visitó China, India, islas orientales, realizando exploraciones y viviendo la experiencia de juventud entre 1791 y 1793. Años después, en 1799, emprende nuevos viajes y completa tres veces la vuelta al globo. En 1805, en la segunda circunnavegación tocó más detenidamente en las costas del Perú, siguiendo luego al Asia a través del Pacífico. De regreso, con cargamento de sedas y de especias, recala de nuevo en la costa occidental de la América del Sur, para concluir su viaje en las Antillas en 1807.

Delano perteneció a una antigua familia radicada en Nueva Inglaterra, descendiente de Felipe de la Noye, emigrado francés hugonote, llegado a América con unos puritanos ingleses en 1621. El apellido galo de la Noye resultó abreviado y democratizado en Delano. Su padre, Samuel Delano, era propietario de un astillero en New Plymouth. Durante la guerra de la Independencia, Amasa participó en la lucha con los ingleses. Tomado prisionero, pasó cautiverio en Halifax, Inglaterra.

Delano, viajero incitador

Delano sólo escribió un libro: *Narrative of voyages and travels in the Northern and Southern Hemispheres; comprising three voyages round the world: together with a voyage of survey and discovery in the Pacific Ocean and Oriental islands.* (Boston, Printed by E. G. House for the author. 1817).

La obra antedicha comprende 28 capítulos continentes de las diversas

incidencias del viaje y las impresiones del autor. Aunque éste estuvo en muchos lugares más de una vez, la relación escrita sintetiza en sólo una oportunidad sus diversas apreciaciones. Los primeros capítulos refieren sus estadas en China, India, islas orientales, en búsqueda aventurera de los amotinados de la "Bounty", célebre y novelesco episodio acaecido pocos años antes, en 1787. En su relación del regreso hay referencia al puerto de Nazca (Perú) y la costa de Chile y Patagonia. Las costas peruanas y chilenas eran la obligada escala de todos los navegantes de los mares del Sur. Parece que Delano tocó en el Perú por lo menos en tres oportunidades a partir de 1791 y hasta 1805, o sea antes y después de la estada de Humboldt.

El episodio del capitán español Benito Cereno, acogido más tarde por Melville, se incluye extensamente en el capítulo XVIII, en donde las referencias al Perú son también frecuentes. Pero en los capítulos XXV y XXVI ofrece ya Delano una descripción completa del país, al lado de sus personales observaciones, principalmente hechas en su última y más larga estada, de noviembre de 1805 a marzo de 1806.

Aparte de Nazca y Pisco, Delano describe con pormenores el Callao, donde todavía encuentra las huellas del terremoto de 1746, en forma de ruinas y hacinamientos de huesos humanos en los subterráneos del Real Felipe. Puede y logra interrogar a testigos presenciales del citado cataclismo. Agrega su experiencia personal de los temblores limeños y observa que los varones más templados abandonan medrosos sus casas al percibir el menor movimiento terráqueo y que las mujeres son generalmente más serenas, permaneciendo al lado de alguien necesitado de ayuda. Hallándose en una oportunidad en compañía de 2 oficiales de marina, no dice si españoles o peruanos, se produjo un temblor y uno de ellos escapó presuroso a la calle, mientras el otro permaneció al lado del viajero. Al volver el primero le preguntaron la razón por la que había corrido. Contestó preguntando si no habían sentido el temblor. Respondieron ellos que sí, pero que pensaban que un soldado o marino no debía correr de nada. Entonces el medroso se disculpó diciendo que había salido para ver a su caballo, suponiendo que se hubiera espantado. Esta anécdota dió lugar a escenas y motivos posteriores de burla y buen humor. En otro acápite cuenta la anécdota sucedida a un sacerdote amigo y devoto, afanoso de que besara Delano una pequeña imagen de la Virgen que hacía conducir en una bandeja el prelado. Pero habiéndose enfermado el bromista viajero y habiéndole remitido el sacerdote la imagen a su alojamiento para procurarle mejoría, al llegar éste de visita, halló a Delano con la Virgen puesta en su lecho, en liberal y profana actitud destinada a escandalizar al ultramontano amigo.

En otro párrafo, relata sus cordiales relaciones con el Virrey, a quien está autorizado para visitar en cualquier hora del día y de la noche, y de su trato liberal y sencillo. Respecto de la Inquisición, el viajero expresa que durante sus varias visitas a Lima, ha tenido buena ocasión de obtener un correcto informe acerca de ella y de sus observaciones y datos recogidos confidencialmente, deduce la convicción de que la Inquisición "no ha sido tan

terrible como lo han presentado", juicio que merece fe viniendo de un liberal, no tachable de fanatismo.

Delano en Lima

Su curiosidad sobre las cosas de Lima y del país entero es insaciable. Calcula la población de la capital del Virreynato entre 70,000 y 100,000 habitantes. Recoge datos de la más diversa índole tomándolos de fuentes autorizadas como el antiguo "Mercurio Peruano". La Casa de Moda atrae su atención así como las iglesias que visita en número de 30 o 40, "incomparables en su riqueza y esplendor". Transcribe información acerca de la población y organización política del país, producción minera y ofrece noticias acerca de la condición de los indios, de los negros y de los misioneros repartidos en el Perú y la condición de vida de los habitantes de la selva. Observa y anota las costumbres típicas, como las corridas de toros, las riñas de gallos, la indumentaria y las diversiones.

Usando de su influencia ante el Virrey y las autoridades del Virreynato, Delano obtuvo en Lima la libertad del marino inglés capitán James Bacon, apresado por sospechas de filibusterismo, así como también la de otros marinos ingleses o considerados como tales, casi en número de 50. En noviembre de 1805, Delano intervino igualmente en el problema de la liberación de 5 ciudadanos norteamericanos venidos en un barco de New Haven, Connecticut, apresados en la isla de Más Afuera ("Massa Fuero"?) por un barco de guerra español en razón de su situación ilegal de extranjeros no autorizados legalmente para residir en las colonias. Poco escapó en la costa peruana de su curiosidad insaciable, probada en sus descripciones minuciosas de las Islas de Lobos de Afuera y Lobos de Tierra y las características de sus habitantes, sus hábitos y prácticas de pesca.

Delano, persona y personaje, autor y protagonista

Su narración, despojada de galas literarias, es sin embargo llena de vigor y entusiasmo por estas regiones desconocidas para sus compatriotas. Matiza su relato con anécdotas y rasgos de humor y ágiles comentarios, permitiéndose intercalar meditaciones edificantes, que acusan su formación espiritualista. "La virtud y el vicio, la felicidad y la miseria —dice— están mucho más uniformemente distribuídas en naciones que se permiten suponer que nunca han tenido vicio o miseria, y que creen, como los chinos, que su residencia es el centro de la tierra en cuanto a sabiduría, privilegio y felicidad".

El libro de Delano, poco apreciado por sus contemporáneos y que por muchos años después de su muerte pasó casi u olvidado o inadvertido, ha recibido en los últimos tiempos una acogida reivindicadora como obra incitativa y como manifestación de una clara inteligencia, un cabal don de observación y un modelo de apreciación objetiva de las realidades que captaba. Constituye además, un documento para marinos y viajeros, un "baedecker"

viviente de todos los mares del mundo, un esfuerzo precursor en favor de la comprensión espiritual y material de los latinoamericanos por los hombres de la América del Norte y un estimulante testimonio de vida para los creadores de ficción y de arte.

Resulta así Delano no sólo un autor y un protagonista de la vida y la acción, sino también un personaje de novela. En la pluma del novelista Herman Melville, la figura de Delano se trueca de simple referencia bibliográfica en persona actuante de un episodio que parece ficción (el del capitán Benito Cereno) y el arriesgado hombre de mar y marino enérgico y consciente de sus deberes, comparte en las páginas del gran escritor y novelista, el aura de leyenda y de misterio que adorna la equívoca figura del capitán Benito Cereno. No soñó Delano seguramente que dos hombres como él y Cereno, tan distintos en carácter pero aproximados por el destino y que vivieran hermanados un episodio memorable, habrían de fraternizar en el arte de Herman Melville, y que gracias a la ficción del gran novelista norteamericano, se volcaría el interés de la posteridad hacia el ignoto libro de sus viajes y experiencias.

El viajero inspirador: Meyers

Además de Delano, otros viajeros resultan directamente vinculados a las experiencias de Melville. Se ha hecho ya referencia a las citas y menciones consignadas en sus diversas obras, demostrativas de su fina erudición en la materia bibliográfica referente al Pacífico y sus islas y costas. Sin duda, aunque no se les mencione en ningún párrafo de Melville, debió éste haber leído a otros viajeros escritores y marinos de estas latitudes, entre ellos a Charles Wilkes que de 1839 a 1842 dirigió la primera expedición norteamericana a la Antártica y que de paso estuvo en el Perú (17). Pudo éste ser uno de sus incitadores, pero existe otro que tiene con él contacto personal directo y al par la común participación y tal vez, alguna inter-influencia. Es el caso de William H. Meyers, su compañero de travesía en el mismo escuadrón con quien comparte impresiones, lecturas y la emoción por la América Latina.

Meyers, nacido en Filadelfia en 1815, se enrola en 1841 como tripulante del "Cyane", perteneciente al escuadrón del Pacífico cuyo barco insignia era entonces el "United States". Permaneció en estas costas del Pacífico justamente el mismo tiempo que Melville. En sus ocios de marino, escribió *Diario de un crucero de 3 años (1841-43)* que sólo en pequeña parte ha visto la luz pública recientemente (18). La figura de Meyers aparece rebautizada como Lemford en una de las novelas de Melville: *White-Jecket,* en donde dicho tripulante lee a sus compañeros más cultos unos cuadernos de impre-

(17).—Charles WILKES, *Narrative of the U. S. Exploring Expedition* during the years 1838-1842. Philadelphia, Lea & Blanchard, 1845.

(18).—Publicado en fragmentos y con algunas ilustraciones por Charles R. ANDERSON, como apéndice a *Journal of a cruise...*, ya citado.

siones que se ilustran con atractivas acuarelas. A veces, en sus páginas, el inquieto tripulante deslizaba agudas críticas al trato inhumano y a ciertas prácticas represivas de la vida marinera entonces imperantes. En la novela, el diario fué destruído por las autoridades navales pero en verdad, permaneció en poder de su autor y de sus descendientes y se viene a conocer en parte por la posteridad, después de 80 años de estar inédito.

Meyers consigna jugosas impresiones costumbristas de América latina y del Perú, en donde aplica sus diversas habilidades, entre ellas la de médico de afición, en cuyo carácter traspone los umbrales de casas de toda condición y observa de cerca la vida privada. Entre sus numerosas acuarelas ilustrativas de la vida de estas regiones, resaltan su diseño de danzas regionales y un panorama de la ciudad de Lima, vista desde el San Cristóbal, en el cual parece haberse inspirado Melville para su descripción de la capital peruana inserta en *Moby-Dick* y que aparece trascrita en estas páginas. Tal vez si el conocimiento completo y directo del manuscrito de Meyers, no publicado aún en su integridad, pudiera proporcionar nuevos datos para esclarecer aún más la intimidad personal que pudo haber entre los autores amigos y camaradas y el recíproco influjo que se ejercieron.

Pero de todos modos persiste la convicción de que el talento artístico de Meyers dejó su huella de agudeza y de donaire, de inquietud humana y de exacta comprensión del alma latina en muchas páginas de Melville. Si Amasa Delano le donó el tema del misterio, del enigma y de la miseria, Meyers le brindó, qué duda cabe, un mensaje de gracia y colorido.

La figura de Melville sólo ha despertado el interés de los escritores de las nuevas generaciones desde hace pocos años. Pero no se había sopesado en su trascendente importancia ese rastro latino-americano que encierran algunos párrafos significativos de su obra, y hasta esa inspiración peruanista que alguna página suya acoge con amor y con inteligencia. En eso hemos encontrado solaz y entusiasmo, porque es alegría de reencuentro, después de un siglo de distancia, reparar en que un autor de nuestra predilección anduvo cerca de nosotros, prendido a esta realidad que todos los días vivimos, respirando nuestro aire, viendo y tocando nuestras cosas, juzgando nuestros actos, y cien años no habían bastado para ocultarlo a nuestra conciencia. Es el alborozo que brinda al investigador, como suprema y casi única compensación, el descubrimiento de la verdad o el paso afortunado de la ignorancia al conocimiento.

P O E M A

por MARTIN AZOR

Treinta huellas, profundas, en las nubes,
quince, oscuras, rengueando por la tierra;
doble salto de una a otra estrella,
y un gemido muy hondo en la rodilla...

Luego subir,
volar muy alto
y correr por todas las praderas.
seguirlo,
vencerlo,
derribarlo,
y agitar al viento las dos piernas...

Regresar al paso monocorde
y en la brisa ver flotar una muleta...

Don Ricardo Palma y Jorge Guillermo Leguía

por CARLOS ZUZUNAGA FLORES

El título de esta nota reúne dos personales predilecciones de lectura sobre el Perú histórico. La de Palma, porque sin aspirar a una plaza de "palmista", releo las *Tradiciones* en busca de lo que tienen, que es mucho, sin empeñarme en sacar de ellas lo que conscientemente excluyó Palma al escribirlas, esto es, la autoridad histórica documental. Y la de Leguía, por todo lo contrario, es decir, porque no busco en él galanura ni gracia y me deleito en cambio en su luminosa y apasionada penetración dentro de los personajes históricos.

Precisamente porque no pretendo plaza de "palmista" me siento en cambio autorizado a opinar sobre Leguía, porque me he esforzado en substituír la distancia en el tiempo —y la falta de contacto personal con su talento prematuramente truncado— dedicándole una perseverante búsqueda de informaciones y un devoto estudio de sus escritos que acaso me darán con el tiempo el rango de primer "leguista" o "leguiísta", en un sentido muy diferente del usual y que habría hecho sonreír socarronamente al propio Jorge Guillermo y a los suyos.

El número 16 de *Mar del Sur* acogió un artículo donde resumí notas y reflexiones inspiradas en el estudio del archivo privado de Leguía, que es hoy patrimonio del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Se encontrará en ese artículo una referencia al estudio que Leguía dedicó a Palma con motivo del Centenario del tradicionista, y se verá cómo así la conferencia produjo una ingrata impresión en su auditorio y reflejó más tarde no sólo en la exclusión de su texto al publicarse un volumen de los discursos del Centenario, editado por el Dr. Riva-Agüero y los Amigos de Palma, organizadores del homenaje, sino aún en el espíritu del conferenciante, que escribió al margen del recorte de una fotografía tomada en ese acto y publicada en *Panoramas*, el juicio explícito de "malhadada conferencia sobre Palma", expresión clara del contraste que sufría su altivez por la refutación airada que improvisó Riva-Agüero cerrando el acto y por la sospecha más tarde confirmada de que su trabajo no le sería pedido para la inclusión en el volumen de homenaje.

Cierto es que la suya no fué la única conferencia excluída de esa edición; pero cualquiera exclusión se fundó al parecer, con justificación o sin ella, en consideraciones afines, a saber, en el sano deseo de haber rendido un tributo convencional al tradicionista, tanto más si se tiene en cuenta las dificultades políticas en que a la sazón estaba don Clemente Palma, que había entrabado considerablemente la organización del homenaje solemne que todos esperaban para el centenario del nacimiento de su padre. La exclusión se originó en tales razones, y acaso en algunas otras que el debate ideológico

de entonces hacía más agudas y aparentemente irreconciliables con la crudeza de la verdad histórica y con la invitación al debate apasionado y sin limitaciones, que fueron acaso los propósitos de Leguía al escribir el trabajo que leyó en el local de la Sociedad Geográfica, donde hoy se levanta el patio colonial de nuestra Biblioteca reconstruída.

Leguía fué además inconsecuente con el ambiente formado para el homenaje del Centenario de Palma, pues detrás de sus palabras admirativas para Riva-Agüero, a quien llama "el maestro" y califica de "sabio crítico", deja deslizar dos o tres referencias sobre él, acaso ciertas pero dichas con cierto aire zumbón e irrespetuoso, como aquello de que analiza las tradiciones con actitud de etiólogo, "dijérase un Ramón y Cajal", o el reproche velado a "su abusiva erudición de siempre". Menudean en la conferencia, publicada en folleto por Emilia Romero, ángel guardián del recuerdo y la obra de Leguía, las referencias políticas ácidas y punzantes, dichas, es cierto, con amplia generalidad, pero que por lo mismo, dirigidas a nadie en particular, podían atribuírse a cualquiera, cuanto más en el ambiente cálido y excitante de la política nacional de hace cuatro lustros.

Su tono de crítica frente al fracaso de la Guerra del Pacífico es amargo y reiterado. No llega ciertamente al derrotismo radical de González-Prada, pues el historiador mira con claridad, si bien la nitidez de lo que tiene delante a ratos lo perturba; pero en el estudio publicado en *Mar del Sur* he aclarado cómo así don Germán Leguía y Martínez y su hijo, dan a González-Prada, cada cual a su turno, el respetuoso apelativo de "Maestro", así, con evangélica inicial mayúscula.

El dolor que le produce la política de entonces vence reiteradamente la optimista bonhomía de este historiador de juicios sanos y generosos. Los primeros párrafos de su homenaje a Palma son un triste alegato que contradice la clara esperanza en el porvenir del Perú que asoma a cada paso en los ficheros de su archivo privado. Pero no se enumere a Leguía entre los detractores ciegos de una u otra época de nuestra historia, ni encuentren los marxistas en la tristeza de uno que otro juicio de sus últimos años —anunciadora acaso de su tránsito precoz— justificación para nombrarlo entre los suyos. El historiador serio y capaz es, por su sola devoción histórica, amante sincero de las cosas de su lugar, a las que considera dignas de su primerísima preocupación y a las que, revitalizadas y reconstruídas por su esfuerzo, juzga en cierto modo como criaturas propias, mostrando sus descubrimientos a cada lector o discípulos como preciado fruto de su propia entraña en un dar a luz la vida del pasado que es privilegio excelso de la naturaleza histórica de la raza humana.

Anótase, sin embargo, el anuncio de una posición peruanista diferente a la que podría haberse llamado entonces la "oficial". El anuncio, digo, mas no el descubrimiento, pues los liberales en su tono peculiar, los radicales en el suyo y los marxistas contemporáneos de Leguía en aquél otro que aún resuena de cuando en cuando, todos ellos dijeron a su modo que el país era mestizo, sin sentirse ninguno responsable de su dicho o suficientemente docu-

mentado para explicar lo que esa afirmación contenía. Leguía llama "dos estratos sin vida" al "Incanato" y la Colonia. Y muestra luego el contraste con las posibilidades futuras del mestizo: "Aquéllos fueron mundos —dice—, universos completos, ciclos cerrados (lo cual es indudablemente historicismo spengleriano, anoto yo). Este, en cambio (el Perú mestizo, es decir), como todo lo actual, ostenta todas las notas características, la posibilidad y la fecundidad inherentes a lo vital". Optimismo futurista y actualista que caracteriza a muchas mentalidades preclaras de la primera post-guerra, como herencia lejana y preciosa del siglo que vió el nacimiento de la máquina a vapor y de la electricidad.. Entre nosotros, la generación de historiadores del 19, esto es, Leguía, Porras y Basadre, comparte y comunica a su círculo de influencia esta sana atmósfera de salubridad histórica, diametralmente opuesta al decadente gesto de futura construcción sobre cenizas revolucionarias que trajeron los izquierdistas de la época, enemiga también del literario nihilismo de González-Prada y los suyos —a pesar de otras afinidades afectivas ya señaladas—, y más concreto, de mayor eficacia proselitista, por tanto, que el espiritualismo cristiano representado por la reacción de Belaúnde contra el socialismo tan hábilmente traído a dimensiones nacionales por los *Ensayos* de Mariátegui.

Una inyección de sanidad en el tratamiento de los problemas históricos del Perú fué la generación de 1919 y por eso, por su desinteresado esfuerzo y por su amoroso sistema de trabajo, un grupo exiguo de historiadores ha podido rehacer criterios y descubrir épocas y personajes ocultos por la negligencia culpable de una historia recitativa, "anti-científica" (que es esta peculiar acusación la más significativa para los oídos de los nuevos historiadores) y realmente convencional, esto es, sin verdadera vocación histórica.

Interesa volver sobre la idea que Leguía tiene del Perú mestizo, precisamente porque la expone a propósito de Palma. Dice de Garcilaso, Caviedes y el Lunarejo que son "peruanos ya, porque eran mestizos". "Aún cuando se conservara pura la sangre hispano-criolla —añade—, se diferenció cada vez más de lo peninsular. Criollo y mestizo resultan así términos socialmente equiparables, ya que también modifican el carácter de las razas avasalladoras, el clima, el paisaje de las tierras nuevas y la tradición superviva de las obscuras masas vencidas". Leguía rindió tributo a la tendencia de la época dando mayor importancia que la real a los factores económicos y climatológicos; pero debe convenirse en que no incurrió en las generalizaciones de mal gusto que resultaron más tarde alimento cuotidiano de políticos, economistas, geógrafos y arqueólogos.

Juzga nuestro historiador que "para mediatizar el efecto de la colonización española el indígena contó (sin percatarse de ello, se entiende) con el poderoso auxilio de la lenta auto-transformación del espíritu hispano". Y, hablando precisamente de Palma, comete a renglón seguido la imprudencia de afirmar que "se perdió en el Perú la fuerte expresión artística del idioma del Arcipreste de Hita, de Cervantes, de Lope...", aunque aclara luego que esta pérdida o ausencia de vocación literaria se aplica sólo a los españoles conquistadores o a "sus descendientes no mestizados", como si la riqueza que

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio J. Elías Murguía

recibe y usa el tradicionista hubiera estado reservada en ocultas bóvedas para ser luego puesta a disposición de un mestizo republicano y de ningún modo a un español o criollo de los tiempos virreinales. Palma es precisamente la muestra excelsa de una herencia literaria directa, sin solución de continuidad, que es lo que lo incorpora con tantos derechos a la literatura clásica de la lengua, codo a codo con los clásicos peninsulares, a quienes él admiró no con lejana añoranza de discípulo espúreo sino con verdadero regusto de artista que está entre los suyos.

Queda por analizarse, por lo demás, la obsesión del tradicionista por el espaldarazo académico para los peruanismos y su constante preocupación por el Diccionario de la que limpia, fija y da esplendor. No dudo que de tal análisis saldrá la conclusión clara de que el mestizo tradicionista, gloria de nuestra literatura, se sintió hijo legítimo de las glorias castellanas del siglo de oro y no hacía otra cosa que reclamar constantemente sus derechos como tal para sí mismo y para el lenguaje de su patria.

Que en ciertos aspectos este trabajo de publicación póstuma no harmoniza bien con la línea de sereno juicio y digna exposición que es la de Leguía en sus obras mayores, se prueba en la precipitación urgente con que parece escrito. Cierto es que la obra toda de Leguía parece tocada de ese prenuncio de muerte precoz, que le hace decir pronto, sin cuidar bastante de la forma, todo lo mucho que tiene por decir; pero la urgencia no doblega siempre, como en el estudio sobre Palma, su ponderación y su equilibrado buen gusto.

Su afición a las comparaciones ingenuas como recurso retórico, que examiné minuciosamente al estudiar su archivo privado, se nos ofrece exagerada y generosa en el trabajo sobre Palma. Llama al tradicionista sucesivamente "Papá Noel", "franciscano de la cultura", "benedictino", "Petrarca cuya Laura es la Colonia"; míralo como "Lincoln después de la batalla de Fredericksburg", dice que hizo por la Biblioteca lo que José Martí por su país, llama cine a la Colonia y a Palma su director. Al local en que pronuncia su discurso de homenaje lo llama "Huáscar moral", como refugio de héroes. Hemos visto ya que a don José de La Riva-Agüero lo llama "el Ramón y Cajal" de nuestra crítica literaria e histórica. Pierola es "nuestro Gambeta", y el caudillismo, en fin, "época pintoresca, brillante y vacía como los huacos barnizados de Chimú: caudalosa de energías desperdiciadas como los mares que los Andes arrojan en el Atlántico; estéril, y a la larga desolada, como la pampa arenosa del litoral".

El recurso retórico comparativo es producto doble, acaso, de la ingenuidad y sencillez objetiva del escritor, unida, sobre todo en la última época de su vida, a la ya mencionada urgencia de decir, que le hacía concentrar en un símil, no siempre literariamente feliz ni metafóricamente correcto, buena parte de lo que podría haber explayado en un desarrollo lógico descriptivo.

Menudea, en fin, la poco cuidada expresión de este trabajo de Leguía, que no fué escrito para publicado sino para leído, y por alguien que no pretendió nunca méritos de estilista.

Surge por allí, sin embargo, su prodigiosa penetración histórica y crítica. Oigasele, si no, hablar de Palma y el romanticismo: "El romántico —dice— fué un tipo esencial de transición. Creyéndose emerger del pasado, reaccionaba, sin embargo, con atroz, iconoclasta energía, contra él. Ensalzando la feudalidad, destruyó, no económica sino políticamente sus restos. Carente del sentido de la realidad, usó desproporcionadamente de los medios expresivos para realizar su propósito estético... Es necesario insistir en que su romanticismo (el de Palma) no implicaba colonialismo, retroceso, sino simple retrospección, mirada atrás con un propósito que entonces se hubiera denominado progresista".

Que Palma y los suyos se quedaron al nivel de la literatura, la sátira, el episodio, la anécdota y el chisme —son éstas expresiones de Leguía— es algo que el historiador justifica sólo en razón de haber crecido el autor de las *Tradiciones* en el desorden del caudillismo y actuado más tarde en la era no menos desordenada de la guerra con España y de la derrota a manos de Chile. Porque, consecuente consigo mismo y con las ideas de don Germán Leguía y Martínez, su padre, Jorge Guillermo considera que González Prada es el primer romántico revolucionario a las derechas, en política y en literatura.

En lo que debe ser considerado como la parte medular de su discurso sobre Palma —por la elevación de la idea y la corrección de la palabra— Leguía dibuja dos líneas de pensamiento en la historia del Perú desde los Borbones: una que parte de Olavide y pasa por Rodríguez de Mendoza, Melgar —forzando un poco la curva, como él aclara—, Arce, Sánchez Carrión, Tudela, Mariátegui y José Gálvez para completarse en González-Prada. Y una otra línea, "no menos peruana —nos dice— pero sí conservadora, intransigente, que comienza con Peralta y Barnuevo (y los de *Mercurio Peruano*), y que prosigue con Moreno, el monarquista, hasta Pando, Felipe Pardo y Herrera ...".

Hace notar luego, con típica actitud liberal, que estas dos tendencias no eran irreductibles, y pasa entonces a encontrar el lugar de Palma en alguna de ellas, lo cual, como es claro, estaba resuelto por anticipado. Pero la argumentación se debilita de nuevo y se hace puramente retórica. "A la par que evocadores de las dulzuras de los amores caballerescos (los románticos) vivían con un sentido muy próximo al de los viejos dramas de capa y espada la realización de las promesas libertarias de sus constituciones políticas".

El argumento decae también por exageración, y se deforma, pues de ningún modo es cierto, como supuso el liberalismo, que Palma amara la Colonia sólo como tema, "como podía amar Gogol o Dostoyewky sus héroes retorcidos...", ni que la Emancipación hubiese salido bien librada de la minuciosa comparación con la Colonia a que Palma la somete en su obra, pues a menudo tropezamos —salvo acaso en el anticlericalismo del tradicionista, y esto aún con reservas debidas a su buen gusto y al respeto por lo que a la postre eran sus propias creencias—, a menudo tropezamos, digo, con irónicas y desencadenadas referencias a la era republicana y democrática, que le ha-

cen añorar, con nostalgia típicamente romántica, anti-realista, contraria al presente y con mayor razón enemiga del progreso y del futuro, todo lo que la Colonia se llevó consigo para dejar paso a nuestra madurez ciudadana.

No es cierto, pues, que Palma fuera "la antítesis del espíritu colonial" como ha pretendido la crítica fácil de cuya influencia no pudo escapar Leguía dadas las circunstancias que llevamos anotadas.

Vaga es también, e imprecisa, la definición de que Palma simboliza dentro del mundillo nuestro del siglo XIX lo que fué "romanticismo, liberalismo, politiquería". "Se encarna en él —dice Leguía— la única escuela literaria posible en su época; anécdota crítica, evocación desesperanzada, desvalorización política y revalorización literaria del tema colonial".

Bien está detenerse frente el último resumen de escuela que Leguía atribuye al tradicionista, primero para anotar su constante interés por el aspecto político de cualquiera cuestión literaria o histórica que sometía a su juicio, lo que vendría a mostrar que Leguía acabó mezclado en política, no sólo por azar de apellido sino sobre todo por inclinación natural, por inquietud de época y acaso también por destino necesario de su generación.

Pero Leguía considera además a las *Tradiciones* como una revalorización literaria a la par que desvalorización política de la Colonia, siendo así qué, precisamente desde el punto de vista político, a pesar de su republicanismo, las tradiciones rezuman desencanto político por todo lo acaecido desde la emancipación y nostalgia por la organización acaso absoluta e indiscutible, pero estable y cristiana de los tiempos de dependencia. El argumento decrece de nuevo y se debilita hasta el punto de contradecirse: "Palma, el mestizo limeño, el liberal del 56 y del 65, el donoso decidor de anécdotas fantásticas, no sólo fué el tradicionista ilustre, sino también un valor más añadido a la línea de espíritus que va desde Olavide hasta Prada, que insurgieron contra la Colonia, aún sin renegar de ella, aún sintiéndose un tanto hijos de ella...".

Indocto en historia indígena y en análisis del "folklore" contemporáneo, aficiones que aparecían recién entonces y que acaso tardarán mucho en llegar a la madurez, Leguía juzga en su estudio que la reacción antónoma fué bastante fuerte como para llegar a neutralizar del todo, luego de un período de reserva o apartamiento, los efectos del impacto de la cultura de Occidente. Como cualquier indigenista de hogaño, nuestro historiador cierra los ojos a los trajes indígenas de hoy, que más cerca están de las galas castellanas que de lo que vemos en los grabados de Guamán Poma, y hace oídos sordos al mestizaje musical, por ejemplo, por no citar lengua, agricultura, religión o culinaria.

Anotemos, en fin, una que otra instancia en que Leguía muestra en este estudio su afiliación consciente a las tendencias históricas de la época, exponiéndolas con nitidez que resulta tanto más digna de mención si se tiene presente que los libros europeos fundamentales que las contienen acababan de ser traducidos. Lo cierto es que la preocupación histórica maduró súbitamente entre nosotros y paralela con ella nació, como no podía dejar de ser, cierta forma local de lo que más tarde se ha llamado orgánicamente Filosofía

de la Historia, dando así oportunidad, que no gozó Leguía, para que nuestros historiadores encontraran su lugar entre las doctrinas europeas, a cuya importación, como vemos, se había adelantado en buen trecho su intuición creativa.

Habla Leguía de la Colonia y del Incanato como "ciclos cerrados", frente a la República mestiza que, "como todo lo actual, ostenta todas las notas características, la posibilidad y la fecundidad inherente a lo vital". Y poco más adelante justifica ese esquematismo simplista con toda una profesión de fe de historiador moderno. "El sentido de la historia —dice— agotado ya por no poder abarcar dentro de sus límites los innumerables y complejos fenómenos que las transformaciones sociales operan en la humanidad —cuya cantidad se acrecienta cada día a medida que la labor de los investigadores va descubriendo o revalorizando hechos que antes eran desconocidos o carecían de importancia para el crítico— prefiere hoy definir y fijar las épocas de la evolución de las sociedades humanas apelando al símbolo". Y a propósito de Palma, estudiado entonces un poco caprichosamente conforme a tal historia de símbolos, Leguía hace teoría histórica como sólo puede hacerla quien ha manejado lúcidamente materiales históricos de primera mano y ha pensado inteligentemente en su tarea por vocación y por devoción.

En la introducción de su trabajo sobre Palma, afirma Leguía que la lección primera que se desprende de la vida del tradicionista es la de "extraer fuerzas de flaqueza", y destaca con mayúscula la frase en el texto, como para no dejar dudas de que aquello, que difícilmente se compadece con la vida de Palma, se aplica más bien a la suya propia, y dicho así, sobre todo, cuando se acercaba el ocaso temprano de su vida.

Este opúsculo póstumo, fresca todavía la tinta cuando se apagó la vida del historiador, ayuda notablemente a comprender en una mirada total mucho de lo que no llega a clarificarse al leer cuidadosamente sus obras mayores, y es por eso, pese a sus imperfecciones literarias y a la urgencia con que fué escrito, un instrumento valioso para el conocimieto y la interpretación de uno de los más distinguidos historiadores peruanos de este siglo.

Ideas de William Faulkner

por CARLOS ZAVALETA

El novelista norteamericano William Faulkner, adalid —se ha dicho— de "un individualismo tormentoso que se expresa en y a través de la retórica"; el dueño de una trágica vena romántica, amiga del masoquismo, el "revitalizador de la novela gótica en nuestros días" e hijo adoptivo de Oxford, Mississippi —una aldea del Sur de los Estados Unidos—, si bien luce gran calidad como experimentador del estilo en la novela —tocante a los problemas del narrador o "teller", de la arquitectura novelística y del tiempo narrativo—, exhibe, también, la maraña de una ideología contradictoria.

Fijar, pues, por ello, y desde un comienzo, su punto de vista respecto del *mundo real* equivale a sorprender el núcleo mismo de su ideología. Ningún crítico, ni siquiera en los simples artículos cuasi informativos como los de, por ejemplo, Elizabeth Hardwick y Harriet de Onis, deja nunca de referirse al curioso prurito de situar a casi todos los personajes en lo que Faulkner ha denominado su "condado de Yoknapatawpha". De indagar por las coordenadas geográficas que limitan este condado, o por su historia, o si tiene fundadores y habitantes, nos daríamos con una respuesta *sui-generis.* Faulkner le ha dado a Yoknapatawpha todas las "apariencias de realidad". Se diría que sólo ha descrito en sus novelas la capital del condado, Jefferson, y que la carta geográfica en la que ha puesto los sitios donde acaecieron hechos culminantes de la vida de sus personajes, es incontrastable por exacta. Para él se supondría, novela y protagonista, imitando a la vida, deben asentarse en piso real. Pero hundiendo más los ojos en su intento, nos hemos hecho de dar con que es sólo una pretensión, un ingenioso y causi humorístico artificioso. Probable es que Jefferson sea Oxford, su ciudad adoptiva; probable es que el coronel Sartoris sea su bisabuelo William Falkner; probable es que se diera con gentes reales que le inspirasen personajes como Benjamín, Darl Bundren, Gavin Stevens, Quentin Compson, Thomas Sutpen, Joe Christmas o Popeye. Sí, probable y quizá cierto. Cierto es, por ejemplo que la negra Dilsey de *El Sonido y la Furia* representa, según el testimonio de Phil Stone, amigo de Faulkner, a una auténtica negra llamada Caroline Barr, a cuya memoria está dedicado *Go Down, Moses,* William Faulkner asegura también que Shreve McCannon "actualmente ejerce su profesión de cirujano en Edmonton, Alberta". Mas su mundo es enteramente imaginario: ni el condado ni los personajes existen, y el rasgo, por ejemplo, de juzgar "real" a Caddy Compson (v. *El Sonido y la Furia*) y proclamar que ella vivía hasta 1943, como concubina de un oficial nazi, es meramente artificioso. Finge al tenerla por un ser vivo y al hacernos suponer que *un personaje existe antes y después de la novela en la que ha tomado parte.* Faulkner no ha vuelto a escribir ninguna novela sobre Caddy Compson desde 1929, y, sin embargo, nos dice que ella vivía en 1943, y quizá, de proseguir con la genealogía de los Compson, nos habríamos de dar con que tal vez Caddy ha emi-

grado a Sud América y ahora está sobre nosotros, se dijera en Chile o la Argentina.

Igualmente, hay mero artificio al hacer que un personaje se desempeñe en varias novelas, respetando digamos, el hecho de que entre el Gavin Stevens de *Estos Trece* (1931) e *Intruso* (1948), y el de *Gambito* (1949), debe mediar el tiempo y, por tanto en estas últimas novelas el famoso "sherlockholmiano" debe aparecer más viejo. El novelista respetó también el suicidio de Quentin Compson, no como si se tratara de un protagonista literario, sino de un ser real. Quentin se suicida en junio de 1910, y en una novela escrita en 1929. Pues bien: en 1936 escribe otra novela (*Absalón, Absalón!*) en que interviene Quentin; pero no le hace resucitar —si lo hubiera hecho nadie le habría censurado porque un autor puede manejar a voluntad a entes irreales—, sino que, imitando el plano real, hace que la historia de *Absalón* "anteceda" a *El Sonido y la Furia* —como tiene que suceder, puesto que un hombre normal no resucita. El argumento de *Absalón,* así, ocurre en enero de 1910, seis meses antes, y aquí Quentin escucha la leyenda de los Supten y se la dice a su amigo Shreve; y es de resultas de conocer aquella leyenda —como sutilmente lo han descubierto Campbell y Foster— que Quentin se suicida, pues sólo entonces aflora a su conciencia lo pecaminoso de su amor por su hermana Caddy. A pesar de que, en suma, el modo de juzgar a Quentin y a Caddy es idéntico al trato que se daría a un ser real —y en este caso el novelista oficiaría de historiador, o cronista, o biógrafo—, repito que esta es una muestra de cómo Faulkner juega con la realidad y la imita, pero en un plano de imaginaciones y posibilidades, tan solamente para desconcertar y dar a entender que la imaginación puede "crear" un mundo "idéntico" al mundo real.

De aquí viene que sea absolutamente difícil proclamar su índole. En él la realidad sirve para construir la fantasía, pero llega un momento que la fantasía se convierte en real, aún más, en lo único real que existe. Su conducta podría motejarse de alucinación, mas no enfermiza, sino de una alucinación que reposa en convicciones profundas que pueden ser y son únicamente suyas, ya que no estamos en obligación —ni en deseo— de compartirlas.

Por tanto ¿qué crédito hemos de conceder a la afirmación de que toda la obra de Faulkner emana del Sur de los Estados Unidos? Si es verdad habrá en ella tal contenido de fantasioso ropaje que el Sur no aparecerá nunca real; y, en efecto, como también se ha repetido tanto, su obra no adquiere los caracteres de una historia, sino de un conjunto de "leyendas" sureñas. Malcolm Cowley, reputado como el más sutil de sus críticos —pero que evade juzgarlo estilísticamente, dentro de los métodos de la más moderna teoría literaria— ha publicado una magnífica antología de este autor, ordenada de acuerdo a la fecha de los asuntos de sus novelas que se desarrollan durante los años que van de 1820 a 1940 (a los que cabría añadir *Intruso* y *Gambito,* con lo cual tendríamos un panorama hasta 1948), antología que, por sí misma, nos dice de la vocación cuasi histórica de Faulkner por el Sur. Para Cowley, además la mejor "historia" compendiada del Sur estaría en el argu-

mento de *Absalón*, en tanto que Morton Dauwen Zabel, igualmente, se refiere a su "tratamiento legendario de la historia"; pero es Alfred Kazin el que ha penetrado cabalmente en dichas relaciones y en su valoración del Sur.

> He was —dice Kazin— at once a fallen aristocrat and a fantasist, a quasi-philosophical critic of the South's degradation and a native son in whom its antics and institutions excited a lazily humourous disgust that was often indistinguishable from cynical aquiescence. He admired the South, loathed it, wept for it, enjoyed it, lived in it; but he could not imagine an order of experience fundamentally different from it. If he thought of it as the jungle in *Sanctuary*, it could also become the gracious manor house in *Sartoris*, the seat of the gracious feudal mind in *The Unvanquished*. If it was a neighborhood full of racy farmers and sly village yokels in *The Hamlet*, it was also the cesspool of *As I Lay Dying*; the futile, corrupt, festering village world of *Soldiers'Pay* and *The Sound and the Fury*; the maniacal traditionalism, epic in scale, of *Absalom, Absalom!* If the South was a repository of a great frustrated tradition and charming memories, it was also —as he proved almost too well to be convincing —a symbol of all the hatred and terror of the world.

Kazin se refiere después a la mezcla de odio y amor que ha sentido siempre Faulkner por el Sur, y, luego, a su en verdad "voluntad dividida" hacia éste:

> In one sense, of course, his love and hatred for his native region were so inextricably fused that his passion became the struggle of the will against itself...

Este Sur, en efecto, le hizo vivir entre un ambiente de decadencia, perenne legado de la Guerra de Secesión; entre negros libertos, pero desconcertados y parias ("... aquellos a quienes les echaron encima de la noche a la mañana la libertad y la igualdad sin previo aviso ni preparación y sin enseñarles como emplearlas o al menos cómo soportarlas y que las usaron mal, ..."); entre indios que representaban también las generaciones finales de un mundo ya perdido; y entre miserables campesinos blancos. En este medio se crió Faulkner. Recibió del Sur una educación protestante-calvinista, regada por la tortura del pecado original (pecado de ser hombre, pecado de ser hijo del Sur, que soportó la esclavitud), por la necesidad del arrepentimiento y por la enloquecida certeza de que el mal tiene carnes de mujer. El Sur, en fin, le hizo contemplar el turbulento Mississippi, con su espectáculo de grandioso y vengativo salvajismo, y le percató de que la vida del hombre con ser valiosa era pequeña y estaba igualmente violada por el bien y por el mal. Todo el Sur influyó en Faulkner, que se llenó de febril sinceridad y, luego, de febril extravagancia, y tuvo entonces, que trasplantar personajes sureños adaptándoles dentro de grandes clanes o tribus modernas.

Empero, todos están acordes en que el Sur que pinta Faulkur no existe ni ha existido nunca. Su proclividad a una muestra de degeneración, de

una primitiva e inconsciente sensibilidad, la torpeza de sus personajes, la cuasi completa resignación y la franca locura de éstos cuando quieren responder al mundo externo, deben hacer meditar dos veces a fin de entender por qué Faulkner ha preferido tales caracteres. En rigor, sus preferencias, como hemos visto, estaban desde sus primeras novelas (*Soldiers' Pay* y *El Sonido y la Furia*) por revelar los procesos mentales y la descripción de sensaciones y asociaciones de ideas. El superrealismo con su decisión de estudiar el fenómeno onírico y el gran ejemplo joyceano de sorprender el curso de nuestra conciencia, le hicieron elegir caracteres en los que los procesos psicológicos fueran difíciles y originales. Prefirió dementes a seres salutíferos debido a que el curso mental de un loco era más turbador, más alucinante. Luego, cuando no eligió idiotas ni dementes, eligió personajes con las más extrañas taras: hombres impotentes, como el Popeye de *Santuario;* mestizos torturados por su condición de tales, como el famoso mulato Joe Christmas, de *Luz de Agosto;* hermanos incestuosos: Benyi y Quentin Compson en *El Sonido y la Furia,* y Charles Bon y Henry Sutpen en *Absalón, Absalón!;* mujeres viciosas (Temple Drake, en *Santuario*) y solteronas desquiciadas por su larga virginidad (Mis Burden); misántropos (Hightower, el pastor traicionado por su mujer); asesinos y frustrados sexuales que se enamoran de una vaca, como el oligofrénico Ike Snopes en *The Hamlet,* o fríos y calculadores arribistas (toda la estirpe de los hieráticos y mineralizados Snopes). En cuanto al estilo, es evidente que la elección está disculpada, pero, con tal exclusiva población en sus novelas, pretende llenar el mundo de seres que nadie podría juzgar edificantes.

A este juicio podrá oponerse el que Faulkner es un "manantial de puntos de vista" y el que sería injusto adscribirle uno solo. De nuevo es Kazin quien enjuicia este punto claramente y afirma que la culpable de esta indecisión por los principios es su pasión por la forma:

> . . . (su pasión por la forma) ha registrado muchos puntos de vista y, a menudo, ha sido el sucedáneo de uno solo. Y esto es precisamente debido al vigor de su técnica y a lo que debe ser llamado "una sugestividad de tono", debido a que la retórica de Faulkner, tan portentosa, ha hecho leer diversos puntos de vista en su obra y aún probarlos todos ellos. . . No debe estrañar, pues, que haya parecido ser de todo a todos los hombres, y, con frecuencia, simultáneamente: un adalid del culto de la violencia y de una sutil vena filosófica dentro de la novela; un terrorista calculador y —como en *Sartoris*— un vulgar sentimental de la gladiola del Sur; el más conspícuo y misántropo historiador de la degeneración sureña y un humorista de los almacenes pueblerinos; y un Edgar Allan Poe indeciso de volverse o un Bret Harte o un Oswald Spengler. E incluso él también ha sido muchas cosas para sí mismo.

Es muy difícil, pues, considerar única y sólida a su ideología; lo cual no es de extrañar si juzgamos la misión que al artista le asignan Warren y Wellek y cómo así las ideas penetran en la literatura. "Es obvio —dicen los

críticos ingleses— que no se trata del problema de las ideas que permanecen como materia prima, como mera información. Dicho problema sólo surge si estas ideas están actualmente incorporadas en la trama de la obra de arte, cuando ellas devienen "constitutivas"; en suma, cuando dejan de ser ideas en el sentido ordinario de conceptos y se vuelven símbolos y hasta mitos". Faulkner resultaría entonces culpable únicamente de símbolos o quizá si hasta de mitos. Como sea, hay con toda evidencia una parte de su obra que puede significar la leyenda del Sur, flagelado por una cruenta guerra cuya herencia sería la marca de un innominado fatalismo donde la desdicha, la locura y la degeneración habidas, devendrían una condena de origen no sólo azaroso sino divino. Dios brota siempre ligado al destino del Sur y al de los negros, quizá —como sostienen Campbell y Foster— tan sólo como recurso literario. Por ello, es imposible no tildar a Faulkner de "cristiano", si bien muy afecto al puritanismo. Gide ve en él una suerte de protestante cabal que pinta para nosotros el mundo americano, oponiéndose a él. Es su puritanismo el que le hace hablar de Dios con tal contenido de gozoso horror y de espantosa y enloquecida grandiosidad, que más parece el suyo un masoquismo de origen divino y un éxtasis ante el Antiguo Testamento. De allí también su odio a la mujer que adquiere visos de demoníaca, su turbor ante el sexo y el casi convencimiento de que ser hombre equivale a estar *ya* perdido por una condena de ultratierra. Dios, así, adquiere los caracteres de un ser definitivo al cual hay que volverse a toda hora, pero con un desgarramiento como si se sintiera hacia él una mezcla de imposible lirismo y de imposible atracción de espanto y odio. Puede hablarse, entonces, de Faulkner, como de un seudo-humanista dominado por el viejo terror religioso y mágico de los primeros tiempos, y como de alguien que aún no se decide —y no se decidirá, sin duda— a juzgar al hombre como un ser solitario y digno.

Su índole de neo-primitivo está nuevamente manifiesto en su último libro, la pieza de "teatro" *Requiem for a Nun*, en la cual reaparecen Nancy, la negra del cuento "Sol Poniente" (v. *Estos Trece*), y Temple Drake, la bisoña mujerzuela de *Santuario*, ahora ya casada y crecida, pero —fiel a sus instintos— dispuesta a fugarse con un ladrón. Nancy, entonces, a fin de detenerla, estrangula al hijo de Temple. La expiación humana y enardecida a que deben someterse todos los culpables —Faulkner juzga indigno e innecesario el perdón— y el juicio de que el crimen es admirable si detiene a otro crimen más horrendo, son los dos principios capitales. Temple debe expiar y torturarse a sí msma por sus pecados, y Nancy, la criminal, se convierte en una santa y una mártir, en la Monja. Las ideas faulknerianas, pues, apenas si entrañan un núcleo dramático de horror y de salvaje grandiosidad, habidos ambos en el fondo de una fraseología dudosa y puramente retórica.

De otro lado, aquella procesión infinita de personajes nunca saludables prueba el impulso romántico de Faulkner por exagerar la nota trágica y llegar incluso a lo macabro, sentimiento éste que también puede explicarse por móviles poéticos a la vez que religiosos, a pesar de que Faulkner no se ha ocupado jamás de formular una sólida ideología y de haberse dicho de

él que es un manantial de diversos puntos de vista, hay algunas páginas en que pretende una formulación teórica y doctrinaria de sus ideas, aunque sea en lenguaje eternamente oscurantista. En *Las Palmeras Salvajes* (1936), creo, reposa su fobia por la civilización actual y su llamado directo a la sanidad de un primitivismo. Empero, la nebulosa que esconde los diálogos de los protagonistas Wilbourne y McCord, antes de la partida del tren, se diría entraña la teoría de que la mentalidad de todos los hombres de nuestro siglo está torturada por la civilización y el industrialismo, y que son éstos los culpables de la tragedia y la locura. Y todavía por otra parte, a más de la Guerra de Secesión (permitida, como una maldición, por Dios) y del industrialismo, cabría añadir el tercer culpable de la tragedia: el instinto (el sexual y el impulso de muerte).

Discutamos si es válido el rechazo de Faulkner a la civilización. Las principales experiencias de su vida fueron dos: la tradición sureña y la primera guerra mundial donde tomó parte como aviador. Viajó en 1925 por segunda vez a Europa, y, luego, saliendo siempre de Oxford y volviendo a él, fue a Nueva York, a Hollywood, y en 1950 partió a Suecia a recibir el Premio Nobel. Mas toda su vida parece estar bajo el influjo de lo que sintiera en la guerra. Un joven educado de acuerdo a las tradiciones causi aristocráticas del Sur fué en la guerra sacudido violentamente por su absurdidad y salvajismo, convertidos en símbolos de toda nuestra era. Por tanto, lo moderno tenía que ser el mismo mal. Faulkner ha rehuído siempre las grandes ciudades y ha preferido su aldeano, su imaginario Jefferson (que no es otro que el Oxford real). En sus novelas las grandes urbes, las residencias lujosas, los instrumentos eléctricos, la alta burguesía, Wall Street, etc., asumen cualidades mágicas que él no comprende. En el cuento "Gambito de Caballo" (1949), todo Jefferson, como si fuera salvaje, vigila espantado cómo se vergue la casona de los Harris con toda clase de implementos modernos, con piscina, court de tennis, caballerizas, etc. Su medio rechazo por la burguesía se mezcla con su sorpresa de hombre primitivo que mira todo ello deslumbrado. No comprende lo moderno, o, por lo menos, no lo critica donde debe hacerlo. Apenas hay en él una referencia a la desigualdad de clases y apenas si hay en algunas páginas de *Luz de Agosto* una condenación para las mujeres o para las queridas de los ricos, que acuden a ver el incendio provocado por el mulado Christmas y a quienes sólo les importa la cháchara; pero no hay jamás un rechazo principista de la explotación de que son víctimas las clases populares, ni hay una ridiculariación de la burguesía, ni siquiera hay odio velado hacia ella. ¿Qué critica, pues, de nuestro siglo, si no ha descubierto dónde está el verdadero mal y la verdadera causa del desquiciamiento de ciertos miembros de las clases campesina, proletaria y de la baja clase media? Su rechazo es meramente psicologista y alucinado. Wilbourne, en sus diálogos, dice que desea el campo y la salud, la desnudez, el estarse un hombre con una mujer cual Adán y Eva en el "paraíso"; pero D. H. Lawrence nos hubiera explicado mejor la tarea para cuando vivamos como neo-primitivos. Faulkner desea el retorno al ancestro, la muerte de la civilización, sin

ofrecer nada en cambio. Su fobia proviene de un aturdimiento. Wilbourne, por ejemplo, no sabe lo que desea, y si en toda la literatura el personaje ha ignorado siempre muchas cosas, por lo menos el autor está en obligación de decir o sugerir dónde cree él que reposa la tortura que el personaje acusa.

Faulkner, repito, no se ha preocupado nunca de una sólida ideología. Ni siquiera el problema del negro lo ha enfocado bien. Lo único que por él sabemos es que el negro padece; mas no ha descrito jamás tal padecimiento. Los esclavos negros de Thomas Sutpen, en *¡Absalón, Absalón!*, se nos aparecen muy lejanos y el novelista no quiere penetrar en sus conciencias. En el cuento "Hojas Rojas" (1931) los negros están devorados por supersticiones antiguas y maléficas, pero que no han sido impuestas por la sanguinaria explotación a manos de la raza blanca, sino por el mundo —se diría— africano o haitiano de donde vienen. ¿Qué conclusión podemos extraer de una frase ambigua como ésta: "Pero la maldición de la raza blanca es que el negro será siempre el elegido de Dios porque una vez lo maldijo"?. Sitúa la desgracia de la raza negra dentro de la índole del Antiguo Testamento y eso le basta: "Empezó (el discurso del abuelo de Joana Burden) con Lincoln y la esclavitud, y desafió (él) a quien quisiera a que le negara que Lincoln y los negros y Moisés y los hijos de Israel eran iguales y que el Mar Rojo no era más que la sangre que hubo de ser derramada para que la raza negra pudiera penetrar en la Tierra de Promisión". Ha llegado a proclamar, como Elizabeth Hardwick lo releva, con lenguaje absolutamente equívoco, la solución de este hondo problema, y lo ha hecho a propósito de Lucas, el negro de *Intruso en el Polvo*. "El Sur no debe defender a Lucas, ni aun a la Unión o los Estados Unidos, sino a los Estados Unidos contra la intrusión de los extraños del Norte, el Este y el Oeste, los cuales con la mejor intención del mundo están procurando dividirnos en una época en que nadie se atrevería a intentar una separación por medio del uso de leyes federales y de la policía federal con el fin de abolir la vergonzosa condición de Lucas". Por tanto, pregona la existencia de dos elementos irreconciliables dentro de los Estados Unidos; mas sólo el Sur debe luchar y "expiar la injusticia". Leamos: "Todo lo que digo es que la injusticia es nuestra, del Sur. Debemos expiarla y abolirla nosotros mismos, solos y sin ayuda, ni siquiera el consejo de nadie". Postula, pues, que el Sur se aisle y no reciba ni intrusos ni consejeros: el Sur es diferente de la toda la nación y deben dejarlo solo. Pero en *Notes on a Horsethief* y en el mismo *Intruso* habla de América —esto es, de su país— como de una unidad amada o deseada a pesar de que allí reside "el sereno e inalienable derecho del hombre a su estupidez". La democracia recibe su protesta, pero luego se arrepiente, la retórica suya es incapaz de hacernos ver claro y las contradicciones saltan a la vista. En su discurso al recibir el Premio Nobel de Literatura su dedicación es puramente "literaria"; no habla en él, absolutamente, de nada concreto. Cualquier escrito hubiera perdido en esa oportunidad el ropaje literario y hubiera hablado sin ambages sobre la civilización y la humanidad. Pero Faulkner no; dijo únicamente que "el hombre ha de prevalecer". Se refirió al temor de una inminente y tercera guerra mundial y aña-

dió que, como no vivimos sino temiéndola, ya no existen problemas del espíritu porque los hombres y las mujeres que escriben han olvidado "el corazón humano en conflicto consigo mismo, único hecho del que puede brotar una buena literatura". El intimismo, así, adopta caracteres de exageración y, en fin, acepta que el hombre sólo es inmortal porque tiene alma y un espíritu capaz de compasión y sacrificio y resignación. Y nada más.

> El (el joven escritor actual) debe enseñarse a sí mismo que el fundamento de todas las cosas es sentir temor; y, enseñándose tal cosa a sí mismo, debe olvidarla para siempre, no dejando espacio en su obra para nada que no sean las viejas verdades y razones del corazón, las viejas verdades universales perdidas las cuales toda novela es efímera y está condenada: el amor y el honor y la lástima y el orgullo y la compasión y el sacrificio.

He aquí, más bien, las ideas de un poeta que, cuando esperábamos un apoyo a su teoría del anti-industrialismo y del primitivismo, nos proclama su infinita confianza en "el" hombre, pero una confianza a ciegas, tan irracional como cualesquiera de sus fobias.

> Me niego a aceptar el fin del hombre. Muy fácil es decir que el hombre es inmortal simplemente porque ha de perdurar; que cuando el último tañido de la condena haya sonado y se haya retirado de la última roca inútil pendiendo inmóvil en la última tarde roja y moribunda, que aun entonces habrá un sonido más: el de su débil voz inextinguible, todavía platicando. Me niego a aceptar esto. Creo que el hombre no sólo ha de perdurar: él ha de prevalecer.

Maurice Le Breton es, sin disputa, el que mejor ha penetrado en el *origen* de su obra. Este sería un problema psicológico: "l'obnubilation de la notion de Temps —dice Le Breton— présentée par certains de personnages et qui est a la fois le point de départ de sa technique et le fondement de sa philosophie...". Luego, más adelante:

> L'examen le plus sommaire des cas le plus frappants d'obnubilation de la notion de temps chez les personnages de Faulkner révele que cette anomalie est en rapport étroit avec un déreglement, une désagrégation correspondants du Moi. La confusion du passé avec le présent s'acompagne d'une confusion parallele du Moi avec le non-Moi, et c'est ce parallélisme qui nos guidera dans notre analyse, car les personnages chez qui le Moi est intact ne sont nullement sujets a cette aberration.

Para el propio Faulkner tal *origen de su obra* reposaría en la necesidad de describir "el corazón humano en conflicto consigo mismo". Pero este conflicto ¿es de carácter cognascitivo, sentimental o metafísico? Faulkner no se banderiza claramente, si bien, por todas las apariencias, es cognoscitivo y aun metafísico, razón por la cual, creo, los existencialistas han capturado su

obra, aunque el aluvión metal y mágico de los personajes faulknerianos dista mucho de la *nausée* un tanto plácida, taimada y burguesa de la cual aquéllos son adalides. No hay pareja de hombre y mujer, en las novelas de Faulkner, que pueda llevarse bien cuando está a solas. Intervenga o no el sexo, siempre hay una necesidad "absoluta" de conocerse —una necesidad irracional y salvaje—, que, como trae a la conciencia elementos inconscientes, convierte a los seres en extraños y les hace elegir la soledad antes que el amor o la simple compañía o convivencia. Se dijera que es el de Faulkner no sólo un "individualismo atormentado", del que hablara Kazin, sino de otro llevado a linderos metafísicos, a un campo donde la sociedad no existe y donde se han esfumado los sentimientos (¿o están en suspenso fenomenológico?), invadidos por una capacidad de reflexión que no aspira a ser expresada en juicios, ni siquiera en palabras, sino que se deleita en las propias sombres de la conciencia para no tener que emerger nunca en forma de conclusiones. Así, la conciencia humana llega a *encantarse* consigo misma: hay en ella una parálización que podría también ocurrir en la conciencia de un animal, puesto que su única medida es el *éxtasis*. La conciencia parece no servirle de nada al hombre: le aleja de la acción y de la lucidez. Hasta el idiota Benyi (en *El Sonido y la Furia*) parece dominado por esta angustia de "conocer" e, igualmente, a gentes "normales" como Byron Bunch y Hightower, quienes podrían pensar más claramente que Benyi, Faulkner les entenebrece las conciencias y les hace estúpidos y primitivos como aquél.

Casi ningún personaje guía su conducta por principios morales. La familia de Anse Bundre es la que mejor y más estoicamente se yergue a cumplir el mandato de la madre muerta, con decisión y tenacidad admirables; pero el mandato se ha convertido ya en algo que proviene de ultratierra y que toma visos religiosos. Los demás, o han perdido por completo la conciencia de la diferenciación entre el bien y el mal, o se han propuesto deliberadamente los caminos de la ambición y de la estulticia. En último análisis, Faulkner se concretaría nada más que a una esfera "vital", que, en llegando a las esferas del conocimiento y de la ontología de los valores, tiene, en la primera, que proclamar el encantamiento, la magia y el caos de las percepciones, y, en la segunda, la supremacía de los instintos y de las necesidades primarias. Tal su vitalismo puramente retrógrado donde todo se aniquila. Si por lo menos algún personaje saludable quedara de todo el mundo retorcido, bastaría. Si por lo menos Cash Bundren no hubiera hecho gala de su delectación por el horror y la inconsciencia antes de la muerte de su madre (él llega a mostrarle sonriente el futuro ataúd de la mujer), hubiese quedado como el símbolo de la heroicidad del hombre, de la rebeldía y el coraje ante el dolor. Lena Grove, si fuera un tanto lúcida, quedaría como el símbolo de la salud, pero su pasividad su torpeza soñadora relega todos sus propósitos en la vida. Esta sabe lo que hace, no Lena; la vida le ha dado un hijo, no el hombre; la vida hará vivir al hijo y cuidará de él. Es muy bello tal símbolo poético, pero condena al hombre a la pasividad y destruye su voluntad de auxiliar a la vida en todo lo que ésta no puede alcanzar: la civilización, el

dominio y el encauzamiento de los instintos, la abolición de los males provocados por la naturaleza o por la socedad humana, y la limpidez de la conciencia que viene del trasfondo oscuro del animal.

Pero nada es posible cuando un novelista cree, por ejemplo, que el hombre y la mujer no se entienden, ni se aman, ni se desean entrañablemente, cuando unas mujeres tienen el alma de prostitutas —como Caddy, su hija Quentin, Eula Varner o Temple Drake— y otras ven en sexo una fuerza demasiado potente que las aleja en vez de acercarlas al hombre —como Carlota, heroína de *Palmeras Salvajes,* y Miss Burden, la querida de un mulato en *Luz de Agosto.* ¡Qué fracaso es el matrimonio aquél del cuento "Artist at Home". Y, también, la atracción de Jarrod por Louise en "Doctor Martino" tiene todos los ropajes, menos el del amor. En *The Hamlet,* cuando el maestro de escuela Labove coge en sus brazos a Eula, por quien se consume de deseo, al ver que ella resiste, dice: "—Así... ¡Lucha! ¡Lucha! Eso es: un hombre y una mujer luchando entre sí. *El odio. Matar...*" Esta es, a no dudarlo, una condenación puritana del deseo, pero ¿en favor de qué? ¿Del "puro" amor? No. Labove *odia* el sexo de ella, del mismo modo en que Jody Varner odia el sexo de su ardorosa hermana, la propia Eula. ¿Cómo, pues, un hombre extraño puede reaccionar ante una mujer como si fuera hermano carnal de ésta? Para Faulkner hombre y mujer parecen enemigos, como enemigos parecen los hombres entre sí, los padres con sus hijos, los hermanos con sus hermanas, los ascendientes con los descendientes, los negros con los blancos, los blancos con los indios. He aquí una obra cabal de la discordia humana. Y, a veces, hasta cree Faulkner más posible un contenido homosexual que otro heterosexual en las relaciones. Por ello (en *¡Absalón, Absalón!*) la muerte de Charles Bon a manos de Henry Sutpen (su medio hermano) no debe juzgarse únicamente como repulsa al probable casamiento de aquél con Judith, la hermana de ambos; parece, más bien, un final del "Oficial Prusiano", cuento de D. H. Lawrence. Charles es atraído por su media hermana Judith, y Henry lo es por su hermana legítima y por el propio Charles: el incesto y la hemosexualidad campean. Charles, luego, *sabe* el parentesco que le liga a Judith, y, a pesar de ello, quiere casarse todavía con mayores ímpetus. Darl Bundren (en *Mientras yo agonizo*) parece también amar sospechosamente a su hermano Jewel, y Quentin Compson (en *El Sonido y la Furia*) está bajo el terrible influjo —como lo está su hermano Benyi— de su legítima hermana Caddy, y todo esto significa que ninguna otra mujer fuera de su familia le es llamativa, y, si identificamos a su familia Compson consigo mismo, diremos que el incesto tiene más contenido de homosexualidad que de heterosexualidad: Quentin ama a *su* raza y a *su* sangre, a *su* familia, a *su* hermana, actitud toda que es señal de un no fingido narcisismo, antesala de la homosexualidad.

La urgencia puramente estilística que le hizo elegir a Faulkner tales personajes, deviene un fracaso desde el mirador valorativo. Es innegable que la alucinación, la locura, las desviaciones mentales y la descripción de almas en franca degeneración, están magníficamente logradas. Faulkner sabe ser

brillante. Pero su monotonía y su parcialidad por aquellos personajes le impidió, por ejemplo, haberse detenido un poco a partir de *Luz de Agosto* —novela hasta la cual su obra cautiva— y repensar cuál debía ser su futuro. Si Faulkner hubiera entendido que la razón humana sirve para iluminar el mundo y para descubrir, por lo menos, la causalidad y la estructura de los fenómenos, entonces no hubiera elegido ni tales personajes ni tal retórica. Y si hubiera entendido que James Joyce, al elegir su método, pretendía, como un verdadero científico, tan sólo crear nuevos "ojos" (cada cual con un nuevo estilo literario) que miraran al hombre como el pequeño habitante de un universo cósmico, hubiera seguido entonces las huellas del irlandés —como estaba haciéndolo— y hubiera descubierto caminos propios y de veras "nuevos" en la expresión. Notable prosista como es, fertilísimo creador de bellas metáforas, renovador de la estilística, auspiciador del lenguaje popular y de turbulentas atmósferas ilógicas, aquí, en el terreno de los principios, es forzoso y necesario recusarle.

HECHOS Y PROBLEMAS PERUANOS

Los impuestos a la renta en el Perú *

por JUAN LINO CASTILLO

Quiero exponer los motivos que me han determinado a escoger como tema "Los impuestos a la renta en el Perú". Lo he escogido por su importancia científica, por su evidente interés nacional, y por mi deseo de tratar de un problema que conozco directamente y a cuyo estudio puedo aportar algo propio.

No será ésta una disertación de carácter histórico. No voy a recordar cómo han evolucionado los impuestos a la renta en el Perú, hasta concretarse en el sistema que hoy nos rige. Bástenos saber que tales impuestos siguienron las diversas modalidades de nuestra economía.

Me voy a ocupar, brevemente por cierto, de nuestro actual sistema de impuestos a la renta, comparándolo con los de los principales países de Europa y de América y con nuestra estructura nacional. Señalaré sus méritos y deficiencias; y me atreveré a sugerir los medios que se podría emplear para perfeccionar su estructura y aplicación.

Entre los procedimientos que puede usar el Estado a fin de procurarse los medios de pago indispensables para satisfacer las necesidades públicas, para lograr el bien común, el impuesto es el principal. Supone la distribución de las cargas públicas entre todos los miembros de una comunidad políticamente organizada, según la capacidad de cada uno para contribuir a sostenerlas; y, apartándose del concepto neutral de la hacienda pública, hay la tendencia, cada día mas acentuada, a usarlo como medio de intervenir en la economía y aún de dirigirla.

El impuesto significa una transferencia definitiva de poder de compra, a favor del Estado.

Jurídicamente, el impuesto es una prestación pecuniaria exigida por el Estado, a las personas privadas, que poseen capacidad contributiva. Empleo los términos personas privadas, para destacar en la definición, que tal capacidad no es exclusiva de las personas físicas, pudiéndosele atribuir a las personas jurídicas privadas, como las sociedades de capitales, pero nó a las personas públicas.

De ahí que sea común a todas las legislaciones positivas, el que la ley vincule el nacimiento de la obligación de pagar impuesto, a la realización de un hecho que revele la capacidad contributiva de la persona obligada. Tal capacidad puede manifestarse inmediatamente, por la propiedad de un patrimonio o la disponibilidad de una renta, o indirectamente, por una transferencia de riqueza, o por el consumo. En el primer caso, tenemos los impuestos directos, variables en función del patrimonio o de la renta del contribuyente; en el segundo, los impuestos indirectos, independientes de uno y

(*).—Discurso de orden pronunciado en la actuación de apertura del Año Académico de 1953, de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

otra. Los primeros se aplican a la capacidad contributiva revelada por la propiedad o la adquisición de riqueza; los segundos, a la revelada por su empleo. Son impuestos directos los impuestos a la fortuna y los impuestos a la renta; e indirectos, los impuestos a las transferencias y al consumo.

Se considera que entre todas las modernas formas de imposición es el impuesto a la renta el que con aproximación mayor puede gravar la capacidad real del contribuyente, y el que puede ser usado con mayor eficacia como instrumento de modificaciones económicas y sociales; esto sin desconocer la importancia financiera y también política que hoy reviste el impuesto indirecto sobre el gasto, impuesto cuyo rendimiento es de los más altos en muchos países y el más elevado en la Unión de las Repúblicas Soviéticas.

Es impuesto a la renta el que se exige a las personas privadas, en razón de su capacidad contributiva revelada por la renta de que pueden disponer. Pero la noción de renta, desde el punto de vista fiscal, no es uniforme. Así como en economía a la noción clásica de renta vinculada a la existencia de una fuente durable y a la periodicidad de su producción, se opone la que confunde la renta con el enriquecimiento experimentado por una persona en un período dado, así hay legislaciones positivas que gravan con impuesto a la renta sólo la riqueza que fluye o puede fluir de una fuente, ya sea humana, material o mixta, es decir, la renta propiamente dicha, como lo hacen las de Gran Bretaña y Chile; otras legislaciones que gravan tanto la renta como las ganancias en capital, tales como las de Francia y la Argentina; y, finalmente, otras que adoptan una posición intermedia, considerando las ganancias en capital dentro de un régimen particular, como la de Estados Unidos, o no considerando gravables sino determinadas ganancias en capital, como lo hace la legislación tributaria del Perú.

Todos los principales países, excepto México y Rusia, que sólo tienen impuestos cedulares, aplican un impuesto personal a la totalidad de la renta global de las personas naturales, ya sea en forma de impuesto a la renta global de dichas personas, con tasas básicas y sobre-tasas, como en Estados Unidos, Canadá y Francia, ya en forma de reconstrucción de la renta global, dentro del cuadro cedular, para gravarla con un impuesto de superposición, como en Inglaterra, Italia, Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Venezuela y el Perú.

Este impuesto personal es, en realidad, el que pretende establecer la verdadera correlación entre la capacidad del contribuyente y el impuesto que le exige el Estado; y las tasas básicas y los impuestos cedulares, que se aplican según la fuente de la renta, no son sino un primer escalón de tanteo, destinado a ser definitivo si la renta no excede de la cifra que la ley establece como mínima para aplicar el impuesto personal de tasas progresivas con el que se trata de alcanzar la igualdad de sacrificio entre los contribuyentes. El impuesto cedular sirve, también, para discriminar el peso de la carga impositiva, según la fuente que produce la renta, siendo de advertir que la regla hacendaria que señalaba el mayor peso para la renta del capital, el intermedio para la del capital y del trabajo combinados, y el menor para la

del trabajo, ha perdido su valor absoluto, como resultado de las limitaciones legales al capital y de la protección legal a los trabajadores, emprendidas en mayor o menor escala en todos los países.

El sistema de impuestos a la renta que hoy rige en el Perú comprende los impuestos a la renta propiamente dichos, el impuesto a las sobreutilidades de la industria y el comercio y un impuesto a las ganancias en capital derivadas de la transferencia de inmuebles, impropiamente llamado impuesto a la plus-valía.

Los impuestos a la renta propiamente dichos son diferenciados según las diversas rentas, a fin de graduar la intensidad de la imposición con arreglo a la durabilidad y seguridad de la fuente que las produce. A ellos se superpone un impuesto complementario, que es personal y progresivo si recae sobre el total de las rentas englobales, y proporcional y diferenciado si grava rentas no englobables.

Tales impuestos entran en la clasificación, originariamente administrativa y hoy admitida por la ciencia de la hacenda pública, que agrupa los impuestos de este tipo en impuestos cedulares e impuesto complementario.

Son impuestos cedulares: el impuesto sobre la renta del capital movible; el impuesto a los predios rústicos y urbanos; el impuesto a las utilidades industriales y comerciales; el impuesto a las utilidades de profesionales no comerciales y el impuesto a los sueldos.

Además, rige el impuesto de patente, supervivencia injustificable del antiguo régimen de tributación a la renta, que se aplica como licencia anual de ejercicio de la industria, el comercio y las actividades profesionales.

También existen tasas adicionales, con destino específico (pro-desocupados), a los impuestos a la renta del capital movible, a los predios, a las utilidades industriales, comerciales y profesionales y a los sueldos.

El impuesto complementario es el que la ley llama impuesto progresivo sobre la renta.

Nuestra legislación tributaria consagra la noción clásica de renta vinculada a una fuente durable que la produce o la puede producir periódicamente, excepto en el caso del impuesto a los beneficios obtenidos en la transferencia de inmuebles, que constituye un impuesto a las ganancias en capital.

En la aplicación de los impuestos a la renta la ley no establece discriminación entre contribuyentes nacionales y extranjeros. Constituye una excepción a esta regla general el tratamiento más favorable que la reciente ley de petróleo dá a los concesionarios nacionales de la zona de la costa, al fijarles un porcentaje más alto de deducción por agotamiento que a los concesionarios extranjeros de dicha zona.

La ley no autoriza la deducción de los impuestos pagados en el extranjero.

El impuesto sobre la renta del capital movible se aplica a las personas que perciben intereses de operaciones de crédito. Es de tasas proporcionales, diferenciadas según el tipo de interés pactado. Se calcula sobre la renta bruta realmente percibida.

El impuesto a los predios debe ser pagado por los propietarios de inmuebles, y se aplica sobre la renta neta de arrendamiento, realmente pactada o supuesta por la administración tributaria. La tasa es proporcional (7%).

El impuesto a las utilidades industriales y comerciales se exige a las personas naturales o jurídicas que obtienen beneficios en el ejercicio de la industria o el comercio.

No existe en el Perú un impuesto distinto para las utilidades de las sociedades de capitales (anónimas, de responsabilidad limitada y en comandita por acciones), como en Francia, Estados Unidos, Canadá y Argentina, ni un porcentaje distinto del impuesto a dichas sociedades, como en Chile.

La renta gravada es la utilidad neta, es decir, la diferencia entre los ingresos brutos originados por la actividad propia de la empresa y las amortizaciones y cargas de la renta, Al determinar la renta imponible de las empresas mineras y petroleras se deduce, además, un porcentaje del valor bruto de la producción, por concepto de agotamiento de la fuente.

La noción legal de renta imponible es la clásica, como ya se ha dicho al tratar el punto en términos generales; pero se advierte en la administración tributaria la tendencia a desbordar dicha noción, gravando las ganancias en capital, como se ha hecho en el caso de revalorización de los inmuebles en los que con arreglo a ley deben invertir sus reservas técnicas las compañías de seguros.

Las tasas del impuesto a las utilidades industriales y comerciales son progresivas por escalones y van desde el 7%, que se aplica a los primeros diez mil soles, hasta el 20%, que grava toda utilidad que exceda de cien mil.

Existen tasas especiales de estímulo, para las empresas mineras que instalen nuevas plantas de beneficio o desarrollen su explotación o emprendan explotaciones marginales, y para las empresas petroleras concesionarios conforme a la ley general de petróleo.

Las empresas agrícolas, ganaderas y pesqueras que exportan sus productos están sujetas a un régimen tributario especial. Se les cobra derechos aduaneros de exportación, acreditables como pago a cuenta de los impuestos a las utilidades y sobreutilidades de la empresa, pero cuyo exceso sobre el monto de estos impuestos no es reintegrable.

Tales derechos son generalmente calculados sobre la diferencia entre el precio de los productos y el costo de producción fijado por el Gobierno o el precio base legal.

Es de advertir que no existe impuesto a las utilidades no repartidas de las sociedades de capitales, lo que permite su autofinanciación; y que las utilidades de las empresas, sólo son gravadas dos veces: con el impuesto cedular a las utilidades y con el complementario, en su forma progresiva o proporcional, según los casos.

En análoga condición, en cuanto al número de impuestos que la grava, está la renta de las sociedades de capitales en Argentina, Brasil, Chile, México y Venezuela.

En cambio, en Francia es gravada tres veces: con el impuesto propor-

cional a los beneficios de dichas sociedades, con la tasa proporcional del impuesto a la renta global de las personas naturales y con las tasas progresivas del mismo impuesto; y en Estdos Unidos, cuatro veces: con la tasa básica y la sobre tasa del impuesto a las utilidades de la sociedad y con la tasa básica proporcional y las sobre tasas progresivas del impuesto global a la renta de las personas naturales.

En Inglaterra no hay esta múltiple imposición a las utilidades sociales, porque el "income tax" pagado por la sociedad es deducido del monto total del "income tax" y del "sur-tax" que corresponden a los contribuyentes a quienes se ha repartido la utilidad.

El impuesto a las utilidades profesionales grava la renta libre obtenida del ejercicio de una profesión en el Perú. La renta libre se determina deduciendo de los ingresos brutos, además de las cargas de la renta, o sean, los gastos profesionales y las primas de seguro de vida pagadas por el contribuyente, la excepción en la base y las cargas de familia. La tasa es de 6%.

El impuesto a los sueldos es aplicable a las personas que obtienen renta derivada de servicios personales. Se calcula sobre la renta libre.

En la práctica, no se aplica a los salarios, aunque la ley no los exceptúa. La tasa es de 5%.

Los varones mayores de 35 años, solteros, viudos o divorciados sin hijos deben pagar este impuesto y el impuesto a las utilidades profesionales, con un recargo de 25%.

El impuesto complementario sobre la renta es un impuesto de superposición que se aplica para sobregravar con tasas progresivas las rentas englobables de las personas naturales, en razón de su magnitud, o para sobregravar, en la fuente, las rentas no englobables, tales como las percibidas de valores al portador y la obtenida del Perú por personas naturales no residentes o por personas jurídicas establecidas en el extranjero, rentas que no son gravadas con el impuesto complementario de tasas progresivas, por no ser posible a la administración tributaria conocer quiénes las perciben o exigir el impuesto directamente al beneficiario de ellas.

Las tasas que gravan las rentas no englobables son proporcionales y diferenciadas según la clase de renta.

En algunos casos se aplica una tasa adicional de 1% pro-desocupados.

Nuestro sistema de impuestos a la renta propiamente dichos es análogo a los que rigen en los principales países latino americanos, con excepción de Colombia, que tiene un sistema "sui generis", y de México, que, como ya se ha dicho, sólo aplica impuesto cedulares. También es análogo al nuestro el sistema que rige en Italia.

En Estados Unidos, la magnitud de las sociedades de capitales ha determinado el establecimiento de un impuesto diferente para las utilidades de las empresas organizadas bajo dicho régimen legal; igual diferenciación se encuentra en el Canadá y en Francia.

El impuesto a la renta de las personas naturales recae en Estados Uni-

dos sobre el total de las rentas de cada contribuyente, y comprende una tasa básica proporcional y sobretasas progresivas.

El impuesto francés a la renta global de las personas naturales comprende una tasa básica proporcional y sobretasas progresivas. La tasa básica y las sobretasas son aplicadas según criterios diferentes: el de la territorialidad, para la primera, y los de la nacionalidad y el domicilio, para las segundas.

El impuesto a las sobreutilidades industriales y comerciales, que también integra el sistema de impuestos a la renta que rige en el Perú, es un impuesto directo, de emergencia, que se aplica, con tasas progresivas por escalones, a las utilidades del comercio y de la industria (incluyendo la agricultura, la ganadería y la pesca y excluyendo la minería y el petróleo), en cuanto exceden de lo que la ley establece como utilidad normal. La ley considera utilidad normal el 10% de los recursos de la empresa, habiendo podido optar las empresas establecidas antes del 1º de julio de 1939, entre dicho porcentaje y el promedio de las ganancias que obtuvieron en los años 1938, 1939 y 1940.

Las tasas de este impuesto a las utilidades excesivas van del 10%, aplicable a los primeros 50,000 soles, al 20% que grava toda cantidad que exceda de un millón.

Existe impuesto de emergencia a las sobreutilidades de la industria y el comercio en Argentina, Chile, Estados Unidos y México, pero sobre bases más lógicas que las del que rige en el Perú.

En Colombia se aplica, como impuesto normal, un impuesto a las rentas excesivas que no provengan del trabajo.

El impuesto a los beneficios obtenidos de las transferencias de inmuebles no gravadas con impuesto a las utilidades industriales y comerciales, fué establecido como medio de evitar la evasión del impuesto a las utilidades de los comerciantes en inmuebles, especialmente en terrenos. Se aplica, con tasas progresivas por escalones que van desde el 7% hasta el 15%, sobre la diferencia entre el valor básico del inmueble fijado por la ley y el precio pactado al realizarse la transferencia. Es un impuesto a las ganancias en capital.

Aplicando al Perú el método de estudio seguido por Hubert Brochier en un reciente trabajo sobre estructuras nacionales y sistemas hacendarios, en el que demuestra que existe relación necesaria entre la estructura de un país y su sistema tributario, aparece la conformidad general de nuestro sistema de impuestos a la renta con nuestra estructura nacional.

A un país poco desarrollado como el nuestro, con muy elevado porcentaje de población dedicada a la agricultura y la ganadería (62.44% de la población activa, en 1949), alta proporción de la renta de las mismas actividades (40% de la renta total, también en 1949), débil industrialización, muy baja renta media (US$ 77 por persona, en el mismo año) y fuerte desigualdad en la repartición de la renta, como el que hoy nos rige y como los que existen —también como reflejo de su estructura nacional y no por obra

del azar—, no sólo en los principales países de América Latina (México, Argentina, Brasil, Chile y Venezuela), sino aún en países europeos de desarrollo económico intermedio, como España e Italia.

Esta relación necesaria entre estructura nacional y tipo de sistema tributario, invita a los países poco desarrollados a reflexionar ante la tentación de calcar sistemas fiscales propios de países industrializados.

Expuesto nuestro sistema de impuestos a la renta, comparado con los que rigen en otros países y confrontado con nuestra estructura nacional, examinemos las principales críticas que se le formulan.

Agruparemos dichas críticas según se refieran al sistema mismo o a su aplicación.

Al considerar las críticas al sistema, diferenciaremos las que recaen sobre los impuestos a la renta propiamente dichos, de las que inciden sobre el impuesto a las sobreutilidades o sobre el impuesto a las ganancias en capital obtenidas en la transferencia de inmuebles.

Se critica a nuestros impuestos a la renta por su complejidad; por establecer un régimen especial discriminatorio para las utilidades de las empresas agrícolas, ganaderas y pesqueras que exportan sus productos; por no permitir castigar el activo fijo de acuerdo con los precios de reposición; por intensificar la tributación a las rentas de la industria y el comercio; por usar la progresión en el impuesto a las utilidades industriales y comerciales; y por no haber conformado al actual poder adquisitivo de nuestra moneda las escalas progresivas del impuesto a las utilidades industriales y comerciales y del impuesto complementario.

Nuestros impuestos a la renta, lejos de ser complejos como se les supone, se caracterizan por su sencillez. Para convencerse de ello basta compararlos, no ya con los sistemas diferenciados que rigen en América Latina y en algunos países de Europa, sino con los sistemas de impuesto global a la renta de las personas naturales e impuesto a la renta de las sociedades de capitales en vigor en Estados Unidos y en Francia, sistemas estos últimos que se singularizan por ser altamente complicados, no obstante la simplicidad que un criterio superficial puede atribuirles por ser menor el número de impuestos que los integran.

Por lo demás, cierto grado de complejidad es necesario para asegurar la justa aplicación de los impuestos, cada día más altos, requeridos para el cumplimiento de los fines del Estado, y para evitar la evasión que la creciente intensidad de la carga puede provocar.

Desde el punto de vista de la igualdad tributaria, es indefendible la discriminación existente en contra de las empresas agrícolas, ganaderas y pesqueras que exportan sus productos. Sólo se explica por razones meramente fiscales.

Es también justificada la crítica que se hace a la forma de calcular los castigos del activo fijo.

La intensificación de la tributación a las rentas de la industria y el

comercio se explica por razones fiscales y por la importancia de dichas rentas dentro de la actual economía.

No creo que el empleo de la progresión en el impuesto a las utilidades industriales y comerciales constituya un contrasentido, porque no parece que tenga por objeto lograr la igualdad de sacrificio, como en el impuesto complementario o en el de sucesión, sino desgravar a las rentas de menor cuantía.

En cambio, creo que es indispensable conformar las tarifas progresivas al actual poder adquisitivo de nuestra moneda.

Aparte de lo justificado de algunas de las críticas que hemos examinado, nuestra legislación de impuestos a la renta es una obra seria, que responde a nuestra estructura nacional y que refleja una política tributaria acertada, especialmente en cuanto contempla un tratamiento benigno para las rentas del trabajo y regímenes favorables al desarrollo de las industrias minera y petrolera, cuya importancia es definitiva para el desenvolvimiento económico del país. Es, en general, sencilla y relativamente moderada. Hechos y comentarios recientes acreditan que sus condiciones son apreciadas por los inversionistas extranjeros.

Nuestro impuesto a las sobreutilidades de la industria y el comercio no reviste, en cambio, características apropiadas. Sus bases de cálculo son inadecuadas e inactuales y su tarifa, en lugar de ser diferencial como las que rigen en Argentina, Chile y México, es progresiva, con lo que desnaturaliza la finalidad de dicho impuesto, que es sobregravar los beneficios debidos, no al esfuerzo o a la inversión, sino a la coyuntura.

El impuesto a los beneficios derivados de la transferencia de inmuebles, aparte de romper la actitud general de nuestra legislación tributaria respecto a la noción de renta, es injusto y antieconómico. Se aplica, no en razón de un mayor valor real, sino de una apariencia originada por la desvalorización de la moneda. Además, por su injusticia, incita y acostumbra al fraude fiscal.

Las principales críticas relacionadas con la aplicación de los impuestos a la renta se refieren a la complicación de los trámites, a lo tardío de las revisiones finales y a lo difundido de la evasión.

Son originadas por lo inadecuado de la organización de la administración tributaria, por la falta de métodos simples y uniformes, por la carencia de personal idóneo y por la ausencia de educación tributaria en el contribuyente.

Para perfeccionar la estructura de nuestro sistema de impuestos a la renta sería aconsejable realizar modificaciones parciales.

Así, se podría someter a la agricultura, la ganadería y la pesca al régimen general, como se ha hecho con la minería y el petróleo, o, si razones fiscales inmediatas hicieran imposible esta solución, se podría adoptar el sistema de reajuste y reintegro que emplea Gran Bretaña en la aplicación del "income tax" y del "surtax".

También cabría formular nuevas tarifas progresivas con arreglo al po-

der adquisitivo actual de nuestra moneda, y permitir reajustes en la determinación de los castigos.

Sería, además, aconsejable modificar sustancialmente las bases de determinación de las sobreutilidades y adoptar una tarifa diferencial, en lugar de la progresiva que hoy rige; y suprimir el impuesto a los beneficios derivados de la transferencia de inmuebles.

En lo que se refiere a las medidas aconsejables para mejorar la aplicación de los impuestos a la renta, convendría reorganizar la administración, sobre la base de un criterio funcional; uniformar y simplificar los procedimientos, especialmente los relativos a la aplicación del impuesto a las utilidades de la industria y el comercio; seleccionar objetivamente al personal de la administración tributaria, darle una preparación adecuada, tanto dentro del orden contable como del jurídico, y remunerarlo debidamente; educar al contribuyente, mediante propaganda radial e información escrita; y preparar adecuadamente, en las Universidades, a los alumnos de las Facultades de Derecho y de Ciencias Económicas, que están llamados a ser los consultores obligados de los contribuyentes.

FLOR DE LEER

TRES SONETOS AL INCA GARCILASO

Reproducimos en seguida —exhumados de revistas limeñas de fines del siglo pasado y principios de éste— tres sonetos escritos en loor del insigne mestizo cuzqueño Inca Garcilaso de la Vega. Las tres composiciones son, evidentemente, pobres desde el punto de vista de la forma; pero tienen el común interés de representar la constante admiración por el más alto representante de las letras peruanas. Desde posiciones diferentes, pero con parejo y unánime entusiasmo, los tres poetas ensalzan a Garcilaso como prototipo del mestizaje, como historiador de las glorias de los Incas y como "honra y prez del lenguaje castellano".

El primer soneto se debe a Constantino Carrasco, cuyo afecto por los hombres y temas del Perú antiguo se refrenda con su versión poética del "Ollantay"; y este elogio del Inca vió primero la luz en "El Correo del Perú" del 31 de mayo de 1873 y fue reproducido, treinta años más tarde, en "América Literaria" del 1º de noviembre de 1903.

El soneto de Mariano José Sanz, poeta y diplomático, forma parte de la colección de sus "Poesías", publicadas en 1903.

La tercera composición, aparecida en "América Literaria" del 20 de setiembre del mismo año de 1903, se debe a Jesús Benavides y Valdivia, residente en el Callao y de oficio sastre; en quien —como apunta Alberto Tauro— "el contraste entre su aptitud intelectual y su posición infundió a su poesía un tono de amargura".

AL INCA GARCILASO

por CONSTANTINO CARRASCO.

Aquesta grey del Sol desventurada
tan sabia, rica, numerosa y fuerte,
por tremendos arcanos de la suerte
rindió su cuello a la invasora espada.

Pero las glorias de la edad pasada,
desafiando las vías de la muerte,
vinieron con su luz a enardecerte
y te fué nuestra historia revelada.

Inca ilustre, en tus célebres anales
sin mezcla alguna la verdad se embebe,
exenta de censura o vituperio.

Con que al mostrar tus Comentarios Reales
la fama universal llamarte debe
Evangelista del Peruano Imperio.

AL INCA GARCILASO

por MARIANO JOSE SANZ.

¡Oh luz de los anales esplendentes
y tristes del Perú, buen Garcilaso!
Tú, que a tus padres con triunfante paso
sigues en sus caminos diferentes:

Tú, que cuentas los pueblos, que prudentes,
con vigor para el bien jamás escaso,
justos rigieron, y el adverso caso
lloras del Cuzco, Roma de tus gentes:

¿Por qué la profundísima enseñanza
que la conquista a tus hermanos muestra,
a curar ¡ay! su ceguedad no alcanza?

Porque discordia con su acción siniestra,
por el camino de Caín los lanza,
sin que escuchen tu voz de unión maestra.

AL INCA GARCILASO DE LA VEGA

por JESUS BENAVIDES Y VALDIVIA.

En tí alentaba el corazón indiano,
recibiste sus gérmenes vitales,
y los lanzaste al mundo en tus anales,
honra y prez del lenguaje castellano.

Y en tu sombría calma de oceano,
batallaste por nuevos ideales:
la extirpación de crímenes feudales,
lo autóctono del pueblo americano.

Creíste a España la segunda Roma,
y el idioma te atrajo de Castilla
cuando el idioma quechua es nuestro idioma.

No importa: porque el genio se levanta
y habla en distinto idioma y siempre brilla
como el Sol que, entre nublos, se agiganta.

TESTIMONIOS

SANTIAGO TAVARA EN EL REAL COLEGIO DE SAN FERNANDO

Hermoso por su concepción, y revelador de cautivantes circunstancias, es el oficio elevado al virrey don Joaquín de la Pezuela por el rector del Real Colegio de San Fernando, don Fermín Goya, impetrando benevolencia en favor de Santiago Távara. Fué condenado éste a servir en el Regimiento del Infante don Carlos mientras durase la situación de emergencia que entonces se vivía, por haber permanecido durante cuatro meses a bordo de un navío inglés; y aunque entonces se le complicó en una causa por contrabando, parece obvio deducir que sus móviles fueron patrióticos. Añade dramatismo al hecho la circunstancia de haberse expedido la sentencia el mismo día en que Santiago Távara optaba en el Colegio su título de Bachiller en Medicina. Y el Rector alega luminosas razones para impedir que se truncasen los estudios del brillante alumno, que a la sazón fungía de maestro. El virrey solicita el informe del protomédico, doctor Hipólito Unanue, quien también hace pesar su opinión en favor del colegial. Y el virrey dispone que éste permanezca recluído en su propio colegio, "para que no se distraiga de la carrera literaria en que ha logrado progresar".

Acláranse así algunos episodios juveniles de la biografía de Santiago Távara: sus tempranos servicios a la causa emancipadora, su amistad con Francisco Xavier de Luna Pizarro, sus conocimientos del idioma inglés, su labor docente. Y se explican las actividades comerciales que inició después de la proclamación de la independencia, en el curso de las cuales llevó efectos del país hasta Río de Janeiro, donde compró café que debía vender en Estados Unidos.

El original del documento trascrito se halla en el Archivo de la Cámara de Diputados.

A. T.

Exmo. Señor

Por el cargo de Rector de este Colegio que prospera bajo los auspicios de V. E. me es indispensable interrunpir con el presente clamor las altas atenciones que en las actuales circunstancias gravan á V. E. esperando de su justificación y de la protección que decididamente dispensa a este cuerpo, y a las letras se digne sostenerlas y ampararlas en una época en que casi estan espirando porque jamás florecen entre los horrores de la guerra en que infelizmente se hállan aterradas. Pero V. E. sabe hermanar la disciplina de las armas y el lustre de las ciencias conosiendo que la misma carrera militar no tendría el esplendor que tanto la distingue, sin que la ilustración dirigiese sus funciones tan necesarias para la prosperidad de la corona y de los Pueblos.

En el día 23 del presente en que se graduó de Bachiller en Medicina el Colegial Dn. Santiago Távara llegó a mi noticia que éste aplicadísimo y provécto joven, tenía que sostener su actuación con la angustia de saber se había pronunciado sentencia por V. E. destinandole al Regimiento del Infante por el tiempo de las presentes circunstancias, por la parte que tubo en un contrabando hecho en un Buque Inglés. Yo Exmo Señor, prescindo de la complicidad que haya tomado en el asunto este joven cuya edad no pasa de veinte años, pero en bien del Colegio, por la causa de las letras y por el distinguido

mérito del Estudiante debo exponer á V. E. que su falta ó provino de ignorancia, ó si se prestó al hecho de llebar las pólizas y dinero fue por consecuensia de su misma dedicasión, pues deseoso de instruirse en el idioma inglés, no contento con traducirlo perfectamente trató hablarlo y penetrado de que no podía lograr esta ventaja sin el trato inmediato y familiar con los mismos ingleses, paso á bordo del Navio Sitne en el que permaneció por cuatro meses hasta conseguir la perfecta posesión de una lengua en que se hállan escritos tantos libros que son de primera necesidad a los profesores de Medicina. Este proceder Exmo Señor, acredita el empeño de ilustrarse de este joven a quien verdaderamente se tiene que contener, en su exesiva dedicasión, pues para el no hay vacasiones, ni noches dedicadas a su descanso, viviendo unicamente sobre los libros instruyendose así y a los demás con tal empeño que no tiene segundo en el Colegio, y que es la primera luz en él, así por su inrreprensible conducta, como por la enseñanza que sin gratificasión dispensa a sus dicípulos, y a los que no lo són, hallandose en la actualidad traduciendo a nuestro idioma del inglés la obra de Srife por la que la juventud a de perfeccionar sus estudios, sin que en éste trabajo pueda haber otra mano auxiliar que la del Sr. Dn. José Pezet que los demás estudiantes ignoran otro idioma. Así Exmo Sr. en la pena de este joven no tanto es aflijído él y su pobre honrrada familia, que en la orfandad en que se vé constituida sin padre, ni madre, esperaba con justicia tener un pan de consuelo por medio de un individuo que mañana podrá darle honor y subsistencia: quienes padecen más son las letras, el Colegio y el público, pues cortada la carrera de este joven no hay quien reemplace el bacío que deja en esta casa y se priva a la Ciudad, y al Reyno de un literato que según sus primeros pasos promete ser uno de los primeros hombres que ilustren las letras y la América por que su dedicasión, sus talentos, y su juicio salen de la clase común en tal grado que en todo el tiempo que soy Rector puedo asegurar a V. E. con la franqueza de mi caracter, y de la verdad, no haber experimentado estudiante de más recomendables cualidades.

Si se le separa del Colegio para que tenga cumplimiento la Superior resolución de V. E. además de quedar la casa sin esta columna que positivamente es la primera, las armas no pueden lograr ventaja alguna por que además de que por su constitución física no es capaz de su manejo, sus disposiciones cuanto son conosidas para formar un completo literato, son insuficientes para poderle hacer un soldado regular; de manera que se destruye ó a lo menos se obcurece este cuerpo literario tan necesitado de alumnos útiles, y nada abanzan las armas, por que no esta en los hombres abrazar a su placer indiferentemente las profecciones, sino aquellas para que han sido llamados por la providencia, que se explica dando las calidades proporcionadas para desempeñar más bien las obligaciones de unos destinos que de otros. Los hombres ilustrados que han dado tanto honor a la humanidad, y que aún siguen instruyendo despues de su muerte a los que aprovechan de sus trabajos, habrían tal vez vivido y muerto oscuramente en la carrera militar, que deseando otras disposiciones que aquellas con que se señalaron en las ciencias que cultivaron con tanto provecho.

No quede pues esta casa que empieza a levantar su Edificio, sin este apoyo que la exponga á derribarse. Si la inadvertencia del joven o su menor edad no son motivos a que se le indulte de la pena ordenada por V. E. la decidida protección que dispensa a las letras, y la necesidad que estas tienen para su fomento en este Colegio de un individuo cuya falta es tan irreparable que no puede suplirse absolutamente. V. E. para corregir la ignorancia o ligereza de un joven, no puede olvidarse del lustre de un Colegio que alienta para su poderoso influjo. En el tiempo en que este colegial sirve más a la casa de que es miembro, que así mismo, como ha de fallar V. E. contra el Colegio, que tanto necesita de él? Cuando el Convictorio Carolino progresa con la nueva vida que ha recibido de V. E. y que en la RL. Escuela en las ofrendas literarias que se han consagrado a su nombre ha sido V. E. justamente apellidado el Protector de las letras, como han de tener la desgracia de ser heridas con este golpe en una casa que inmediatamente está bajo su abrigo poderoso? Y como yo que estoy a la frente de este cuerpo sin embargo de mi demérito, podré pasar por el menoscabo que las amenaza, si por un culpable silencio omito representar a V. E. que sin alumnos útiles nada valen los desvelos de los Rectores, ni los planes de estudio más acordados y sensatos? Amo el orden, y las luces y aunque no las poseo, las escasas que he alcanzado por mi dedicación, me hacen ver la necesidad de fomentarlas a toda costa en las presentes circunstancias y así represento a V. E. que si mi estado me permitiese tomar sobre mi la pena impuesta a este joven, gustoso me ofrecería a desprenderme del Rectorado del Colegio con tal que permaneciese en él un alumno que en todo tiempo le dará honor y lustre: quando V. E. por la elevación de su alma y generosidad de sus principios, ha indultado la culpa de los miserables atolondrados que en sus delirios o embriaguez de su ignorancia trataron de perturbar la tranquilidad pública, haciéndose por tal perdón acreedor á la admiración y amor del público por sus virtudes políticas, será posible que no perdone una inadvertencia ó ligereza juvenil provenida de un buen principio, cediendo esta gracia en adelantamiento de las luces? No Exmo Sr. la ilustrada justicia que administra V. E. clama porque este joven permanesca dando nombre á esta casa que estando en su edad debe contemplarse por todos en su fomento, y principalmente por un Protector como V. E. que vela en su conservación y decoro.

Si Dn. Santiago Távara es acreedor a la pena que V. E. le ha impuesto, el Colegio de Sn. Fernando no es digno de sufrirla y su Rector debe esforzar su ruego, exponiendo a V. E. que en la causa de este estimable joven está mesclada la de las letras que por mi dévil voz suplican a V. E. tenga la bondad de considerar la obscuridad á que quedarían reducidas en esta casa pasando tal individuo al Ejército. No solo en la brillante carrera de las armas se sirve a S. M. y al Estado. Las ciencias también traen timbres gloriosos a los Reynos y cultivandose por aquellos a quienes la Providencia da talentos, hacen ilustre no solo los paises de su residencia, sino toda la Monarquía, y aun todo el mundo pues los literatos pertenecen a todo el genero humano que fomentó para las desalentadas ciencias considerar que V. E. en

obsequio de ellas indulta faltas, que castigaría si no le contuviese el amor, y protección que dispensa a las letras; Los grandes Generales han contenido el curso de sus victorias, y han envaynado sus espadas respetando las Patrias de los Sabios aún después de muertos, prestando este homenage a la sabiduría y acreditando la nobleza de sus almas, y V. E. que los imita sabrá en obsequio a las luces fomentarlas, indultando una culpa que ó no se creyó tal ó se cometió por precipitación y tal vez por prestarse a un oficio mal entendido. Cuanto pudiera decir, dejo a la alta y justificada penetración de V. E. apelando de su justicia, á su amor y protección a las letras, esperando consuelo a esta casa y su Rector no arrancando de ella a un joven de tanta esperanza en la carrera.—Dios Ntro. Señor gue. a V. E. ms. as. para bien del Estado y lustre de las ciencias.

Lima y 26 de 1819.—Exmo. Sr. [Fermín Goya.

Exmo Sr. Dn. Joaquin de la Pezuela, Virrey, Gobernador y Capitan General, del Reyno del Perú — [Agreguese al expediente de su materia, e informe el Sr. Dn. Hipolito Unanue como Director del Colegio — Pezuela — Mariano Sarria — una rubrica del Asesor —[Exmo Sr. En. cumplimiento del superior decreto que antecede lo que puedo informar a V. E. es que las virtudes, veracidad e instrucción del Rector del RL. Colegio de Sn. Fernando excluyen toda duda sobre lo que igualmente informa a favor de Dn. Santiago Távara que igualmente estoy cerciorado, así por los individuos del Colegio, como por otras muchas personas amantes de las letras de su aplicasión y juiciosa conducta y que es acreedor a la clemencia de V. E. Es cuanto puedo informar a V. E. y sobre que resolverá lo que fuere de su superior agrado.—Lima Febrero 9 de 1819.

Exmo Sr. [Hipolito Unanue. [Lima 10 de Febrero de 1819— A consecuensia de la representación interpuesta por el Rector del Colegio de Sn. Fernado y de lo que en virtud de ella a informado el Sr. Protomédico Grl del Virreynado como Director de Nuestro Colegio, llebando adelante los sentimientos de equidad que me estimularon a conmutar a Dn, Santiago Távara por su menor edad en el servicio de las armas, la pena que merecía vengo en suspender, este destino y consignar al indicado sugeto en el mismo Colegio de Sn. Fernando, por alumno preciso de el durante las actuales ocurrencias, así para que no se distraiga de la carrera literaria en que ha logrado progresar, como para que ministre la cumplida enseñanza a los Dicipulos que se le señalen, teniendose entendido que no podrá separarse de Ntro. Colegio por ningún pretesto, ni motivo interín dure el referido espacio siendo obligado el Rector al pronto y cumplido aviso de cualquiera infracción que se note para su remedio. Hagase saber esta providencia al indicado Rector del Colegio para su inteligencia y cumplimiento—Pezuela—Mariano de Sarria—una rubrica del Asesor.

N O T A S

TRES TRABAJOS SOBRE CESAR VALLEJO

La moda César Vallejo *ha servido seguramente para llevar a su poesía más de un lector sincero, si único, también suficiente galardón que puede proporcionar una popularidad póstuma. Pero los peligros se han cumplido. Los que vocean su aprecio por Vallejo o mejor, por algunos de sus poemas (casi siempre de* Los Heraldos Negros) *y algunas de sus circunstancias — como la triste y varonil pobreza, como la muerte por causas desconocidas— son admiradores que hacen más por su descrédito, como esas mujeres inelegantes a quienes la moda nunca queda bien. "Y no hago caso de gente vulgar, que estima y aprecia algunos estilos por su gusto, lo cual basta para que no se tengan por buenos" escribió una vez cierto Ambrosio de Morales con justeza y snobismo. Pudiera ser el caso si Vallejo no fuera, a pesar de ello, un gran poeta. Otra acechanza, quizá más grave, es ésta: la figura de Vallejo, sobre el tapete, provoca ser encasillada. Puede ser que en sí esto no sea lo malo, que la crítica literaria no sea sino clasificar y calificar y renovar clasificaciones y calificaciones anteriores. Pero, en el caso de Vallejo, hay que irse con tiento: todavía está vivo y como todo lo vivo es muy complejo.*

César Angeles Caballero (El Signo de la Cruz en César Vallejo, *Lima 1953, 24 pp.) reproduce en breve folleto dos estudios publicados el año pasado en el diario* La Crónica. *En ellos no llega a un encasillamiento: parte de él. Dice al final del primer párrafo del primero* (La Poesía): *"Vallejo no pudo eludirse, ni soslayar el sentimiento religioso —en el sentido cristiano— precisamente por ser el más genuino y el más representativo de los poetas peruanos de todos los tiempos".* (p. 1) *Y, al comienzo del segundo capítulo* —La Prosa—, *explicando su admiración por Vallejo, en acápite que vale la pena copiar íntegro: "Admiración, por ser el poeta más genuino de la literatura hispanoamericana, y el que encierra en forma inigualable dos de las más tradicionales manifestaciones de la cultura peruana: idioma y religión —nótese que indicamos sólo dos—; idioma, en el sentido de mezclar bella y armónicamente y en adecuado bilingüismo —quechua y español (1)— las voces que Juan de Arona muy acertadamente denominó "peruanismos", aunque lingüísticamente se considere algo inexplicable, ya que en la poesía de Vallejo existen marcados rezagos de romanticismo, modernismo y de las escuelas poéticas de vanguardia, basadas estas últimas en raras metáforas, y por constituir en el fondo y en la forma un nuevo mensaje poético: el vallejiano; religión, porque ella vive tradicional e históricamente en el alma y el corazón del pueblo peruano, con destellos y arrebatos de misticismo, desde la llegada de los primeros hispanos, hasta nuestros días y porque el soslayar el aspecto católico y cristiano, hubiera incidido en el pensamiento de aquel crítico que escribió: "la ausencia de preocupaciones religiosas en un poeta suele ser señal de mediocridad intelectual".* (p. 12)

La manera de probar que Vallejo no soslayó el aspecto católico y cristiano *para impedir que incida en el pensamiento de aquel crítico es curiosa. Menciones de los símbolos católicos, que no son escasas en la poesía vallejiana, son citadas profusamente. También hay una cita de André Coyné en la que quizá Angeles no reparó lo suficiente: "Las referencias bíblicas eran muchas en Los Heraldos Negros. Pero allí pertenecían al almacen común de los símbolos modernistas". Sin embargo en 12 páginas C. A., transcribe 20 citas de este libro primero. Son utilizadas a fondo, eso sí:*

> "Tu cabello es la hilacha de una mitra
> de ensueño que perdí.

En estos dos sentidos versos podríamos —lo indicamos en condicional— hallar cierta inclinación al sacerdocio" (p. 2).

"Jesús está presente; vive en los versos vallejianos con destellos de Hombre y Dios; de El dirá que es "un Cristo ensangrentado" ("Oración del camino, ed. Miró p. 47)... Al vino de la liturgia católica, hecho sangre en la Consagración de la Misa, lo llamará "un ecce-homo" ("Los nueve monstruos", ed. cit. pág. 171... También exclamará con frase del lenguaje popular peruano:

---

(1).—En este punto C. A. remite a una nota que copio: "Hemos registrado en la poesía y prosa vallejiana las voces quechuas: cancha, cóndores, coraquenque, coricancha, curacas, cuy, chácra, charqui, chirapa, choclo, guano, huaca, lúcuma, lliclla, mate, molle, rocoto, puma, tahuashando (vocablo híbrido), taita, tambo, vicuña, yanaconas, etc.; y las voces españolas, con variante semántica en el Perú y que por lo tanto son peruanismos: cañazo, chicha, platita, potreros, pulpería, "tabacazo", etc." Labor útil seguramente, pero afirmar sobre ella el bilingüismo de Vallejo nos parece un tanto revolucionario.

"Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá: ¡Qué frío hay... Jesús!"
("*Idilio muerto, ed. cit. p. 52*)" (*p. 7*).

Abramos, pues, la edición Miró. En la página 47, Oración del camino, *leemos:*

Ni sé para quién es esta amargura!
Oh, Sol, llévala tú que estás muriendo,
y cuelga, como un Cristo ensangrentado
mi bohemio dolor sobre su pecho.

¿De quién, de qué se dice que es como un Cristo ensangrentado?
Página 171, casi al final de Los Nueve Monstruos:

Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver el pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando a la cebolla,
al cereal, en general harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardio!

El vino de este poema: ¿Es el "vino de la liturgia católica, hecho sangre en la Consagración de la Misa"? Por último ¿dónde los "destellos de Hombre y Dios" en ¡Que frío hay... Jesús!?

Un ejemplo más. Luego de citar varias referencias a Dios en Los Heraldos Negros, *dice: "Y concluir en un ambiente de profundo recogimiento, algo así como en el sereno y majestuoso recinto de las Iglesias medievales:*

"Han rezado a Dios,
aquí;
. . . (*Cortejo tras la toma de Bilbao, ed., cit. p. 265*)" (p. 9) (2)

El ambiente se desdibuja si leemos los versos inmediatamente siguientes:

¡Han rezado a Dios,
aquí;
se han sentado en tu cama, hablando a voces
entre tu soledad y tus cositas;
no sé quién ha tomado tu arado, no sé quién
fué a ti, ni quién volvió de tu caballo!

Aquí, Ramón Collar, en fin tu amigo.
¡Salud, hombre de Dios, mata y escribe!

En el trabajo La Prosa, *Angeles analiza preferentemente la novela* Tungsteno. *Afirma que en ella "el enigmático Leonidas Benites es el encargado de expresar las creencias religiosas de César Vallejo; a través de sus pensamientos y expresiones deducimos las ideas y conceptos que tiene de los principales fundamentos, principios y misterios de nuestra religión". (pág. 16) Es natural entonces que se sorprenda de que "exprofeso, adrede, se ha pretendido tergiversar el profundo cristianismo y catolicismo de la novela "Tunsgteno" y de muchos de sus poemas, en los que laten piadosa y emocionadamente las imágenes y los recuerdos de Dios y de Jesucristo" (p. 13). En el caso de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por ejemplo: "Vallejo haciéndose eco de ella la capta en todos sus matices:*
"...doña Magdalena, siendo aún señorita, obtuvo el honor de ingresar a la Sagrada Asociación del Corazón de Jesús del lugar, congregación de gran tono..."
Quizá quien no ha captado el matiz irónico es C. A. Pero ello ya es un punto de interpretación, completamente personal.
Resumiendo: a nuestro ver las interpretaciones del señor Angeles son muy discutibles; creemos que con su método podría también forjarse el mito de un Vallejo opiómano perdido a base del primer párrafo del cuento Cera.
La Antología poética de César Vallejo *(Suplemento literario de Diálogo, Granada 1953, 16 pp.) quiere hacer asequible al lector español sus mejores poemas. La selección,*

(2).—Los versos citados figuran en la página 265 pero no en el poema **Cortejo tras la toma de Bilbao,** que está tres páginas antes, sino en el sin título que comienza: **Aquí / Ramón Collar...**

de José Jiménez Blanco, incluye, de Los Heraldos Negros: Bordas de Hielo, El poeta a su amada, Heces, El pan nuestro, A mi hermano Miguel. De Trilce, el II (Tiempo Tiempo,) el III (Las personas mayores...) el XVIII (Oh las cuatro paredes de la celda), el LI (Mentira. Si lo hacía de engaños,) y el LXXV (Estáis muerto.) De Poemas Humanos, los que comienzan Ello es el lugar donde me pongo; Quisiera hoy ser feliz de buena gana; Un hombre pasa con un pan al hombro, y el titulado Voy a hablar de la esperanza. De España, aparta de mí este cáliz, figuran Masa y Redoble fúnebre a los escombros de Durango, publicados sin título, igual que España aparta de mí este cáliz del cual ha sido suprimida la última estrofa (Cuídate España de tu propia España). (3)

Con el resumen de una introducción a la vida y obra del poeta, leída por César Pacheco Vélez el 5 de febrero de este año, en la "Casa de América" de Granada, empieza el folleto. Trae una breve noticia biográfica, dice su interpretación, que difiere mucho de la de Angeles Caballero: P. V. habla de "esa fé perdida en acendramiento del dolor y reencontrada —a ese breve testimonio nos acogemos— en los últimos años de su vida, cuando en el sanatorio de París, el 29 de marzo de 1938, pudo decir: "Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de mi muerte, tengo un defensor: Dios". Más adelante habla de su "requerimiento" [a Dios] "rebelde y airado, hasta blasfemo, de una universal felicidad terrestre". Pero esa misma actitud de imprecación, prosigue, "revela una certidumbre trabajosamente poseída y un hambre de paz en la conciencia: "Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios..." Mientras ese hambre no se colmó, el impulso metafísico de trascendencia, agónicamente truncado en Vallejo, le hace vivir el dolor en la oscuridad, sin horizontes, como en perpetua presencia de heraldos negros, sin ese fondo risueño y gozoso del dolor de la cruz cristiana, sin la vivencia, en fin, de la esperanza. Aquí es donde se juntan y se mezclan las dos dimensiones fundamentales —religiosidad y sociabilidad— del hombre Vallejo; aquí es donde se crea ese clima desconsolador y desolado de su tragedia." Creo que habría que analizar más largamente aspectos como la sociabilidad de Vallejo para postular su desconsuelo. De valor, en este sentido, es la tesis de Luis Monguió: morir para vivir en los otros, la inmortalidad en el otro. Refiriéndose al tema de la muerte, Pacheco lo cree emparentable al de Quevedo y Santa Teresa. Ya un crítico limeño inquirió las sutiles razones de esta relación. Muy sutiles habrán de ser, desde luego: "Un sentimiento —no una concepción— muy español de la muerte" dice C. P. que los reúne. Habría que ver cuál sea; no parece suficiente añadir que "toda la vida de Vallejo fué una vigilia de su muerte".

Indecidora —aunque grata quizá para algunos oídos— la calificación de español aplicada a Vallejo junto a la de americano. Creemos que Vallejo no es español "a fuer de hispanoamericano" (precisamente lo hispanoamericano es esencialmente diferenciado de lo español); su amor a España, sus vinculaciones personales no son de dudar; no creo que esto demuestre españolidad (que ya la hispanidad es otro cantar, y bastaba entonces llamarlo hispanoamericano, que no español).

El trabajo de José María de Romaña García (4) trata de poner algunas márgenes en el estudio de la religiosidad vallejiana. Reconoce el autor que "sería ingenuo hacer de él un poeta estrictamente, oficialmente cristiano". "Sólo ocasionalmente", dice, "se puede hallar en Vallejo, angulosa y precisa, la idea católica o siquiera cristiana, pero constantemente encontramos la reacción, el punto de vista o de llegada religioso; con esta nota esos constantes relampagueos son, concretamente, de hecho, cristianos. Lo afirmamos porque el mismo Vallejo da a esas reacciones poéticas una motivación o un sabor explícitamente cristiano y porque, aunque no lo hiciese, habría que explicar, al menos determinadas vetas de su poesía, sencillamente por la formidable ósmosis cristiana, que informa luminosamente, quiéranlo o no, aun ciertas orientaciones de sus mismos adversarios, cuanto más de los que no son sino pobres hijos ensombrecidos". (p. 502)

Considera R. G. que el insistente empleo de símbolos bíblicos de César Vallejo indica más que una mera aquiescencia a la moda literaria. Sobre este punto siguen vigentes, creemos las palabras de André Coyné: "Las referencias bíblicas eran muchas en Los Heraldos Negros. Pero allí pertenecían al almacén común de los símbolos modernistas; en Poemas Humanos se trata por supuesto de una cosa distinta; se trata nada menos que de encontrar la inspiración de las grandes voces bíblicas, entregándolas en una experiencia fundamentalmente original, ya que si el vocabulario cristiano reaparece en la poesía de Vallejo, está siempre motivado por una necesidad libre de cualquier interpretación dogmática. Las palabras que por lo común designan lo divino, cobran función propiamente humana. La Trinidad de esta manera anda por las calles de París, —una mujer, un

---

(3).—Digo que ha sido suprimida pues esa estrofa figura al final del poema en la edición de César Miró (Losada, Buenos Aires 1949). De esta edición deben haber sido tomados los textos, pues coinciden en la numeración de los poemas. Sin embargo, en la edición de París 1939 y en la de Méjico 1940, la estrofa no figura al final del poema sino como poema independiente (XII, sin título). Así **España aparta de mí este cáliz** es poema XV en las ediciones de París y Méjico; XIV en la de Buenos Aires y en la presente antología.

(4).—**César Vallejo y lo absoluto.,** en **Estudios Americanos** Vol. V, num. 20, mayo 1953.

hombre, y un niño... Esa humanización de lo divino arraiga en la conciencia, cada vez más lastimosa, que el poeta, como luego veremos, tiene de su propio cuerpo; "estas son mis sagradas escrituras", leemos por ejemplo en la Epístola a los transeuntes, *después de evocar los fundamentos corporales y animales de la persona en agonía" (5)*

Esta interpretación no encaja ciertamente en la interpretación del señor Romaña. Dice: "Más aún, [Vallejo] tiene absurdos momentos de un escatalogismo inverso, de humanización y planetarización de lo divino: la trinidad familiar, "yo tengo mucho gusto de ver así al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo" (PH, ed. Miró p. 232).

Este es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala;
estas son mis sagradas escrituras (PH 155)
Extremeño, dejásteme
verte desde este lobo padecer,
pelear por todos y pelear
. . . . . .
para que todo el mundo sea un hombre y para
que hasta los animales sean hombres
. . . . . .
y el mismo cielo todo un hombrecito (E 255)

"Son duros e inadmisibles todos estos versos de un seudohumanismo exasperado," prosigue, "que encuentran quizá su razón de ser en una reacción momentánea frente a su amargura y su hambre y sobre todo, frente a su habitual complejo kierkegaardiano de culpa —¿oscuro flagelo de su ascendencia? (6)— que lo sacude desde las raíces ya en su primer verso. Son rarísimos en su obra estos antropocentrismos extremos, negaciones positivas —es más fácil encontrar la ausencia negativa de trascendencia— y se diluyen frente a muchas otras citas que pudieran hacerse y haremos en parte: pero su escasez no los salva en él mismos aunque los sitúa en su verdadera categoría de rasgo poco acusado en el perfil vallejiano. El lector que busque pistas de arranque para su sentimiento religioso tendrá que ir a otras páginas". (p. 520)

Refiriéndose al dolor como elemento de la religiosidad vallejiana, R. G., cree que éste lo acepta como clima de vida, rebasado por su amor hacia el prójimo que ama por pequeño y necesitado de amor. Su ímpetu social *"no es marxista es humano; es, casi siempre en su inspiración y muchas veces positivamente, cristiano". Sigue el capítulo que trata el tema de la muerte; es curiosa la divergencia con Pacheco Vélez. Romaña niega el valor de la concepción —o del sentimiento— que Vallejo tiene de la muerte: "no tiene justificación ni explicación su actitud habitual ante la muerte", dice* (p. 521), *y ya estamos alejados de Santa Teresa y Quevedo. Para explicar su nueva posición y justificar su rechazo por uno de los temas más característicos y elogiados en Vallejo, recurre el señor Romaña "a un sondeo del alma americana... que ha de ser necesariamente intuitivo y breve"; sugiere la influencia del paisaje andino natal;* le echa la culpa *al marxismo. El marxismo vallejiano le ha resultado un arma de notable utilidad: alegremente desechado en algunos puntos aparece infaliblemente en otros para explicar todas las "desviaciones" del poeta.*

No puede negarse la ósmosis cristiana, formidable *en todo sentido en nuestra cultura. Pero concluir que la obra de Vallejo es "cristiana y aun católica en su deseo y en incidentales explicitaciones, pero en medio de lamentables y a veces graves, imprecisiones de términos y aun de ideas, que encuentran explicación, pero no justificación en su frágil formación religiosa y en su aventura vital" no es del todo convencedor. Antes, refiriéndose a otros poetas ha dicho R. G., que eran cristianos o al menos integralmente humanos, que ya es estar camino al cristianismo. Que la obra de Vallejo fué integralmente humana y no cristiana y católica (si bien existiendo estos elementos en la integración) es, aunque ello nos incluya entre los* pobres y ensombrecidos, *nuestro desacuerdo.*

LUIS LOAYZA

---

(5).—**César Vallejo, Hombre y Poeta, en Letras,** primer y segundo semestre de 1951; p. 82.

(6).—**Oscuro flagelo de su ascendencia.** No entendemos a qué se refiere el señor Romaña: si al hecho de que los dos abuelos de Vallejo fueran sacerdotes, si a su sangre india o española. Antes se ha negado a admitir la herencia india de Vallejo como determinante de su sencillez y humanidad; el apagamiento, la renuncia india, dice, se dará en el **inca** del sureste peruano "pero no en las verdes serranías norteñas, cuya rebeldía y alegría de vivir ha captado rudamente Ciro Alegría". La verdadera razón —¿la adivina el lector?— es el afloramiento "quiera o no, consciente o inconsciente" de veinte siglos de cristianismo. Lamentablemente parece que Vallejo se escapa a veces de la interpretación; llamar **absurdos** a estos momentos, querer pensar sólo en la amargura o en el hambre o —ahora sí— en la ascendencia, negarles importancia, en suma, es, para decirlo desapasionadamente, acientífico.

CRONICA

JORNADAS DE LENGUA Y LITERATURA EN SALAMANCA

En los últimos días de junio se dió comienzo en la Universidad de Salamanca a las Jornadas de Lengua y Literatura Castellanas, organizadas como uno de los primeros actos académicos en homenaje al VII centenario de la fundación de ese centro de estudios superiores, de tan resonante valor universal.

Reproducimos de un diario salmantino la siguiente lista de congresistas asistentes:

Argentina.—Atilio García Mellid, Daniel Devoto, Carlos A. Seri, María Lucero Ontiveros, Alfonso Solá González, Juan Antonio Ahumada, Dolly Lucero, señorita Pommerenck.

Colombia.—Eduardo Carranza, Javier Arango, Gutiérrez Girardot, Eduardo Cotte, Eduardo Valencia, Víctor Mallarino.

Cuba.—Francisco Ichazo, Carlos Lacalle.

Brasil.—Celso Ferreira da Cunha, Goncalves Fernandes, Matos Pereira.

Chile.—Rodolfo Oroz, Ricardo Latcham, Yolando Pino Saavedra, Isaac Echegaray.

Ecuador.—Darío Lara, Jorge Luna, Benjamín Carrión, Salvador Bueno, Jorge Luna Yepes, Humberto Toscano, Gonzalo de Zaldumbide, Navarro, Váscones Hurtado.

Estados Unidos.—Alberto Lopes, Beeker.

Méjico.—Alfonso Rubio, Manuel Arcalá, Edmundo Mecuchi.

Nicaragua.—José Coronel Urtecho, Ernesto Mejía.

Perú.—Enrique Peña Barrenechea, Estuardo Núñez, Luis Alberto Ratto, Jorge Puccinelli, José Manuel Cardona Montero, Leopoldo Chariarse Koster.

Portugal.—Campos de Figueiredo, Delfín dos Santos.

Italia.—Giuseppe Ungaretti.

Suiza.—Jakob Urech.

Rumania.—Vintilia Horia (nacionalizado argentino).

Alemania.—Fritz Schalk, Hans Janner, Willhelm Kellerman.

Gran Bretaña.—Reginald Brown.

Francia.—Pierre le Gentile, de la Sorbona.

Puerto Rico.—Luis Hernández Aquino.

Guatemala.—Adrián Recinos.

República Dominicana.—Antonio Fernández Spencer.

Uruguay.—Silvia Nieto, Alberto del Campo.

España.—Antonio Tovar Llorente, presidente; Alonso Zamora Vicente y Leopoldo Panero, secretarios generales; Manuel García Blanco, Ernesto Giménez Caballero, José María Valverde, Aurelio Viñas, Ildefonso Manuel Gil, José Manuel Blecua, José María Martínez Cachero, Enrique Moreno Báez, Angel Valbuena Briones y Dionisio Gamallo Fierro.

OBRAS GERMANAS SOBRE AMERICA

Las Publicaciones de Filología Moderna de la Universidad de California han incorporado a su muy valioso repertorio un importante aporte bibliográfico del Profesor Philip Motley Palmer, titulado *German Works on America, 1492 — 1800.* Se trata de un minucioso trabajo de investigación, que abarca 967 libros ordenados alfabéticamente por autores, y que amplía considerablemente los datos suministrados por Paul Baginsky (*German Works Relating to America,* New York 1942) y anteriormente por Joseph Sabin (*A Dictionary of Books relating to America,* New York 1868-1936). Palmer omite los libros alemanes publicados en América, por considerar que ya están anotados por Charles Evans en su *American Bibliography;* pero ha consultado un copioso número de bibliotecas europeas que antes no habían sido revisadas a este respecto, con lo que su trabajo alcanza una utilidad verdaderamente notable para los futuros investigadores.

En una breve introducción, el autor recuerda que la primera referencia alemana al Nuevo Mundo parece ser la de las cuatro líneas con que Sebastián Brant, alude a las navegaciones de España y Portugal en su *Narrenschiff* de 1494. La más antigua evidencia directa, la tuvieron los lectores alemanes tres años más tarde, en 1497, con la traducción del relato de Colón sobre su viaje del descubrimiento. La primera vez que se encuentra la palabra "América" en un libro escrito en alemán tiene la fecha de 1525, con la publicación de Lauretius Fries: *Yslegung der Mercarthen;* aunque desde 1507 Martin Walseemüller había propuesto el nombre en su *Cosmographiae Introductio.*

La recopilación bibliográfica de Palmer, como su título lo indica, termina al llegar al siglo XIX.

L I B R O S

DICCIONARIO DE HISTORIA DE ESPAÑA DESDE SUS ORIGENES HASTA EL FIN DEL REINADO DE ALFONSO XIII. Madrid, Revista de Occidente, 1952. 2 t.

La *Revista de Occidente* continúa con este Diccionario de historia de España la línea emprendida al estudiar con el mismo sistema la literatura española. Difícil —por la propia estructura de un diccionario— el juicio minucioso y exhaustivo, pues, al mérito del empeño y a la importancia y utilidad de la obra de conjunto se agrega la amplitud de la materia y el criterio, necesariamente complejo, para la incorporación de los asuntos.

Desde el punto de vista peruano interesa verificar el testimonio de la vida nuestra que asume el Diccionario: personas, instituciones, ideas.

Ramón Ezquerra y José Tudela desarrollan lo que corresponde al *Imperio de ultramar*.

En el segundo tomo, luego del registro alfabético de temas, aparece un *Indice historiográfico*, resumen de la bibliografía general de *Historia de España* de Luis G. de Valdeavellano; un *Indice cronológico* y dieciséis mapas en los que se presenta el desarrollo histórico de España.

El Perú, como asunto general, se halla en cinco artículos principales: *Incas, Perú* [*Conquista de*], *Perú* [*Guerras civiles*], *Perú* [*Virreinato*], *Perú* [*Independencia*]

El estudio sobre el Perú prehispánico es interesante por la presentación de los puntos generales, mas, fuera de diversos yerros en algunas transcripciones, no se subraya con la importancia debida el proceso de las conquistas incaicas.

La referencia al Virreinato omite consideraciones sobre la historia propiamente política, que en buena parte se halla en los artículos sobre los Virreyes.

El análisis de la Independiencia es preciso en la exposición de los hechos; no obstante, en la orientación del estudio se advierte la insistencia en temas ya superados. Al mencionar la ubicación del Perú en el hecho general de la emancipación americana, olvida la naturaleza típica del fenómeno y afirma: "Cuando, tardíamente y por impulsos exteriores, se sumó el Perú al movimiento general emancipador...", si bien advierte el desarrollo de los movimientos precursores.

Los trabajos sobre los Virreyes se apoyan en Mendiburu y otras fuentes generales, mas, el conjunto de los estudios no es uniforme, varios están retrasados frente a las últimas investigaciones, otros son muy breves y algunos gobernantes no se encuentran en el registro general. El artículo sobre Lemos es uno de los más pobres y reitera afirmaciones ya rectificadas por Riva-Agüero, Basadre y Lohmann; otros, como Velasco y Pezuela, merecen un análisis muy sucinto.

Uno de los aspectos más difíciles de considerar en su integridad es el que se refiere al registro de personas. Hay inclusiones dudosas, omisiones muy notorias y algunas referencias que insisten en lo accidental. El artículo sobre Lope de Aguirre —por ejemplo— si se le compara con otros afines, parece extenso y desproporcionado; en cambio los de Capaz y Canterac —para citar unos casos— son evidentemente incompletos. Otras menciones encierran clarísimos errores; entre éstas la de Torre Tagle muy curiosa por los yerros y confusiones: "[Torre Tagle] En enero de 1822, San Martín delegó en él sus poderes (Stevenson, Memorias, pág. 205). En estas funciones convocó el primer Congreso constituyente, que le eligió primer Presidente del Perú, si bien este cargo lo desempeñó de una manera puramente nominal, ya que el auténtico Presidente era el mismo San Martín (García Camba, Memorias, vol. II, págs 30-31). El cargo le fué disputado además por Riva Agüero, que logró derrocarlo mediante un golpe militar, en febrero de 1823..."

El artículo sobre Santa Rosa es impreciso y superficial. San Martín, en uno de los estudios menos acertados, no aparece con sus verdaderas calidades; su obra en el Perú apenas se advierte, y hay clarísimos errores al mencionar la obra política.

Los trabajos sobre las batallas de Junín y de Ayacucho encierran errores y diversos equívocos. El fin de la guerra del 66 no se halla claro en el *Diccionario*, pues, el artículo *Pacífico, Guerra del (1865-1866)* concluye así: "Marcharon después nuestros barcos al Callao, con cuyos fuertes y baterías sostuvo un temerario combate el 2 de mayo, y, una vez que España dejó colocado muy alto su glorioso pabellón en aguas americanas, abandonó aquellos lugares". El eufemismo es evidente.

Uno de los aspectos más útiles de este Diccionario es el que dedica al estudio de las instituciones en Indias. Hay precisión, claridad en el análisis de los elementos y serias comparaciones. Las instituciones principales que aparecen en el registro son las siguientes: *Adelantado, Alcabala, Alcaldes de indios, Almirante, Almojarifazgo, Capitanes generales, Casa de contratación, Casa de moneda, Colegios, Concilios, Consejo de Indias, Consulado, Corregidor, Correo, Doctrineros, Encomenderos, Encomiendas, Evangelización de América, Extranjeros, Gobernación, Hacienda, Huestes, Inquisición, Intendentes, Juicios de Residencia, Juntas consultivas, Juzgado, Leyes de Indias, Leyes nuevas de 1542, Lugarteniente, Mitas, Mitayos, Municipio, Naturaleza, Oficios concejiles, Oidores, Patriar-*

cado, Patronato real, Reducciones, Regalías, Repartimientos, Requerimiento, Secretaría, Títulos del dominio sobre las Indias, Tributos, Universidades, Virreinato, Virrey y *Visitadores.*

Los artículos *Ilustración en América, Imperio español, Incorporación de las Indias,* consignan útiles reflexiones.

Para el Perú y para la América interesan los artículos: *América* [*Prehispánica*], *América* [*Descubrimiento*], *América* [*Nombre*], *América* [*Conquista y colonización*], que subraya la doctrina y el espíritu de la empresa, *América* [*Población*].

Uno de los mayores aciertos del Diccionario está en los artículos: *Emancipación de América* [*Antecedentes*], y *Emancipación de América.* Al análisis de la totalidad del hecho histórico se agrega una muy clara orientación principista de acuerdo con las nuevas corrientes historiográficas. Es frecuente entre españoles la consideración de las causas de la independencia desde un aspecto exclusivamente peninsular, con olvido clarísimo de la idiosincracia americana del problema. Pues bien, Ramón Ezquerra en el artículo *Emancipación de América* afirma precisamente: "Las causas fundamentales, de las que derivan las otras, se concretan en la madurez y desarrollo adquirido por las naciones hispanoamericanas y en la rivalidad del criollo con el peninsular. El primer concepto, aunque parezca un tópico, es la realidad básica sobre la que se asienta la independencia: lo que no habría sido viable en el siglo XVI —a raíz de las rebeldías de los conquistadores o de la residencia india— lo era a comienzos del XIX, debido a la labor realizada por España, gracias a la cual sus posesiones americanas no eran colonias —en la realidad geográfica y sociológica, aparte del concepto legal—, sino países de cultura cristiana y europea y prolongación en todos los aspectos del Viejo mundo. Por su organización política y administrativa, por su desarrollo social, económico y cultural, las provincias americanas, en la conciencia de los criollos y de sus elementos más capaces, se sentían con plenitud histórica aptas para la vida independiente y para constituir estados autónomos, susceptibles de proseguir dentro de la órbita cultural europea y de no ser meras colonias de carácter indígena segregadas de la metrópoli ... Relacionada con esta causa estaba otra primordial, y era la formación de pueblos americanos distintos del peninsular, modelados por un medio geográfico diferente, otro clima, diversa adaptación, economía peculiar, necesidades de todo orden satisfechas de otro modo, costumbres nuevas, influjo poderoso del elemento indio y de su antigua cultura, alimentado por su fuerte mestizaje, en mayor o menor grado según los países; en resumen, una vida diferente de la de España, y que forzosamente había de influir sobre la comunidad de sangre, religión, cultura, ciudadanía e intereses; gradualmente los elementos diferenciados adquirían primacía sobre los conexivos; fundamental era la diferencia surgida de carácter y temperamento entre peninsulares y criollos".

Pueril sería la insistencia en algunas omisiones secundarias dentro del cuerpo general del Diccionario; sin embargo, la ausencia de determinadas figuras fundamentales de la historia del Perú si conviene advertirla. Al Inca Garcilaso se le menciona simplemente cuando se refiere a la vida de su padre; de Hojeda y de Peralta no hay noticia fundamental en el Diccionario; tampoco de Fray Tomás de San Martín, de Toribio Rodríguez de Mendoza y de José Baquíjano y Carrillo. Vizcardo y Guzmán, el precursor doctrinal por excelencia de la independiencia hispanoamericana, aparece simplemente como un dato en la biografía de Miranda. La inclusión de personas de orden muy inferior en el Diccionario explica la advertencia, como ejemplo, de estas omisiones.

Tampoco aparece claro el criterio para la incorporación de las ciudades y de diversos elementos geográficos.

JOSE A. DE LA PUENTE C.

JULIO F. GUILLEN, ***Independencia de América. Indice de los Papeles de Expediciones de Indias.*** **Tomo I (1807-1817), Tomo II (1818-1839), Tomo III (Indice). 3 vols. de 384, 280 y 133 pp. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Histórico de Marina (Madrid, 1953.)**

La diligencia del ilustre Académico don Julio F. Guillén, que entre otros cargos con igual lucimiento ocupados, desempeña el de Director del Archivo General de Marina "Alvaro de Bazán", radicado en la manchega población de Viso del Marqués, alumbra esta nueva fuente documental del pasado hispanoamericano, facilitando el conocimiento de los fondos conservados en los legajos que llevaban el rótulo "Expediciones de Indias"; procedentes del antiguo archivo de la Secretaría de Estado del Despacho de Marina. Las 4,600 papeletas recogidas en estos dos volúmenes reseñan otras tantas piezas que cubren el período más agitado de las relaciones entre la Metrópoli y sus posesiones en Ultramar, que se abre en los albores del siglo XIX (los primeros documentos registrados en este repertorio datan de 1805) y se cierra cuando ya aquellas comarcas llevaban una vida independiente.

En un repertorio como el que tenemos a la vista, donde los documentos impor-

tantes se acumulan a porfía, es por todo extremo difícil empresa la redacción de una simple nota bibliográfica. No cabe ni la rutinaria reseña a base de una somera lectura del índice, ni señalar ésta o aquella pieza, que en todo caso acreditarán o la particular afición o la determinada versación del comentarista y porque ninguna se puede desvincular del conjunto, supuesto que cada una enlaza con las restantes, ni menos aún es hacedero siquiera dar una idea del contenido general del catálogo. Esto último entrañaría —¡ahí es nada!— sencillamente bordar el cañamazo de una historia de la Marina española, entendiendo bajo tal denominación tanto la que navegaba en la zona metropolitana, como aquella que recorría singladuras esquivando corsarios, contrabandistas y barcos insurgentes, en las aguas americanas y filipinas. Y toda esta dispersa y heterogénea actividad, durante casi cuarenta años, y precisamente los más agitados y complejos de toda la evolución de las relaciones entre España y sus posesiones ultramarinas.

Fácil recurso para eludir cualquiera de los escollos enunciados, sería el de lanzarse por el cómodo sendero de las especulaciones y comentarios, que poniendo en juego los datos que menudean en los documentos acerca de la ojeriza a la Marina de institutos similares, de la incomprensión de la burocracia, o trayendo a cuento hueras imprecaciones sobre el abandono (v. el documento número 3972), injustas acusaciones, falta de caudales, ceguera obstruccionista (v. el documento número 3,068) o atraso en la concepción táctica, permitan formular afirmaciones definitivas sobre las causas que embarazaron que en su momento, la armada española, de tan noble tradición, estuviera a la altura de las circunstancias y de su historial.

De hecho, este catálogo permitirá atender a un efectivo enfoque "marinero" de los eventos de la Emancipación americana. Ciertamente se registraban en las historiografías locales serios y meditados estudios sobre la Marina de cada uno de los países del Continente, pero se echaba de menos una visión general de todas las actividades desarrolladas por la Marina en el período de referencia. La guerra terrestre, por razones de sobra conocidas, ha llenado casi por completo las páginas de los libros dedicados al pretérito americano. Este registro documental, preparado con tan prolija minuciosidad y ciñéndose al orden cronológico, viene a suplir dicha deficiencia, proporcionando de un modo fácilmente accesible la referencia de millares de noticias utilizables para redactar monografías sumamente novedosas, tanto más si se considera que se trata de un material prácticamente intocado, ya que aparte de Fernández Duro, nadie lo ha beneficiado.

El catálogo ha conservado la tradicional división por zonas jurisdiccionales y conceptos que prevalecían en la nomenclatura burocrática de aquella época. Ello permite desligar del conjunto total, con el auxilio subsidiario de completísimos índices, el aspecto, época o pormenor que se encuentre bajo consideración. Este último extremo reviste particular importancia, habida consideración de que el panorama que cubre este repertorio es todo un Continente, más Filipinas, vinculado todo estrechamente con la Metrópoli y a su vez, las distintas comarcas entre sí, conforme lo exigieran las vicisitudes de la guerra, las circunstancias de la política de la Monarquía, o las conveniencias de las relaciones internacionales.

Dada su índole de elemento de comunicación y contacto, en la Marina se advierten registrados con mayor puntualidad los vaivenes de la política metropolitana y los percances, reveses y triunfos, de la guerra separatista. Los ejércitos terrestres, por su relativa inmovilidad, no acusan tan perceptiblemente el influjo de la variación ideológica, del cambio de los hombres rectores o la divergencia en las concepciones tácticas, como la Marina. Tampoco en los ejércitos realistas se manifiesta la impronta de la Metrópoli tan nítida como en la Armada, en más estrecho contacto con los organismos centrales y con las novedades ideológicas que aquéllos, en buena parte desconectados por la misma evolución de la guerra, que los confinó en distintos territorios americanos.

La presencia de navíos norteamericanos en aguas jurisdiccionales españolas en Hispano-América, con su encubierto u ostensible apoyo a los insurgentes, la ayuda a éstos de algunas Cortes europeas, revistiendo en algunos casos forma tan extraña como la asociación de contrabandistas franceses navegando bajo pabellón norteamericano, o las actividades de corso que emprendieron algunas comarcas en vías de emanciparse, plantearon problemas que en la lucha terrestre no entraron en consideración. Para el examen de tan sugestivos temas brinda el presente índice documental una copiosa aportación de noticias.

El tercer volumen, amén de un nutrido derrotero para localizar nombres distribuídos en los dos tomos iniciales, contiene una nómina de los americanos que ingresan en la Real Armada desde el empleo de Guardia Marina, padrón muy interesante para hacerse cargo de la preparación y formación técnica de muchos marinos que luego alcanzaron alta graduación en las incipientes Marinas de los países americanos.

Para nuestra historia particular en aquel período, tan decisivo, menudean las referencias documentales sobre el viaje de los exilados de la intentona del Cuzco en 1809, sobre el del Obispo Chaves de la Rosa y su Secretario Luna Pizarro, sobre una expedición que intentan montar en 1811 varios limeños radicados en Cádiz, la presencia del famoso Illingworth en Bilbao corriendo 1817, informaciones de primera

mano sobre el puerto del Callao en todos sus ramos, detalles sobre la campaña náutica de Brown, las andanzas de unos agentes revolucionarios desconocidos hasta ahora, Escobar y Manuel Inca Yupanqui, datos novedosos acerca del famoso Rico y Angulo, las correrías de Cochrane vistas desde el ángulo de la Marina virreinal, en suma, informaciones de subido valor sobre todas las actividades defensivas y ofensivas de las autoridades virreinales desde 1805 hasta la caída de su poder. Todavía se registran noticias en años posteriores, éstas concernientes a impresiones recogidas por diversos agentes sobre los momentos iniciales de la vida política independiente.

GUILLERMO LOHMANN VILLENA.

EMILIA ROMERO, *El romance tradicional en el Perú*. El Colegio de México, (México, 1952). 129 pp.

Considera Tamayo Vargas a la copla como la "manifestación primera, típicamente española aún, del conquistador que repite las formas lugareñas". Y es con una copla que Juan de Saravia —a quien últimamente Raúl Porras ha transformado en Juan de la Torre— da comienzo a nuestra literatura castellana. A partir de esta fecha, 1527 (ó 1532, según las investigaciones de Porras) es posible rastrear, como lo intenta E. R., el romancero tradicional en 400 años de historia.

Andahuaylas, 1547. Gravemente enfermo, Francisco de Carvajal accede a recibir al P. Márquez, su capellán; y, en lugar de confesarse, cosa a que lo habían convencido amigos y soldados, le pide cante el romance de Gaiferos o las coplas del Marqués de Mantua. Si hemos de creer en esta anécdota que nos traen Gutiérrez de Santa Clara, el Palentino y Calancha, tendremos una idea de la popularidad de que gozaba el romancero tradicional en el Perú, veinte años, apenas, después de su descubrimiento.

Desde aquel día de Noviembre de 1537 en que Francisco de Godoy previene, con lealtad, a Almagro el Viejo que conferenciaba con Pizarro, por medio del entonces tan difundido romance que empieza "Tiempo es el caballero, tiempo es de andar de aquí...", hay innumerables huellas de la presencia del romancero tradicional entre nosotros. No deja de tomar en consideración E. R., los romances peruanos, "pero al lado de los romances locales siempre aparece el tradicional español" (p. 15). Error suyo, consideramos, es el haber tratado como *romance tradicional en el Perú*, aquel que, a partir de Medina, viene atribuyéndose a Alonso Enríquez de Guzmán. Apreciación detenida de su contexto, ha llevado a historiador de la talla de Lohmann Villena a asegurar el haber sido escrito en España, y a no ver en él una obra peruana, sino solamente el entronque que tiene con el Perú.

Siempre hay oportunidades para la composición de romances locales. Sin embargo, en el Perú "no hubo, al parecer, músico que se inspirara en tales hazañas", dice E. R., refiriéndose a las de la Isla del Gallo, la rebelión de Manco Inca y el sitio del Cusco, la expedición de Gonzalo Pizarro al "Dorado", el descubrimiento del Amazonas, etc. (p. 17). Simplemente, discrepamos de esta afirmación.

Sobre *Los libros de ficción y los romanceros* trata el tercer capítulo de la obra. Todos los libros de caballería hallaban, en América, gran acogida. Y parece que provocaron exagerado entusiasmo, pues la Corona tuvo que recordar, mediante las Reales Cédulas de 1536, 1543, y 1575, aquélla que en 1531 había expedido la reina Juana prohibiendo el pase de los libros de "ystorias y cosas profanas". Junto con los libros de caballerías, pasaban cancioneros y romanceros. Además de las ediciones conocidas del *Cancionero General* de Hernando del Castillo, del *Cancionero de Romances*, de la *Silva de varios romances* y del *Libro de los quarenta cantos pelegrinos, el* número de romances en pliego suelto que debió haber pasado América es asombroso. Rodríguez Marín ha encontrado datos precisos sobre ello; al lado de libros y mercaderías, se embarcaban resmas de coplas. Curioso es el dato de I. A. Leonard: en 1583, el librero Juan Jiménez del Río pide a España "25 romanceros de romances franceses y no castellanos". Es dato que habría pedido minuciosa exploración.

A partir de 1590, disminuyen notablemente los envíos de romanceros, disminución proporcional al aumento en los de novelas pastoriles. No obstante, se sabe que en 1598 cancioneros llegados de Europa costaban un real cada uno.

El quinto capítulo de la obra se refiere con cierta extensión al códice de 1672, con anotaciones de su primer dueño, Fr. Gregorio de Zuola, muerto en el Cuzco en 1709. Dichas anotaciones, de carácter histórico, nos permiten "ahora tener idea de lo que se cantaba y recitaba por entonces con autorización de la Iglesia" (p. 35). De dicho códice, nos han traido noticias ya Ricardo Rojas é Ismael Moya. En él aparece un romance de Lope de Vega (*La fortuna de Diana*), otro relativo a Pedro I de Portugal y otros once romances anónimos. El resto del capítulo es una enumeración de cerca de sesenta fichas, en su mayoría tomadas de Medina y Sánchez, pertenecientes al período entre 1651 y 1815 (?). Dedica breves líneas a Caviedes —dividiendo y enumerando su obra— y a Fray Francisco del Castillo, sin ocuparse de cuanto pu-

do considerar como referente al romancero tradicional.

El verdadero mérito de la obra de E. R. está en el último capítulo: *En los tiempos actuales. Otra vez el romance tradicional.* Desde *Los Romances en América* de Ramón Menéndez Pidal, 1906, poco se ha hecho para recoger las versiones que aún andan dispersas en el Perú. Este capítulo de E. R., resulta por eso útil aportación. Recurriendo al testimonio de casi cuarenta personas, en su mayoría de Lima, logra agrupar gran cantidad de variaciones correspondientes a dieciocho romances diferentes: *Las señas del esposo, El caballero que busca esposa, Delgadina, Rosalinda (o las tres hermanas), Mambrú, La esposa difunta, Don Gato, La santa Catalina, La pastora, Nicolás, La monjita, Romance del caballero enamorado, La esposa infiel, Arrullos, Romancillos del Niño Jesús, El casamiento del piojo y la pulga y Los diez perritos.* Es indudable que con un trabajo sistemático en todo el país, sería posible obtener un número —seguramente mayor— de versiones. Sin embargo —y en ello, el mérito de E. R.— haber conseguido de un reducido grupo de personas entre 8 y 80 años el elevado número de diez versiones de *El caballero que busca esposa* y hasta doce de *Don Gato,* revela un esfuerzo considerable de selección.

De gran utilidad para futuros estudios sobre el tema, es la bibliografía, que indica E. R., relativa a la difusión en América de cada romance. Algunas ausencias no invalidan su provecho.

La singular importancia de este libro es haber iniciado —por fin— el estudio del romancero tradicional en el Perú actual.

ALBERTO VARILLAS MONTENEGRO.

MARTIN DE RIQUER, *Los cantares de gesta franceses.* (Sus problemas. Su relación con España), Madrid. Ed. Gredos. (1952) 409 pp.

Frente al nacimiento de los cantares medievales, la crítica moderna ha abandonado las antiguas e irreconciliables posiciones que podían señalarse personificadas en sus exponentes más notables: Gaston Paris y Joseph Bédier. La lucha de ambas escuelas parece que ha terminado; los críticos más sagaces creen posible la conciliación de tendencias que se creyeron extremas. Martín de Riquer, profesor en la Universidad de Barcelona reúne en este útil libro, pese a su carácter puramente introductor, argumentos lógicos y científicos que nos prueban haber superado la pugna antedicha.

El libro que nos ocupa estudia, dentro de una clara y lógica estructura, los diferentes ciclos de la épica francesa durante el medioevo. Sus ocho llamaremos capítulos, "aspiran a cubrir una necesidad didáctica y a convertirse en un instrumento útil para todo aquel que quiera iniciarse en la materia". Y en verdad que logra a conciencia tal misión. Aún podría agregar que, gracias al enfoque exacto y a la selecta bibliografía que señala en ciertos puntos, la opinión del autor puede ser partida de una investigación más profunda.

No desconoce el público las incidencias a que da lugar el primer cantar francés conocido: la *Chanson de Roland;* R. enfrenta con cuidado especial la ardua tarea de presentar un resumen de la inagotable literatura crítica que ha inspirado: el hecho histórico, la batalla en Roncesvalles, claramente documentado por los contemporáneo; cómo esa derrota de las fuerzas imperiales sea objeto de una disimulación o sea rebajada al buscar el castigo a la afrenta. Llegamos a ese momento —común por lo demás al juzgar la mayoría de cantares— a ese momento en que la leyenda se convierte en poesía, en hermosa aunque ruda poesía. París, siguiendo a los románticos ve la composición de los cantares como simple superposición de hipotéticas *cantilenas* nacidas del alma popular, inmediatas al acontecimientos; obedecen a las viejas costumbres germánicas que documentan los historiadores latinos; en resumen, estamos frente a la adaptación francesa de las teorías de Wolf, Lachmann y Herder. Bédier sale en defensa del carácter francés que tienen los cantares: con la celebrada lucidez de Francia, la lógica rectilínea, la erudición sana, da un paso original: *localizando* los relatos advertimos que la mayoría de ellos gira alrededor de un convento abadía o lugar de religión que —coincidencia sospechosa— está en las inmediaciones de las rutas de peregrinaje. Es aquella época de fé que lleva a los hombres hasta la lejana Galicia, a rezar ante la tumba de Santiago, o bien a Roma y más especialmente a Jerusalem. Encuentra así B. la abadía de Roncesvalles para la aparición de la Chanson de Roland, la de Gellone para el cantar de Guillermo, la famosa de Saint Denis para algunos del ciclo de Carlomagno, las de Stavelot y Malmédy para el de Reinaldos, las de Vézelay y Pothieres, en lo referente a Girart de Rossilhó, de Vienne o de Fraite, entre las más conocidas. Es natural, argumenta B. que los monjes quisiesen retener a los pasajeros para asegurar su manutención con las pías ofrendas y para ello, nada mejor que azuzar la curiosidad de las abigarradas multitudes con el relato de la vida y milagros —que de todo había— de tal o cual fundador, protector o monje de la abadía. Algún fraile, sobre la base de un cartulario, quizá de algún poema u otro cronicón hagiográfico, componía *él,* obra personal, un cantar de gesta que, en algunos casos era verdadera creación de genio.

Así el cantar era netamente francés, no guardaba relación de continuidad con el hecho histórico, revela claramente el estado de la sociedad religiosa y caballeresca de los siglos XI, XII y XIII, que testimonian el establecimiento definitivo del sistema feudal. La supervivencia de cantares tales como los del ciclo de Guillermo demuestran que la autoridad no era tan fuerte como para absorber la actividad poética en favor de la realeza: se canta simple y exclusivamente un linaje que no es el real y que está contra el poder central más veces de lo que éste hubiera deseado. Más grave es la existencia de cantares sobre vasallos en franca rebeldía: Ogier, Isembart, Raoul de Cambrai, Renaut, Girart y otros cuentan con la simpatía del autor, clérigo o juglar. Y posiblemente la del público. ¿Qué podemos ver si nó el reflejo del estado histórico que late en forma de luchas, de particularismos, irredentismos, disensiones entre señores?

Pero Bédier llevó demasiado lejos la certidumbre de ciertos hechos; cómo poder explicar la enorme distancia entre el hecho y el cantar; cómo la figura de Carlomagno centralizando todas esas luchas; llegando a prolongar su edad a proporciones bíblicas, colocándolo de paladín en soñadas expediciones a España, en luchas contra *sarracenos* en Bretaña y Sajonia, haciéndolo viajar a Oriente y visitar Jerusalem. Demasiados son los cantares que carecen de originalidad y se ajustan con tierna fidelidad al modelo conocido: el emperador comete tal injusticia y el caballero huye de la corte; recorre tierras fabulosas y en una de ellas es aprisionado. Salva del cautiverio gracias a la ayuda de la joven hija del rey por cuyo amor lucha desaforadamente. Nuestro héroe llega a la corte donde después de algún duelo judiciario o de la participación de algún mago, se descubre la verdad y se reconcilia con el monarca. Claro que los poetas introducen tal o cual enmienda: gigantes forzudos que se convierten en cristianos, esposas abandonadas que, como Genoveva, sufren la mar de peripecias, pierden a sus hijos para luego encontrarlos y regresar donde el esposo, etc., etc.

El resto del contenido de los cantares lo constituyen las batallas y las rencillas palaciegas. Es siempre un primer cantar —bastante meritorio por lo demás y apoyado en tal o cual hecho verídico— el que inicia el ciclo; inmediatamente después, aprovechando la popularidad que alcanza, surgen imitadores que se dedican fervorosamente a inventarles descendencia, ascendencias y toda clase de parentela colateral. A veces también se injerta otro ciclo menor, apoyado en otro iniciador; se juntan geneologías inacabables que, aumentadas en las refunciones y prosificaciones sucesivas acabarán por desmantelar la razón del bueno de don Alonso Quijano. Pero sería simplista reducir todo a estos términos. Hay cantares, que, como la misma "Chanson de Roland" parecen obedecer a una tradición legendaria y no a una simple invención. Riquer se muestra partidario de una tesis ecléctica: la serie de argumentos aducidos por Paris y sus seguidores llevan a aceptar la existencia de las cantilenas o lo que se llamaron, pero el cantar no podría ser el fruto de una colectividad anónima; un poeta, una verdadera personalidad se inspiró en esas cantilenas y también, dando razón a Bédier, en relatos conventuales, dando razón a Lot, en tradiciones dinásticas; se impone al crítico apreciar cada cantar con sus caracteres particulares; no es posible verlos desde el mismo ángulo, las diferencias históricas que presiden su aparición son diferentes. El poeta debió tener *elementos* informativos diversos, tradición oral que remontara hasta los hechos, cantos latinos, relaciones hagiográficas, etc. Sobre eso construyó su cantar.

Entre los problemas interesantes que el autor trata de resolver está la identificación de Turoldus, relacionada con la fecha de la "Chanson de Roland" y la del poeta Guiraut de Cabreira, autor del "Ensenhament" que incluye como apéndice del libro. El primero parece ser Turoldus de Fécamp, benedictino que interviene en Hastings, lugar donde parece se cantó la Chanson y que aparece representado en la tapicería de Bayeux alusiva a la batalla. Interpretando el discutido "declinet", como "parafrasea", sería el autor del cantar, apoyado en una gesta latina, una posible "Gesta Francorum". El "Ensenhament" dirigido al juglar Cabra es importante porque documenta la existencia, en la época en que aparece, de muchísimas obras, cantares, fabliaux, etc. Riquer se inclina por Gerau III, casado con Berengera de Queralt. Por una alusión a Alfonso II, parece ser escrita entre 1169-1170. En cuanto a la fecha de la Chanson, parece haber sido redactada, por lo menos según el manuscrito de Oxford, entre 1090 (testimonio de la numismática) y 1087, batalla de Zalaca. En todo caso, R. piensa que las más antiguas epopeyas francesas son anteriores al siglo XI, y estuvieron compuestas en versos asonantes.

El libro que nos ocupa tiene otro especial interés: trata de establecer las relaciones de los cantares de gesta franceses con España, ya como escenario de un cantar (Roland, Guillelme), ya apoyado en leyenda española (Mainet, Anseis de Cartage) ya derivado en romances (Suspiros de Baldovinos, Nuño Vero, los de Montesinos, Melisendra, Gaiferos, Baldovinos y el Marqués de Mantua, Reinaldos etc.) ya en forma de relatos en prosa o novelas de caballerías (La Gran Conquista de Ultramar, Historia de la reyna Sebilla, quizá "El Caballero Zifar", etc.) o también, más tarde, en piezas teatrales de Lope, Calderón, Cáncer y Velasco y otros. Hay que anotar un hecho curioso: en España

se trata con mucha libertad la materia épica francesa, se trastroca nombres y geografía, se inventan personajes como Bernardo del Carpio y se incluyen en esos cantares o sus derivaciones. También señala Riquer la trascendencia europea de algunos de los cantares, dada la popularidad a que llega todo relato francés de la época.

El libro termina incluyendo el discutido fragmento de la Haya, traducido por Juan Petit, profesor de la Universidad de Barcelona, que parece significar la existencia de un canto épico latino sobre tema medieval. Su fechación es discutida. El autor se inclina por el período que cae entre 980 y 1030.

ENRIQUE CARRION O.

ANTONIO RODRIGUEZ-MOÑINO, *Catálogo de Memoriales presentados al Real Consejo de Indias* (1626-1630) .... (Madrid, 1953). 291 pp.

Con la pulcritud y esmero ya característicos en los repertorios que ha publicado hasta ahora el diligente erudito extremeño, nos llega este registro de recursos e instancias presentados ante el Consejo de las Indias desde 1626 hasta 1630, y que en su tiempo fueron recogidos, hasta constituír tres volúmenes, por el magistrado del enunciado organismo, don Luis de Paredes y Tapia. Con singular celo, logró éste recoger 430 piezas impresas y manuscritas, en su gran mayoría acaso ejemplares únicos, habida consideración de la corta tirada que se hacía de dichos memoriales, y la facilidad con que desaparecían, dado su poco volumen y valor transitorio, supuesto que estaban orientados únicamente para servir de auxiliar en las deliberaciones o consultas de los funcionarios del Consejo, trayendo a su memoria los méritos y servicios contraídos por el interesado en el trascurso de su vida. En la actualidad, es feliz poseedor de esta serie documental el conocido historiador Conde de San Miguel, que la guarda en su biblioteca de Cáceres.

Merece beneplácito por la eficaz tarea que se ha impuesto Rodríguez-Moñino, de divulgar la existencia de estos veneros de noticias inéditas —valga la paradoja, no obstante hallarse en papeles impresos, por la rareza de ellos—, continuando la orientación, por lo que en punto a instrumentos de trabajo para la historia americana se refiere, iniciada con el catálogo de los fondos de la Colección de Jesuítas depositada en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

El material reseñado en este inventario, incluye relaciones de méritos y servicios, memoriales de pretensores a plazas y cargos en las Indias, y las tan frecuentes propuestas de arbitristas, que desechando el aspecto utópico de los remedios aconsejados, contienen observaciones sumamente sugestivas sobre puntos de régimen administrativo, intercambio comercial, problemas de índole económica o en fin, facetas de vida urbana o social dignas de atención. La colección acopiada por el Consejero Paredes y Tapia, reúne un muestrario de toda suerte de papeles, y como en todos ellos aquél tuvo la precaución de consignar la fecha en que fueron vistos en el Consejo, es fácil datarlos a lo largo del lapso 15 de agosto de 1626 a 14 de diciembre de 1630, que cubre este repertorio.

Las descripciones de cada pieza se ajustan a los cánones vigentes en bibliografía, y abundan los extractos y aun extensas trascripciones o notas sueltas, amén de las indispensables prevenciones biográficas relativas al impreso colacionado o a las personas en él aludidas.

Huelga relevar la importancia que poseen estas noticias biográficas, aun a despecho de su minúsculo valor, para reconstruir hechos o circunstancias desvaídos o sobre los cuales no abunda documentación conocida hasta ahora.

El catálogo se cierra con un índice general, que incluye tanto los apellidos como los lugares geográficos referidos en las piezas reseñadas.

GUILLERMO LOHMANN VILLENA.

ERNESTO MEJIA SANCHEZ, *Antología*. Madrid, (Ed. Cultura Hispánica), 1953. 35 pp.

He aquí un caso de sabiduría poética. Ernesto Mejía Sánchez mismo es ese solitario del que habla, "sabio en predicciones; en sueños, en secretas palabras". El resultado es poesía. Tal vez ése sea el único defecto de este libro. Poesía casi en pureza, como resultado de una paciente alquimia que va destilando la voz hasta hallar imposibles sutilezas y precisiones. Y no hay más que eso: en sus mejores momentos quedan alejadas las circunstancias fortuitas, la influencia temporal, las fórmulas y reglas consagradas, y queda aprisionada una indiscutible calidad poética.

Quizás si los cinco primeros poemas son los mejores del conjunto. Sobre todo el segundo, titulado *El ángel*, cuya atmósfera mágica parece haber sido lentamente elaborada, hasta lograr una perfecta armonía y dar la idea de un acierto constante en la apretada sucesión de sus versos. Creo que la reproducción del principio y el final bastará para hacer ver la calidad de este poema:

Yo concluía las noches con un sueño. Yo conjuraba a alguien en un sitio secreto. Yo contaba unos números. Y alguien,
que no sospechas, nacía entre la sombra...
. . . . . .
Y como cada noche nacía con forma diferente, para no equivocarme, yo coloqué a este ángel en un sitio secreto; y le puse su número.

De similar estructura, encantada y sorpresiva, es el poema número cinco, *La Parlona.* Si bien en las primeras páginas parece estar lo mejor del conjunto, hay en las páginas siguientes aciertos remarcables. Así, vale citar con interés, un poema, *Los ojos deseados,* inspirado en un verso de San Juan, y desarrollado con gran originalidad; y también es de interés, al menos, pese a cierto ademán retórico y forzado, el poema final, de homenaje a Pedro Salinas, muerto en el destierro, y que se titula, precisamente, *El Desterrado.* La inclusión del soneto de la página 21 parece, en cambio, desacertada; es bastante notorio que desentona con las sutilezas anteriores su desarrollo académico y su final sonoro y anticuado: *Sólo contigo venceré a la muerte.* El título del libro, *Antología,* justifica, sin embargo, su presencia.

En la parte formal el dominio del verso es verdaderamente elogiable. Mejía Sánchez resuelve con maestría los problemas que se le presentan. Su ritmo es nervioso, ágil, y en los poemas se suceden los encabalgamientos muy de acuerdo con las sutilezas que encierran. Cabe anotar, de todas maneras, un ejemplo (*El leopardo,* p. 14)., donde el verso queda extrañamente suspendido en un artículo. Es resaltante este caso porque sucede en mucha de la poesía joven hispanoamericana y se ha producido también en el Perú. Tal vez se trate de evitar, con este corte repentino, el alargamiento desmesurado y prosaico del verso; pero no es esta la verdadera solución sino, más bien, una manera de esquivar el problema. Probablemente la intención sea significativa, y quiera remarcar el contenido de la primera palabra, el sustantivo, del verso siguiente; pero la pausa hace resaltar, en todo caso, la última palabra del verso, que siendo un artículo no tiene significación alguna.

En realidad todas las salvedades hechas a esta *Antología* se refieren a minucias. Una cosa es cierta: que Mejía Sánchez nos ha entregado un libro de excelente poesía, cuya lectura al par que cautivante es provechosa. Este joven escritor nicaragüense nos indica también la existencia de una poesía hispanoamericana última de indiscutible valor.

WASHINGTON DELGADO.

JOSE RIQUELME SALAS, *Examen médico de la vida y pasión de Jesucristo.* Madrid, 1953, 171 pp.

Tratándose de asunto tan vidrioso, el *Nihil obstat* y el *Imprimatur* del Arzobispado de Valencia significan en este caso, aparte la garantía de la ortodoxia del libro, un indicio para el lector de que por lo menos no hallará esa deformación apocadora de lo noble a que son propensos el patógrafo materialista o el médico positivista sin vuelo, amigos de embobar a la gente resentida mediante una suerte de prestidigitación mental que consiste en trastrocar lo sobrenatural por la "explicación científica", misticismo por histeria, ideal por instinto, etc. etc. El libro de Riquelme Salar supera la esperanza preliminar. Pone al servicio de la reconstrucción del proceso humano y somático de la vida y Pasión de Cristo el saber médico contemporáneo, ciñéndose al dato evangélico y haciendo uso de un riquísimo acopio de erudición acerca de lo teológico y lo tradicional. Lástima es que la exposición escrita, quizá regusto de su primitivo destino oral, dificulte la lectura de cada ensayo o capítulo debido a cierta falta de orden por nivelación de lo principal y lo accesorio.

Contiene el libro: Bibliografía; Nota Preliminar de Fr. León, O. F. M. Obispo de Teruel; un Prólogo de C. Blanco-Soler, que es un ensayo luminoso y pulcramente escrito sobre "La muerte de Cristo vista por un médico"; I.—¿Cómo era la figura y el perfil humano del Salvador? II.—El ayuno cuaresmal del Señor en su proyección médica. III.—Significación y carácter de algunas enfermedades curadas por Jesús. Etiología y patogenia de la fiebre "fuerte" de Perpetua, suegra de San Pedro. IV.—Aspecto médico de la Pasión de Cristo; el sudor de sangre y la flagelación. V.—Jesús con la Cruz a cuestas, camino del Calvario. ¿Llevó sobre sus hombros los dos brazos de la Cruz? Técnica de la Crucifixión. VI.—Reflexiones sobre la muerte de Cristo. Nuevas investigaciones anatómicas sobre el problema de la lanzada del centurión. La Iglesia y la representación artística del Crucificado. VII.—¿La Sábana Santa de Turín es, ciertamente, el sudario que envolvió el cuerpo de Nuestro Señor? Epílogo por Juan Leal, S. J.

Naturalmente, investigaciones de la naturaleza que aborda el autor apenas si despegan del terreno de lo puramente conjetural. Lo valioso reside en lo interesante y sugestivo de los temas, que J. R. S., muestra con unción no carente de cierta eficacia edificante. Todo ello compensa con creces el bizantinismo inherente al paleodiagnóstico o diagnósticos médicos a larga distancia abordados también en el, de todas maneras, interesante y serio libro de Riquelme Salar.

LEOPOLDO HIPOLITO CHIAPPO.

ESTUARDO NUÑEZ: *Autores germanos en el Perú.*—Florilegio de la Poesía alemana en versiones peruanas. Lima, 1953. 192 pp. Ministerio de Educación Pública.

La Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural, acaba de publicar por encargo del Jurado Nacional del Concurso de Fomento de la Cultura de 1951, el libro del Dr. Estuardo Núñez intitulado AUTORES GERMANOS EN EL PERU-Florilegio de la poesía alemana en versaciones peruanas.

En la madurez intelectual de los hombres, salta a la vista con toda nitidez, las primeras experiencias obtenidas en el escenario donde realmente concentra su atención. Al evocar el Dr. Núñez, los años de su vida transcurridos en un Colegio alemán, escribe, "recibimos sin saberlo, con pureza de intenciones y con pureza de sentidos, los efluvios impalpables de la poesía alemana". Esta emoción, corrido los años, fué ensanchándose, hasta llegar al momento crucial que le hace definir —germen del libro que comentamos— diciendo: "Desde hace algunos años, nos ha dominado la inquietud por investigar en qué medida Goethe y los poetas alemanes han estado entre los peruanos y en qué forma nos podemos encontrar en ellos. He aquí —continúa— un ejercicio doble de literatura comparada: seguir su rastro en el Perú, primero. Luego descubrir en ellos su propia emoción del Perú, su inquietud por la leyenda que envuelve en algunos de ellos el nombre PERU y su pasmo ante la realidad humana, social, geográfica e histórica que entraña el acontecer peruano". Esto que aparentemente envuelve a Goethe, comprende "a algunos autores germanos cuyo influjo en América y el Perú ha sido considerable directa o indirectamente, no obstante la creencia generalizada de que no hubo tal influencia o de que tuvieron escasa resonancia las obras de los autores tratados".

Los escritores románticos del siglo pasado son los que se interesan acerca de la literatura alemana. La "primera noción de Goethe y los poetas alemanes coetáneos la tuvieron los románticos peruanos a través de las traducciones españolas". No se limitaron a esta tarea, sino que utilizaron las más accesibles y numerosas, aunque más literales versiones francesas, y aun algunos, mejor dotados, llegaron a la fuente original alemana". Destacaron con plenitud de criterio Juan de Arona, Ricardo Palma y Manuel González Prada, quienes tradujeron versos de los más connotados poetas. Continuaron en esta empeñosa labor Nemesio Vargas, José Mendiguren, Arturo Villalva, Germán Leguía y Martínez, J. A. de Izcue, Eugenio Larrabure y Unanue, Julio S. Hernández, Manuel Bedoya, Carlos Germán Amézaga, Samuel Velarde y otros. No menos importantes son también las contribuciones de Federico More y Alberto Haas, Alberto Ureta y Otto Steffen y Enrique Solari S. y Emilio Westphalen.

En el presente siglo, dos fechas por los menos en lo que toca al Perú, se han dedicado a la meditación sobre Goethe —1932, centenario de su muerte y 1949, bi-centenario de su nacimiento—, las mismas que al Dr. Núñez le han servido para preparar el estudio que se incluye en el libro que comentamos.

La obra de González Prada se evidencia en la nota a la traducción del poema de Goethe "El Rey de los Elfos", que sufrió sucesivas alteraciones —alcos, alnos, etc.—, quien para corregirla dice: "El folklore escandinavo no alude a una especie arbórea, sino al *elfo:* genio maligno del aire, duende enano y perverso, pequeño como el pulgar de una virgen, dotado de una fuerza hercúlea". Larrabure y Unanue se ocupó en forma incompleta sobre Goethe —biografía crítica— y sus traducciones merecen estimación aunque son hechas del francés. En gran parte del medio siglo transcurrido, casi no existe eco de Goethe en el Perú, pero en Eguren, aún más en Martín Adán —"goethiano en su íntima actitud", se notan a las claras un fulgor de inequívoca resonancia. "Al cabo de este lapso —dice el Dr. Núñez— y como una voz olímpica en este hervor de inquietudes desatadas que caracteriza a nuestro tiempo, resonó la de José de la Riva Agüero en la conmemoración centenaria de 1932. El estudio de Riva Agüero sobre Goethe que fué discurso exegético de alta prestancia crítica, logró realizar un integral examen de la figura y obra del poeta". Al analizar el estudio en general, el Dr. Núñez, da muestra evidente de su equilibrado y sereno juicio, sin bajar de su bien ganado prestigio, señala un derrotero para adentrarse en el pensamiento de Riva Agüero con respecto a Goethe, por él "entrañablemente admirado y amado". Continuando, describe las circunstancias que rodearon a Goethe hasta el momento de tener en sus manos una colección del *Mercurio Peruano,* enviado desde Lima por Humboldt. También ha quedado revelado que data de 1808 la traducción alemana. Estos hechos demuestran la inquietud suscitada en aquellos años respecto al Perú por mentes tales como Goethe.

El capítulo dedicado a Goethe termina con un escolio cuya idea fundamental nos parece estar concretada en las siguientes frases: "Goethe está con nosotros como hombre y está con nosotros como hombre de este Perú, forjado en un pasado que fué grato a sus inquietudes y que lucha como *Fausto* para sobrevivirse y como él, debe darlo todo para conquistar la naturaleza y el espíritu".

La presencia de Lessing primero en len-

guas no hispanas da motivo al Dr. Núñez para esbozar el aporte muy significativo de su obra en general; luego, magníficamente documentado, rastrea su paso por el Perú. Las traducciones de Nemesio Vargas hasta las lecciones de Leopoldo Contzen significan en la cultura peruana la divulgación de la literatura alemana en su más alta expresión que fué el teatro, y de la crítica estética y literaria. "Lessing marca el paso entre el siglo XVIII y el XIX, entre lo tradicional y lo moderno, entre lo académico o cortesano y lo popular, entre lo falseado y lo verdadero, entre el concepto local y el universal en los problemas culturales, entre lo estrecho y lo amplio, entre la coacción y la libertad en la creación. El portento de laboriosidad y de genio que entraña Lessing, le permitió concluir, en medio siglo de vida, la obra varia y sorprendente que pudo ser patrimonio de de toda una generación".

"Lessing ha servido en América más de lo que se cree y sabe, frente a una cultura que nace y crece, los hombres de pensamiento han puesto en acción muchas vitales ideas suyas que ya hace siglo y medio se hicieron moneda corriente y pasaron al dominio general. Sus concepciones críticas han afianzado los progresos de las artes modernas, el valor sugerencial en pintura y literatura, la raíz terrígena y popular de la creación literaria, el papel social, psicológico y actualista del drama, el sustento colectivo de toda manifestación artística. Su mentalidad iluminó, con un siglo de anticipación, la senda de la creación poética y artística y franqueó la entrada al espíritu de renovación y de cambio, tan vivo en nuestra época y tan característico de ella".

El capítulo dedicado a Enrique Heine comienza con estas agudas frases: "Si algún autor alemán tuvo alguna vez influencia cabal en las letras peruanas y americanas, ese fué sin duda Enrique Heine". Los más devotos traductores son Palma, Prada y Mendiguren. El primero, estuvo formalmente vinculado con el proceso de la traducción literaria de Heine. Se subraya en este sentido la contribución de Palma y Pérez Bonalde (venezolano). La traducción de "El Mensaje" de Palma tiene con respecto al de Pérez Bonalde estas notas: "Más fidelidad al original, al mismo tiempo que más soltura de léxico y notable gracia y dominio de versificación se puede advertir en la concepción del peruano. No ha de desmerecer sin embargo, el venezolano en su señero intento de amalgamar con la lengua hispana cierta exactitud germánica, dentro de un adecuado tono regular, que no excluye un forzamiento ripioso. Pero en ambos campea una definitiva originalidad en la concepción lírica". Pero es más. La influencia de Heine puede advertirse en esta palabras del Dr. Núñez: "Si las letras extranjeras tuvieron alguna vez vigencia decisiva en el Perú, y al mismo tiempo trayectoria de provechosa proyección, por su valor selectivo y por su auténtico tono artístico, esa acción puede personificarse en Heine, preclara figura de la literatura alemana. Su obra se identifica con aquella producción germánica que no permanece cercada en la estrechez de la frontera ni en el nacionalismo cerrado, sino que encarna, al lado de su especie terrígena, la mejor tradición y la más alta expresión del espíritu europeo y universal. Esa calidad universal de Heine lo consagró como el lírico más permeable de Alemania en los pueblos de herencia latina y como un maestro y un paradigma en el cultivo de la poesía de más alta, selecta y acabada estirpe, sin parangón posible con los retóricos vulgares y convencionales poetas que a partir del romanticismo tuvieron en el mundo, inexplicable y efímera vigencia".

Completa el libro el "Florilegio de la poesía alemana en versiones peruanas", dividido en clasicismo, *Sturm und drang*, generaciones románticas, naturalismo y neo-romanticismo y expresionismo, que incluye traducciones de versos de Haller, Goethe, Schiller, Lessing, Hardenberg, Brentano, Kerner, Ruckert, Uhland, Heine, Moerike, Hebbel, Storm, Meyer, Hauptmann, Morgenstern, Rilke, Daubler, Walden, Schreyer, Franz Werfel, entre otros, debido a la labor de los escritores peruanos que a través de esta nota se han aludido.

Trabajos de esta índole se hacen cada vez más importantes en nuestro medio, por el simple hecho, de volvernos a poner en contacto con la inquietud literaria de los más representativos cultores de las letras peruanas, cuya insospechada vigencia se podría discutir, mas no negar, porque forma parte de la estructura misma de una etapa decisiva en la formación de nuestra cultura. Por otro lado, en un intento de balance, el promedio de estos años arroja un saldo de ostensible mengua, debiéndose quizás a esta situación la falta de mentalidades propicias al ejercicio doble de asimilar en lengua extraña lo que otros podrían aprovechar al ofrecérsele en la suya. Esto que afirmamos, no solo es aplicable a las letras concebidas en su puridad creativa, sino a las demás disciplinas del conocimiento humano. Por esta razón, es de aplaudir el esfuerzo del Dr. Núñez, hombre preparado para trabajos de elocuente vitalidad crítica, buscador de hilvanes para amalgamar facetas de auténtica calidad literaria.

TEOFILO ESPEJO NUÑEZ.

INDICE

Pág.

LA NUEVA GENERACION INTELECTUAL DEL PERU, por Francisco García Calderón Rey 1

HERMAN MELVILLE EN EL PERU, por Estuardo Núñez 8

POEMA, por Martín Azor 28

DON RICARDO PALMA Y JORGE GUILLERMO LEGUIA, por Carlos Zuzunaga Flores 29

IDEAS DE WILLIAM FAULKNER, por Carlos Zavaleta 36

HECHOS Y PROBLEMAS PERUANOS:

LOS IMPUESTOS A LA RENTA EN EL PERU, por Juan Lino Castillo 47

FLOR DE LEER: *Tres sonetos al Inca Garcilaso* 56

TESTIMONIOS: *Santiago Távara en el Real Colegio de San Fernando* 58

N O T A S

Tres trabajos sobre César Vallejo 62

C R O N I C A 66

Jornada de Lengua y Literatura en Salamanca.— Obras germanas sobre América

L I B R O S 67

Diccionario de Historia de España desde sus orígenes hasta el fin del reinado de Alfonso XIII, por José A. de la Puente C.; *Independencia de América* (de Julio F. Guillén), por Guillermo Lohmann Villena; *El Romance Tradicional en el Perú* (de Emilia Romero), por Alberto Varillas Montenegro; *Los Cantares de gesta franceses* (de Martín de Riquer), por Enrique Carrión O.; *Catálogo de Memoriales presentados al Real Consejo de Indias* (de Antonio Rodríguez-Moñino), por Guillermo Lohmann Villena; *Antología* (de Ernesto Mejía Sánchez), por Washington Delgado; *Examen médico de la Vida y Pasión de Jesucristo* (de José Riquelme Salas), por Leopoldo Hipólito Chiappo; *Autores germanos en el Perú* (de Estuardo Núñez), por Teófilo Espejo Núñez.

ESTE NUMERO DE

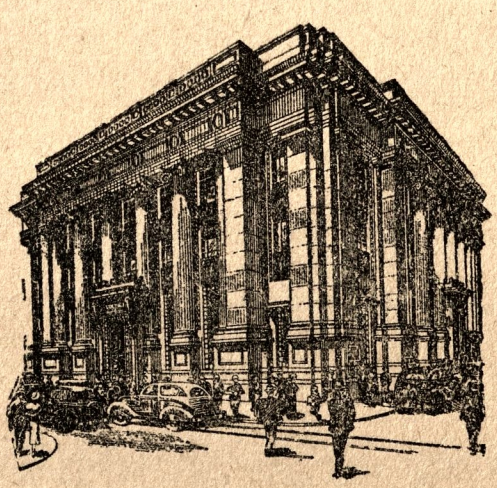
MAR DEL SUR

REVISTA PERUANA DE CULTURA

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 30 DE SETIEMBRE DE 1953, EN LOS TALLERES GRAFICOS P. L. VILLANUEVA, S. A. JIRON LAMPA 277 - TEL. 72390

L I M A - P E R U

Un cheque no es sólo
una orden de pago:
es también una credencial
que le prestigia



PAGUE CON CHEQUES DEL

BANCO DE CREDITO DEL PERU

Fundado en 1889

CAPITAL Y RESERVAS: S/. 115'925.356.01



PRECIO: S/. 6.00